

**PRIVADO
DE TÍTULO
ANDREA
CAMILLERI**



Lectulandia

En una nueva demostración de sus dotes narrativas, que en esta novela alcanzan nuevas cotas de excelencia, Andrea Camilleri reafirma su categoría de maestro del retrato psicológico y social. Sin renunciar al tono socarrón que lo caracteriza, el gran autor siciliano aborda con rigor la investigación de unos hechos verídicos acaecidos durante las primeras décadas del siglo pasado, exponiendo sin remilgos la capacidad del poder político para envolver la realidad en un manto de mistificación y retórica exaltadora, hasta el punto de llevarla al límite del absurdo.

Corre el año 1941 cuando el narrador asiste con sus compañeros de colegio a la conmemoración de la muerte del joven Gigino Gattuso, el «único mártir fascista siciliano», que veinte años atrás había caído durante un enfrentamiento con un grupo de militantes comunistas. Paso a paso y detalle a detalle, como si de una moviola se tratase, el autor repasa la secuencia de los acontecimientos, alternando la malicia burlona con una magnánima compasión por las víctimas de los dos bandos, a su manera siempre inocentes. Tan inocente es el comunista inculpado como el difunto fascista, obviamente ajeno a la póstuma conspiración política que lo despojó de la dignidad de simple muerto «sin título». Y como si el relato de esta farsa no bastara, Camilleri añade, a modo de colofón, la monumental fantochada que supuso el proyecto Mussolinia, la ciudad-jardín ideada por los jefes de Caltagirone para dejar testimonio eterno de la gloria del Duce.

Enormemente divertido a la par que profundo, nadie como Andrea Camilleri para alumbrar los aspectos más oscuros y trágicos del espíritu humano.

Lectulandia

Andrea Camilleri

Privado de título

ePub r1.0

Titivillus 17.02.2017

Título original: *Privo di titolo*
Andrea Camilleri, 2005
Traducción: María Antonia Menini Pagès
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CASI UNA PREMISA

El asesino

Hacia mediados de abril de 1941, el profesor de Cultura Militar del gimnasio-liceo (instituto de enseñanza media y superior) Empedocle de Giurgenti, el abogado Francesco Mormino, empezó, previa autorización del señor director, naturalmente, a recorrer el centro clase por clase para explicarnos a los alumnos (yo estudiaba por entonces primero de liceo) el cómo y el porqué de la gran concentración juvenil-fascista que se celebraría en Caltanissetta el día 21 de aquel mismo mes.

Y corría la voz de que en aquella concentración participarían también vanguardistas y jóvenes italianas de todas las demás provincias sicilianas.

En nuestra clase, el profesor abogado Mormino se presentó a media mañana, interrumpiendo un terrible examen oral de Griego. Y por eso fue recibido por los alumnos puestos en pie, saludado brazo en alto a la romana y acogido con un espontáneo aplauso liberador.

Vestía de paisano, pero llevaba puesta la camisa negra. Cincuentón, macizo, con la cabeza como una bola de billar, solía apoyar las manos en las caderas y, cuando no hablaba, se balanceaba adelante y atrás proyectando la barbilla tal como acostumbraba Benito Mussolini. Tenía fama de gran poeta, y era bien sabido que un poema suyo de dos mil versos titulado «*Duce!*» había sido adquirido por todas las bibliotecas escolares y todas las Casas del Fascio de la provincia por orden del federal, es decir, el secretario de la federación de Fascios de Combate.

Con una emocionada y elocuente disertación, el profesor de Cultura Militar nos explicó que tendríamos que desplazarnos a Caltanissetta para rendir homenaje al único mártir fascista siciliano, Gigino Gattuso, de cuyo supremo sacrificio se cumplía el vigésimo aniversario.

En realidad el joven Gigino, de dieciocho años, fue liquidado a tiros de revólver por un sanguinario comunista, cuyo nombre el profesor se negó a mencionar para no mancharse la boca, el 24 de abril, pero la concentración se había adelantado para que coincidiera con el día 21, aniversario de la fundación de Roma y fiesta nacional.

El abogado Mormino sólo nos facilitó unos escuetos datos acerca de nuestro casi coetáneo, inmolado en defensa del Ideal.

Nos dijo que era un estudiante de buena familia que se había afiliado con ardor a la Liga Antibolchevique de Antonio D'Oro, el cual haría posteriormente carrera entre los jerarcas del partido. Siempre en primera línea en la lucha contra los socialistas y sus siniestras intrigas antipatrióticas, el jovencísimo Gigino se fue convirtiendo día tras día, por su entusiasmo, su entrega, su valor y su indómita fe, en un peligroso adversario al que había que eliminar. Y fue efectivamente eliminado, mediante un disparo en la cabeza, por un jefe socialista, fundador de la sección comunista de Caltanissetta. ¿Por qué gastar más palabras en describir al indigno y sanguinario homicida? ¿Acaso no se definía ya por sí mismo alguien que había fundado una sección del partido comunista? Y en efecto, el profesor abogado no prosiguió. Otras

cosas le importaban más.

—Ahora voy a leeros un breve poema que he compuesto en memoria del mártir —anunció.

La lectura del poema duró escasamente una hora. Por desgracia, sólo recuerdo el primer verso:

Oh, tú de nuestra tierra joven tallo...

Ante la noticia de que debíamos viajar en tren, mi madre se preocupó.

Estábamos en guerra, y de vez en cuando alguna formación de cazabombarderos ingleses procedente de Malta se ponía a ametrallar cualquier cosa que se moviera a lo largo de los caminos, tanto si éstos eran de hierro como si no.

Mi padre consiguió tranquilizarla un poco, le dijo que aquel día él también tenía una reunión de trabajo en Caltanissetta y que, al término de la concentración, iría a recogerme y me llevaría de nuevo al pueblo en su coche.

Los de Porto Empedocle llegamos a Giurgenti con el autocar de línea, tal como hacíamos todas las mañanas para ir a la escuela. Todos vestíamos el uniforme azul de marineros vanguardistas.

En Giurgenti subimos a un tren especial que nos condujo en dos horas a Caltanissetta: nos pasamos el viaje cantando, pegándonos los unos a los otros y soltándonos escupitajos.

—¡Disciplina! ¡Disciplina! —nos exigía el profesor de Cultura Militar, esa vez completamente vestido de uniforme.

Pero nadie le hacía caso.

Cuando llegamos a Caltanissetta, el corso Vittorio Emanuele ya estaba ocupado del todo por vanguardistas, es decir, miembros del movimiento paramilitar que englobaba a los chicos de catorce a dieciocho años, y por jóvenes italianas. Imposible alcanzar la placita en que se levantaba el monumento en memoria del mártir: una base rectangular de mármol rematada por unas fascas de lictor de gran tamaño.

Obra excelsa del camarada Meschino, que, a pesar de su apellido, lo era todo menos mezquino.

Nos situamos a la entrada de una calle que desembocaba en la placita: desde allí no podíamos ver nada de nada, pero estábamos en condiciones de oír los discursos a través de los altavoces.

En medio de todo aquel verdegrís, nuestros uniformes azules destacaban en todo su esplendor.

Cuando uno de los jefes llevaba media hora hablando, interrumpido cada tres palabras por los aplausos, por el «Eja, eja, alalá», el tradicional grito de guerra de las legiones romanas, y por los entusiastas coros de «Duce, Duce, Duce», advertí que ya no podía aguantarme más. El problema era tremendo, no podía bajarme la presilla de los pantalones de marinero y hacérmelo allí, en medio de mis compañeros. Empecé a

desplazarme hacia un portal vacío sin llamar la atención, llegué allí, entré, hice mis necesidades y volví a salir para regresar a mi puesto.

Pero al pasar por delante de otro portal, vi una cosa en la que antes no había reparado.

De pie encima de una caja de madera para ver lo que estaba ocurriendo en la placita donde estaba el monumento, medio dentro y medio fuera del portal, había un cincuentón todo vestido de negro, con un arrugado pañuelo en la mano con el cual se enjugaba de vez en cuando los ojos. Lloraba. Y no era un llanto reprimido, no; era un llanto violento y desesperado que lo asaltaba a intervalos y lo obligaba a doblar el tronco, encoger los hombros y cubrirse el rostro con ambas manos. Sus sollozos semejaban un acceso de furiosa e incontrolable tos ferina.

Llegué a la conclusión de que aquel hombre de luto era un pariente cercano del mártir.

Pero entonces, ¿por qué no estaba en primera fila con los demás miembros de la familia?

Me quedé mirándolo, sin poder moverme.

Aquel llanto sin medida en un hombre mayor me pareció a un tiempo algo ofensivo y lastimoso, hasta el extremo de retorcerme la boca del estómago.

Justo en aquel momento una mano se apoyó en mi hombro. Era mi padre, que había ido a recogerme.

—Vámonos.

—Pero ¡la concentración no ha terminado!

—Vámonos de todos modos. —Estaba nervioso y se veía que la ceremonia no le gustaba.

—Papá —pregunté—, ¿tú conoces a aquel hombre? —Le señalé al señor subido a la caja que lloraba con desconsuelo.

Mi padre había sido un fascista de la primera hora, un escuadrista. Y de los fascistas sicilianos conocía vida y milagros. Miró a aquel tipo un instante.

—Sí —dijo—. Es el asesino.

SOBRE ALGUNOS PERSONAJES

Assunta Bartolomeo, viuda Callarè

Tal como tenía por costumbre desde hacía veinte años, en cuanto mejoraba el tiempo en abril y empezaban los días serenos y las noches apacibles, la señora Assunta Bartolomeo, de ochenta y tantos años y viuda del jefe de estación Romildo Callarè, aquella tarde después de cenar hizo que su sobrina Nunzia Quadarella la instalara en el balcón de su dormitorio cuando acababan de dar las ocho y media.

—Nunzia, ¿qué pasa? ¿Ya ha oscurecido?

—Está oscureciendo, tía.

Estando como estaba ciega de ambos ojos a causa del glaucoma, la señora Bartolomeo sabía, sin embargo, cómo moverse y arreglárselas en su casa, pero en cuanto a acercarse al hornillo de leña, eso no, de ninguna manera; cabía el peligro de que se prendiera fuego a sí misma y a todo el piso superior de una casucha situada en el número 5 de una calle muy corta a la que habían puesto el nombre de Arco Arena.

Por eso, dos veces al día su sobrina Nunzia, que vivía en la calle de al lado y le tenía mucho cariño, acudía para encenderle el fuego y prepararle el cocido.

Aquel anochecer del 24 de abril de 1921, tras haber recibido el beso de buenas noches de su sobrina Nunzia, que debía regresar corriendo a su casa para atender a su marido y sus tres hijos, sentada cómodamente en una silla de paja con cojín, la anciana se dispuso a pasar la hora o algo más que necesitaba para conciliar el sueño, prestando atención al más mínimo ruido que desde la calle subía hasta su balcón.

Ya de pequeña poseía la cualidad de disfrutar de un oído muy fino, que la pérdida de la vista le había afinado todavía más. Reconocía a través del simple ruido de las pisadas a quien pasaba habitualmente por su calle, y a menudo había alguien que la saludaba al verla en el balcón, por ejemplo Tano Gasparotto, el que tenía una tienda de tejidos en el corso, o Filippo Chinnìci, el que vendía pescado, pero ella ya sabía de quién se trataba antes incluso de que el viandante abriera la boca.

Pero no sólo con las personas; también con los animales acertaba a través del golpeteo de los cascos: la mula de Melo Trupìa, el caballo de Simone Cuccia, el burro de Nicola Sanfilippo.

Sólo una vez, por culpa de un ruido espantoso que jamás había oído anteriormente, se llevó un susto tan grande que por poco le da un soponcio: de pronto oyó estallar una serie de golpes más fuertes que los petardos de la traca que disparaban en honor de san Libirtino. Y los golpes se acompañaban de un lacerante bebeé, bebeé, bebeé, semejante a los balidos de un cordero degollado.

Se levantó de la silla de paja lo más rápido que pudo, cerró las persianas y se tumbó en la cama temblando de miedo.

Por la mañana, Nunzia le explicó que aquellos golpes se debían a una de las dos novedades más importantes del pueblo, concretamente a la que se llamaba potomóvil.

—¿Y eso qué es?

—Un carro que avanza sin necesidad de caballos. Tal como hace un tren.

—¿Y quién se lo ha comprado?

—El marqués Cuffaro della Spinotta.

¡Imagínate si Spinotta, el hombre más rico del pueblo, no iba a comprarse el potomóvil!

—¿Y la otra novedad cuál es?

—Se llama cinemató.

—¿Y eso qué es?

—Es una máquina que enseña a unos hombres y unas mujeres sobre una sábana blanca.

—¿Y para ver a un hombre y una mujer sobre una sábana blanca hace falta una máquina?

Nunzia le dio otras explicaciones, pero la anciana no entendió nada, se hartó y cambió de tema. Después oyó pasar otros automóviles (así era como se llamaban en realidad, se lo dijo la maestra Pancucci en la iglesia) y ya no se asustó.

Aquel anochecer del 24 de abril soplaba una suave brisa que le llevaba la fragancia del jazmín que tenía en una maceta de gran tamaño en aquel mismo balcón. Se inclinó hacia delante, arrancó a tientas cinco flores, aspiró su perfume y se las puso bajo la pechera para que le refrescaran la piel.

Antonio (Nino) Impallomèni

«Pero ¿cuándo coño decidirá bajar ese grandísimo cornudo hijo de puta?», se preguntó muy nervioso Nino Impallomèni.

Hijo del abogado Calogero Impallomèni, considerado un príncipe del foro, y de la marquesa Angiolina Tesauro, Nino pertenecía a una de las mejores familias del pueblo: era un muchacho alto y delgado que dentro de pocos meses cumpliría veinte años. Estaba matriculado en la Universidad de Palermo y estudiaba Derecho.

Ahora permanecía de pie con la oreja derecha pegada a la puerta de su casa, esperando el momento de oír las pisadas del doctor Burruano bajando la escalera desde el piso de arriba. A las ocho en punto de cada tarde que el Señor enviaba sobre la tierra, el doctor Calogero Burruano salía de casa dando un portazo tan fuerte que hasta temblaban los cristales del tercer piso, y se iba a jugar a las cartas hasta las doce de la noche en el círculo Fede e Progresso, dejando sola a su mujer, la cuarentona señora Adelina.

La susodicha señora, que se había mudado con su esposo a aquel apartamento del tercero y último piso tres meses atrás, cuando sólo llevaba unos quince días allí, se cruzó por casualidad con Nino, que acababa de regresar de sus estudios palermitanos, e inmediatamente se hizo una idea clarísima de cómo pasar el rato durante las horas nocturnas en que su marido se iba al círculo.

Nino Impallomèni y Adelina Pircoco de Burruano se entendieron a primera vista, no fue necesario intercambiar ni una sola palabra.

Un cuarto de hora después del encuentro (justo el tiempo necesario para lavarse a conciencia), Nino subió los peldaños que conducían al tercer piso. Se dispuso a llamar, pero se dio cuenta de que la puerta estaba entornada. Entró y la cerró a su espalda. El apartamento estaba a oscuras, sólo se veía una luz procedente de la última puerta a la derecha del pasillo. Nino se dirigió con cautela hacia aquella luz. En su dormitorio matrimonial, la señora Adelina ya se había acostado, cubierta púdicamente con la sábana hasta debajo de los ojos.

—No me hagas daño; soy muy delicada.

En el transcurso de las dos horas siguientes, Nino comprendió que, en aquel caso concreto, el delicado era él. Cuando, después del tercer asalto, la señora Adelina le preguntó tiernamente al oído si cabía la posibilidad de seguir un poco más, Nino se incorporó de golpe en la cama diciendo que había olvidado una cita importante.

Aquella tarde del 24 de abril, el doctor Burruano decidió bajar al fin la escalera e ir a rascarse los cuernos al círculo. Eran las ocho y diez, y Nino tenía que verse con Titazio y Lillino como máximo a las ocho y cuarto. Qué se le iba a hacer, ya lo esperarían. En un visto y no visto se encontró en el dormitorio de la señora Adelina, se quitó la chaqueta en un santiamén, se bajó los pantalones y los apartó de un puntapié. Los pantalones fueron a dar contra una pared, y emitieron un ruido metálico parcialmente amortiguado por el tejido.

—¿Qué llevas en el bolsillo? —preguntó la mujer.

—El revólver —contestó el mozo, deslizándose bajo la sábana con los zapatos puestos. Y añadió—: Esta noche sólo dispongo de un cuarto de hora.

—Y yo tengo mis cosas —dijo ella ruborizándose.

—Todo tiene arreglo —repuso Nino.

La tumbó boca abajo, le cubrió la boca con la mano para impedir que el inevitable grito se oyera desde la calle, y con la otra le bajó las bragas protegidas por la compresa.

—Ah —se limitó a decir la señora cuando notó que él la forzaba.

No había gritado; aquel «Ah» era más de satisfacción que de dolor.

Tito Tazio (Titazio) Sandri

El veinteañero Tito Tazio Sandri, llamado ofensivamente Titazio, había llegado al pueblo desde su Cremona natal hacia mediados de noviembre de 1920. Dijo que sólo venía para saludar a su abuela materna, una visita que duraría como máximo unos diez días, y que después regresaría al norte.

En cambio, la partida se fue retrasando de semana en semana porque Titazio se encontraba a gusto en el pueblo, había hecho las amistades adecuadas y su abuela Pippina se encargaba de llenarle siempre los bolsillos, pues, por su parte, Titazio no tenía ni idea de lo que era el trabajo y se había hecho el propósito de no averiguarlo jamás.

Vago por vocación, peleón, siempre dispuesto a armar jaleo, en Cremona, donde su padre se ganaba honradamente la vida como pequeño tratante de ganado, Titazio, después de una violenta pelea en una taberna, había enviado al hospital más muerto que vivo a un compañero suyo de borracheras. Titazio era alto y corpulento, pero los tres hermanos del compañero enviado al hospital eran dos veces más altos y corpulentos que él. Temiendo que aquéllos le rompieran el trasero, Titazio se sintió repentinamente dominado por un profundo afecto hacia su abuela, que vivía en Sicilia y a la que jamás había visto ni conocía. Doña Pippina Melluso, que era propietaria de tierras y fincas, se encariñó con el guapo nieto que tanto cariño le demostraba y tantas atenciones le dispensaba.

En resumen, la breve visita se prolongaba desde hacía meses. Y no se veía ningún motivo para que no pudiera seguir prolongándose.

Aquella noche se había citado con dos amigos de la Liga Antibolchevique, Nino Impallomèni y Lillino Grattuso, a las ocho y cuarto como máximo en una apartada taberna cuyo nombre era el mismo de la calle en que se encontraba, Santa Pitronilla.

Calogero (Lillino) Grattuso

Lillino Grattuso tenía dieciocho años y cursaba tercero de bachillerato superior. De buena familia y buena educación, vestía con suma elegancia, con un eterno cigarrillo en la boca, mirada maliciosa y una sonrisita de superioridad en los labios. En la escuela sus compañeros lo evitaban y, a pesar de que no estudiaba, los profesores lo aprobaban de todos modos, más que nada por respeto a su familia.

Fascista por una especie de constante chifladura juvenil, era siempre el primero en las manifestaciones de la Liga Antibolchevique, fundada por un jovencuelo algo mayor que él, el barón Federico Talè di Santo Stefano, unas manifestaciones que siempre terminaban a puñetazos, guantazos, garrotazos, navajazos y escupitajos, en los enfrentamientos con los odiados rojos.

El anterior mes de septiembre éstos habían ganado la mayoría municipal y conseguido que eligieran como primer teniente de alcalde a Agostino Cassar, representante de los mineros del azufre. La cuestión casi había hecho enloquecer de rabia por la derrota a Federico Talè di Santo Stefano y sus liguistas, Addolorato Mancuso y sus fascistas, y Arcangelo Lopane y sus nacionalistas.

Se habían unido todos para las elecciones, habían recorrido la población casa por casa para convencer a los ciudadanos del peligro que suponían los rojos, habían gastado dinero y sudor, pero no habían logrado vencer a aquella escoria de la humanidad que eran los mineros del azufre, los ferroviarios, los albañiles y los campesinos. La vergüenza del fracaso se agravaba por el hecho de que aquella gentuza, cuando en el transcurso de una manifestación pasaba casualmente enarbolando las banderas rojas por delante del número 88 de la via Roma, donde tenían su sede común los fascistas, los liguistas y los nacionalistas, inevitablemente levantaba el brazo derecho con el puño, superponiendo a la altura del bíceps la palma de la mano izquierda. Todo ello acompañado de un demoledor coro de silbidos y gritos de desprecio.

Esto también había ocurrido puntualmente el sábado 23 de abril, por cuyo motivo el joven barón Talè di Santo Stefano se enfureció tanto que le dio un ataque y cayó hacia atrás tan tieso como un palo de escoba, con los ojos abiertos y en blanco mientras de la boca le brotaba una baba blancuzca.

Con una simple mirada, Nino, Titazio y Lillino decidieron lavar la ofensa a la primera ocasión.

Cuando aquella noche del 24 Lillino llegó a la taberna, sólo encontró a Titazio.

—¿Y Nino?

—Se ve que esta noche la señora Adelina necesita que se lo hagan a contrapelo —dijo Titazio.

Lillino acababa de sentarse cuando cinco personas se detuvieron en la entrada.

—¿Qué hacemos? ¿Lo esperamos fuera o nos sentamos? —preguntó uno.

—Entramos —contestó otro.

Y de esa manera, Lillino y Titazio vieron la cara a los cinco, que fueron tomando asiento alrededor de una mesa grande. Eran Savaturi Jacolino, Pepè Biancheri, Totò Cumella, Ciccio Spampinato y Cataldo Farruggia, todos albañiles, todos cabrones socialistas. La cuadrilla completa del capataz Michele Lopardo.

—¿Qué os sirvo? —les preguntó a los albañiles el patrón de la Santa Pitronilla.

—Ahora, nada —contestó Totò Cumella.

—Estamos esperando a Michele —le explicó Ciccio Spampinato.

—Vámonos —dijo en voz baja Lillino.

Titazio lo miró sorprendido.

—¿Por qué? Esos de ahí no parece que tengan intención de armar follón.

—Vámonos —repitió Lillino, levantándose y encaminándose hacia la puerta.

Titazio tomó la vara de pastor de ovejas de la cual jamás se separaba y lo siguió. Salieron a la calle; ya había anochecido, la farola situada junto a la entrada estaba encendida.

—¿Quieres explicarme qué mosca te ha picado?

—¿Has comprendido a quién están esperando los de ahí dentro?

—Pues claro, a Michele Lopardo. ¿Y qué?

—Pues que si sabemos hacerlo y conseguimos interceptarlo cuando venga solo hacia aquí, sus compañeros del alma se pasarán un buen rato esperándolo —dijo Lillino, sacándose del bolsillo el puño de hierro que siempre llevaba consigo.

En aquel momento llegó corriendo Nino Impallomèni.

Michele Lopardo

Michele Lopardo, de veintinueve años, casado y padre de dos hijos pequeños, ha hecho la guerra, y después, licenciado y de vuelta en el pueblo, ha reanudado su trabajo de maestro de obras, honrado y apreciado.

«Si no fuera porque es socialista, sería verdaderamente una persona de bien», dice la gente que mantiene tratos con él. Pero Federico Talè di Santo Stefano no se lo perdona.

—Pero ¡cómo! ¡Uno como él, que ha combatido heroicamente, que ha sido condecorado, mira que ponerse a hacer propaganda roja entre los que han regresado de la guerra! ¿Sabéis cómo se llama esa manera de comportarse? ¡Se llama alta traición!

—Vosotros lo ennoblecéis hablando de traición —tercia Arcangelo Lopane—. ¡Ése es un delincuente común! ¿Hemos olvidado acaso que estuvo en chirona?

En 1914, Michele Lopardo se pasó seis días en la cárcel por tenencia ilícita de arma blanca. Pero eso de la navaja, todos, tanto amigos como enemigos, saben que fue algo completamente distinto y que se trató de una tragedia tremenda. Pues bien, a las nueve de la noche del 10 de mayo de 1914, Michele, una persona tenida en gran consideración a pesar de su juventud y su fama de socialista, estaba regresando a toda prisa a su casa con el cuello de la chaqueta vuelto hacia arriba porque hacía mucho frío. Al pasar por una callejuela vio a dos hombres que se estaban peleando de mala manera, propinándose golpes a lo bestia. Intervino para separarlos, pero le resultaba bastante difícil pues parecían dos perros rabiosos. Justo en aquel momento se acercó una patrulla de carabineros que, por el simple hecho de no saber leer ni escribir, se llevaron al cuartel tanto a Michele como a los dos que se zurraban. A pesar de haberles explicado Michele que él en aquella historia sólo había intervenido como pacificador, no le creyeron y lo registraron. En el bolsillo los carabineros le encontraron un *liccasapuni*, un cuchillo de quince centímetros de hoja como los que se utilizaban para cortar jabón. Michele no dijo que el arma no le pertenecía, lo cual era cierto, porque comprendió enseguida que había caído en una trampa: uno de los dos falsos contendientes se la había introducido en el bolsillo. El hecho de reconocer que lo habían engañado de semejante manera habría equivalido a admitir en presencia de todo el pueblo que él no era más que un tontaina, un cantamañanas, un payaso. Por eso confesó ante el juez que el cuchillo era suyo. Se trataba de una advertencia que los hombres de orden y los hombres de honor (que a menudo y de muy buen grado suelen estar de acuerdo en todo) habían tenido la amabilidad de transmitirle: o terminas con tus chorradas socialistas o la próxima vez te montamos tal numerito que sólo saldrás de la cárcel cuando seas viejo.

Llamado a las armas, fue ascendido a cabo en el campo de batalla por el valor demostrado durante un ataque sin cuartel. En las elecciones de septiembre de 1920 se convirtió en jefe de los concejales municipales socialistas. Después de la escisión

socialista de Liorno fundó la sección del Partido Comunista de Italia. Aquella tarde del 24 de abril el capataz Michele Lopardo se había citado a las siete y media con los hombres de la cuadrilla de albañiles delante del portal de su casa: tenían intención de acudir a la taberna de Santa Pitronilla para celebrar un nuevo trabajo que empezaría al día siguiente, lunes. Alguien llegó con un poco de retraso y la cuestión es que se pusieron en marcha a las ocho. En el corso Vittorio Emanuele tenía su sede el Círculo de Ferroviarios, «auténtico nido de los socialistas locales», tal como lo definía el joven barón Talè di Santo Stefano. Delante de la entrada del Círculo había un grupo de personas discutiendo y una de ellas vio pasar a Michele y lo llamó.

El capataz les dijo a sus hombres que se adelantaran para coger sitio en la taberna y se acercó al que lo había llamado.

Para llegar a la taberna bastaba doblar la esquina, recorrer la via Arco Arena, que era muy corta, girar a la izquierda, cubrir unos pocos metros y listo.

La charla que Michele Lopardo mantuvo con sus compañeros duró una media hora escasa.

Debían de ser casi las nueve cuando Lopardo, tras haber doblado la esquina, se encontró en la via Arco Arena.

CONGELADO DE IMAGEN

El congelado de imagen en una moviola de montaje sirve para bloquear un fotograma y estudiar todos los detalles que lleva impresos. Michele Lopardo, de espaldas, viste de fiesta con su ropa de domingo: chaqueta oscura, pantalones claros y un sombrero flexible en la cabeza. No lleva bastón de paseo.

Acaba de doblar la esquina del corso Vittorio Emanuele, se encuentra delante de la via Arco Arena, y ha de recorrerla hasta el final y después volver a girar a mano izquierda para llegar a la taberna de Santa Pitronilla.

La figura de Lopardo corta en dos por entero el fotograma, ocupando con su silueta la parte de la derecha; por consiguiente, la via Arco Arena, que es corta y tiene por tanto muy poca profundidad en la imagen, se vislumbra bastante mal: sólo el lado izquierdo.

Arriba a la izquierda, por la luz que procede sin duda del corso Vittorio Emanuele, se puede ver con bastante claridad una farola de pared que a esa hora debería estar encendida y, sin embargo, no lo está.

En efecto, la cabeza de Michele Lopardo, un poco levantada y vuelta hacia la izquierda, permite ver un principio de perfil porque está mirando precisamente esa farola y es obvio que se está dando cuenta de por qué está apagada.

Por lo que se puede deducir de la imagen, tenía la intención de acompañar el movimiento de la cabeza con un gesto de la mano izquierda, pues el brazo está ligeramente alzado con respecto al costado.

No sabemos si la otra farola, la que se encuentra al otro lado pero más hacia el centro de la calle, está apagada o encendida: no lo vemos porque la cubre por entero la silueta de Lopardo. Pero también debe de estar apagada; de lo contrario, la figura del capataz destacaría envuelta en un halo por una especie de contraluz que aquí está del todo ausente.

Al final de la via Arco Arena se ve, en cambio, una zona de claridad, probablemente la pálida luz que emana de la farola situada justo detrás de la esquina, es decir, a la entrada de la via Santa Pitronilla, y que, por tanto, no resulta visible desde esta posición de toma.

Puertas, ventanas y balcones no se distinguen en absoluto; aunque la iluminación fuera más intensa, tampoco se verían debido a la especial angulación que se ha dado a la cámara.

No obstante, se consigue vislumbrar, hacia la mitad de la calle, un tramo oscuro más denso y espeso: debe de ser el arco que da nombre a la calle y que se adentra en la nada, o, mejor dicho, en un explanada hecha de piedras, canales rotos, muros derruidos, de algo que a finales del siglo XIX era un enorme almacén de azufre.

Si no hubiéramos recurrido a la moviola, seguramente el imperceptible movimiento de la cabeza de Michele Lopardo no se habría podido percibir, pero la congelación de la imagen, deteniendo el tiempo y la acción, hace que ese movimiento destaque.

Por consiguiente, aquel movimiento existió, y si existió, algo tiene que significar.

Probablemente lo primero que observó Michele Lopardo, al doblar la esquina y dejar atrás el corso Vittorio Emanuele, fue que la via Arco Arena estaba desierta y no se veía ni un alma.

Lo cual significa que los hombres de su cuadrilla habían tenido tiempo de recorrerla en su totalidad pues la conversación entre él y aquel sujeto delante del Círculo de Ferroviarios había durado más de lo previsto.

Evidente: si la calle está desierta, él está solo. El hecho de pensar semejante cosa da un poco de risa, pero en realidad no hay razón para que uno esté contento.

Deambular en solitario, y en especial de noche, es para Michele Lopardo una situación de riesgo.

Dos veces han disparado contra él.

La primera vez apuntaron deliberadamente más alto para no alcanzarlo. Ocurrió el verano anterior: hacía mucho calor, Michele no conseguía conciliar el sueño, se levantó de la cama, se asomó al balcón y se puso a fumar un cigarrillo con los codos apoyados en la barandilla. El tiro surgió de la espesa oscuridad de un callejón y la bala fue a impactar en la parte superior de la persiana de la izquierda, que estaba abierta. Una inequívoca intimidación.

La segunda vez ocurrió el día 2 del siguiente mes a las ocho de la tarde: mientras estaba introduciendo la llave en la cerradura para abrir la puerta de su casa, oyó un disparo efectuado bastante cerca, y el sombrero le voló de la cabeza, traspasado de parte a parte.

Esa vez tiraron a matar.

No denunció los atentados. ¿Qué habría podido hacer la ley?

Lo mejor era estar alerta: ir siempre en compañía de alguien, sobre todo al anochecer, y llevar un arma en el bolsillo.

Pero no legalmente: la antigua condena por la cuestión del cuchillo de muchos años atrás no le permitía disponer de licencia de armas.

Justo después de haber visto que la calle está desierta, Michele Lopardo ha observado las dos farolas apagadas. La via Arco Arena está completamente a oscuras.

Se puede afirmar con seguridad que el giro de la cabeza que hace el capataz mientras contempla la farola de la izquierda expresa una perplejidad, una pregunta: ¿por qué la calle carece de alumbrado?

De todo lo que pasó por la cabeza de Michele Lopardo no nos queda más que aquel imperceptible movimiento.

Después Michele da el primer paso que lo lleva al interior de la calle y las imágenes vuelven a moverse a toda velocidad.

LO QUE OCURRIÓ EN LA VIA ARCO ARENA (I)

—¿Qué hacéis? ¿Habéis cambiado de idea? ¿Adónde vais? —preguntó Nino Impallomèni, respirando afanosamente a causa de la carrera.

Había echado a correr no porque llegara con retraso, sino porque quería contarles a Titazio y Lillino la que había armado con la señora Burruano.

Lillino le explicó la ocasión que se les presentaba y le dijo que no tenían tiempo que perder: había que pillar a Michele antes de que alcanzase la taberna.

La cabeza de Lillino era la que funcionaba mejor y, por tanto, fue natural que los otros dos lo miraran para saber cómo actuar.

—Haremos lo siguiente. Ahora doblamos la esquina y nos dirigimos a la via Arco Arena. Si él ya está en la calle, qué le vamos a hacer, fingimos no haberlo reconocido y continuamos adelante. Si, en cambio, todavía no ha entrado en la calle, habrá que apagar de inmediato las dos farolas e ir a esconderse enseguida debajo del arco. Cuando lo tengamos a tiro, atacamos.

—¿Y cómo apagamos las farolas? ¿A pedradas? —preguntó Nino.

—No. Tú me ayudas a encaramarme a los hombros de Titazio, yo giro la llave de paso y listo.

Titazio medía casi un metro ochenta de estatura; Lillino no era alto, pero en compensación pesaba unos cincuenta kilos escasos. La cosa podía funcionar.

—¿A qué esperamos? —preguntó Nino.

En cuanto doblaron la esquina y se encontraron delante de la via Arco Arena, se dieron cuenta de que ambas farolas estaban apagadas. O el farolero había olvidado encenderlas o estaban estropeadas. Sea como fuere, una tarea que se ahorraban.

Entraron corriendo en la densa oscuridad del arco.

—Silencio absoluto —ordenó Lillino. Aguzó el oído y se volvió a mirar hacia las ruinas del viejo almacén.

Era bien sabido que algunas veces acudía a aquel lugar Maddalena, una de las dos putas del pueblo, y de vez en cuando también se dejaba caer por allí el *cavaliere* Orazio Prestipino, hombre de orden y de familia, camarada de la primerísima hora, que gustaba de enseñar a los muchachitos ciertos rudimentos de gramática pornográfica que no eran precisamente ni de orden ni de familia.

Lillino sólo oyó unos crujidos, ratones o gatos que iban a lo suyo. Testigos no habría ninguno, por lo menos por aquella parte.

Quería estar preparado con el puño de hierro, pero no lo encontró. Buscó en los bolsillos, nada. Se le habría caído mientras salía corriendo de la taberna para dirigirse al arco. En medio de aquella oscuridad, jamás conseguiría encontrarlo.

—Dame el bastón —le dijo a Titazio.

—¿Por qué? ¿No tienes el puño de hierro?

—Debo de haberlo perdido.

—¿Y yo cómo me las arreglo?

—A ti te bastan las manos.

Convencido, Titazio le entregó el bastón.

—Yo tengo el revólver —terció Nino.

—El revólver te lo metes en el culo —saltó Lillino—. Esta noche a Michele Lopardo sólo hemos de soltarle una tanda de bastonazos y golpes para que se le caiga el pelo del susto.

—Hablando de culo y de pelo, quería contaros que la señora Adelina...

—Después nos lo cuentas —lo cortó Lillino, nervioso.

—Y siguiendo con el culo, tengo que comunicaros que se me está escapando y necesito cagar —continuó Nino.

—¿Ahora?!

—Ahora, sí señor. No aguanto más. Porque si después me lo hago en los pantalones, vosotros soltaréis la historia de que me he cagado del susto que me ha pegado Michele Lopardo.

—Date prisa.

Nino Impallomèni se agachó detrás de un murete.

—Hay una oscuridad que se podría cortar con un cuchillo —dijo Lillino, asomando la cabeza desde el interior del arco y contemplando la calle—. ¿Cómo haremos para saber que es Michele?

—Por de pronto, al primero que pase le arreamos una zurra. —Titazio estaba deseando que llegara el momento; se notaba un hormigueo en las manos.

—Pero ¡qué coño de manera de pensar es ésa! ¿Y si, por casualidad, es uno de los nuestros?

—Diremos que han sido los socialistas.

—¡Cállate! ¡Alguien se acerca! —exclamó Lillino, echando la cabeza atrás.

—¿Has podido ver si es él?

—No. Vamos a hacer una cosa: en cuanto llegue a nuestra altura, lo llamo. Si se detiene, significa que es él. Y ahora, a callar.

Lillino introdujo dos dedos en el bolsillo de la chaqueta, sacó una escarapela tricolor y se la prendió. Lo hacía siempre antes de emprender una acción o de participar en un enfrentamiento, queriendo decir con ello que, a pesar de vestir de paisano, él era un soldado ocupado en una acción bélica contra los rojos.

Michele Lopardo quería recorrer la via Arco Arena con la mayor rapidez posible. Y por eso apuraba el paso todo lo que le permitía la pierna izquierda dos veces lastimada. No cojeaba, pero notaba que esa pierna averiada tenía los músculos como enredados entre sí. El primer daño lo sufrió en la trinchera: una esquirla de metralla se le clavó en la pantorrilla. Lo llevaron en camilla a un hospital de campaña y le tocó un médico jovencísimo, aún lampiño; se veía que lo habían enviado a hacer prácticas con los heridos.

—No te preocupes, eso es cosa de nada.

En realidad, Michele no estaba preocupado en absoluto; empezó a estarlo después

de que el doctor le introdujera en la herida una especie de pinza con la que trató de sacarle algo que había agarrado, pero que no era la esquirra sino un músculo o un nervio.

—No quiere salir.

—Perdone, doctor, pero tenga cuidado porque lo que ha cogido con la pinza no es la esquirra.

—Ah, ¿no? Pues ¿qué es?

—Vaya usted a saber, un nervio, un hueso, no lo sé.

—Pues entonces, ¿por qué no dices «ay»?

Michele no supo explicarle por qué no podía decir «ay».

A partir de entonces, la pierna ya no volvió a ser la de antes.

El segundo daño lo sufrió unos quince días después de haberse incorporado a su trabajo, al terminar la guerra. Cayó de un andamio y se rompió una pierna, naturalmente, la izquierda. Y encima tuvo que dar gracias a Dios por haber salido bien librado.

Al llegar a la altura del arco, a Michele le entraron ganas de fumar. Se detuvo, se puso un cigarrillo entre los labios y encendió un fósforo, protegiéndolo entre las manos ahuecadas.

Su rostro se iluminó y fue como si facilitase su nombre y apellido a los que estaban apostados.

Oyó un estruendo de pasos acercándose a toda velocidad desde el arco, y apenas tuvo tiempo de ver dos sombras que se abalanzaban sobre él. Echar a correr ni soñarlo, aquéllos lo habrían alcanzado de inmediato.

Se situó de espaldas a la pared y, en lugar de esperar a que lo atacaran, atacó él primero, arreándole una hostia en pleno rostro a la sombra grande y voluminosa que tenía más a mano. A causa de la oscuridad era efectivamente una sombra, pero tenía carne y consistencia de hombre, tanto que soltó un grito, una especie de gruñido de cerdo, y reculó.

Sujetando con ambas manos la vara de pastor de ovejas, Lillino descargó un fuerte golpe. Iba dirigido a la cabeza de Michele, pero lo alcanzó en un hombro.

Cualquier otra persona se habría derrumbado a causa del dolor, pero el capataz no dijo ni pío; en los hombros no tenía piel ni carne sino dos callosidades, dos durezas enormes debidas a los centenares, los millares de cubos de argamasa que había acarreado desde que tenía diez años y trabajaba como aprendiz de albañil.

Michele se volvió de repente e intuyó que un segundo leñazo estaba a punto de caerle sobre la cabeza. Levantó instintivamente un brazo para esquivarlo, pero el poderoso puntapié en la espalda que le propinó Titazio lo lanzó hacia delante y le hizo perder el equilibrio. Extendió los brazos, casi abrazó a Lillino, y lo arrastró consigo en la caída, él encima y el otro debajo.

Michele se puso inmediatamente de costado, perdió el sombrero y oyó un segundo grito de dolor: quien lo había soltado era el que un segundo antes se

encontraba debajo de él, evidentemente golpeado en lugar suyo por otro puntapié del que parecía más mulo que hombre.

Después se produjo un segundo acto de asentamiento. Michele se colocó con la espalda pegada otra vez a la pared, y el hombre que se encontraba en el suelo se levantó.

El hecho de que nadie hasta entonces hubiera dicho una palabra, un reniego, un insulto, sólo podía significar una cosa: que la pelea iba a ser muy seria, encarnizada y violenta.

Pese a ello, el capataz no estaba preocupado, él solo contra dos podría conseguirlo, y, además, uno de los dos, el que tenía el bastón, era un canijo, un pequeñajo sin apenas vigor. La bestia peligrosa era el hombre-mulo: si un puntapié de semejante fuerza le alcanzaba los cojones, ya podía considerarse cadáver.

Michele se dijo que lo importante era apoderarse del bastón.

Pero ¿por qué no atacaban? Los oía respirar afanosamente, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Estaba a punto de abalanzarse contra la sombra de la derecha, que debía de ser del canijo del bastón, cuando oyó una voz procedente del arco:

—¡Ya estoy aquí, chicos!

A Michele se le cayó el alma a los pies. Si sus adversarios se convertían en tres, perdería la partida. Como si hubieran cobrado valor de sólo oír la voz amiga, ambos lo atacaron simultáneamente sin esperar la llegada del tercer compañero.

Y esa vez fue la vencida. Un bastonazo le alcanzó de lleno en la frente y le partió netamente la ceja derecha. Cegado por la sangre que enseguida empezó a brotar como de una fuente, Michele reunió la presencia de ánimo necesaria para agarrar el palo y dar comienzo a un tira y afloja.

De esa manera, el hombre-mulo tuvo ocasión de pegarle un puntapié en plena tripa. El capataz se quedó sin respiración, las piernas se le volvieron como de requesón, y se dobló, pugnando por no caer. Y la tercera sombra, la que acababa de llegar, le saltó encima por detrás, agarrándolo con un brazo bajo la garganta. Lopardo consiguió propinarle un codazo y hacerlo resbalar, pero mientras resbalaba, el otro se le aferró a la chaqueta y la camisa, y Michele notó que el tejido se rasgaba.

La tercera sombra no soltaba la presa y el capataz se encontró de pronto inmovilizado por la ropa que el otro sujetaba. El hombre-mulo le pegó otro puntapié y él recibió otro bastonazo. Pero el palo debió de escapar de la mano del que lo empuñaba porque Michele lo oyó golpear contra la pared de una casa.

Cayó y se sintió perdido. Y comprendió que, ahora que estaba en el suelo, los otros podrían liquidarlo a su gusto. Y sólo entonces decidió hacer lo que jamás habría querido hacer.

Busca desesperadamente en el bolsillo posterior de los pantalones, coge el revólver, lo empuña con toda la fuerza que le permiten los puntapiés que le llueven de todas partes. Apunta al aire, aprieta el gatillo.

El tiro le suena lejano, ni siquiera ve el fogonazo, no se da cuenta de que ha

disparado con los ojos cerrados.

Los tres agresores se pegan un susto; durante un instante el ataque se detiene.

Michele se levanta del suelo, quisiera decirles a los desconocidos que se vayan, pero no consigue hablar, tiene la boca llena de sangre, algún puntapié debe de haberle roto los dientes. Se apoya contra el muro, la pierna mala se ha rendido, ya no aguanta su peso.

De la sombra de los tres que ahora forman una sola y grande se separa una y se le echa encima de un salto. Michele siente que unos dedos perversos le agarran la garganta y oprimen. Se está asfixiando, ya no puede respirar, ya ni siquiera tiene fuerzas para levantar el brazo del revólver. Vuelve la mano que empuña el arma, confiando en que de esa manera el cañón apunte hacia arriba, y aprieta de nuevo el gatillo. Esa vez el disparo es ensordecedor, parece el estallido de un barreno de cantera.

Michele no ve nada, ha disparado una vez más con los ojos cerrados. Nota, sin embargo, que la presión del que lo estaba asfixiando se ha debilitado de inmediato, después el cepo de alrededor de su cuello se afloja, las manos se abren, el cuerpo del otro resbala a lo largo del suyo, se desploma a sus pies con un ruido sordo, tal vez la cabeza ha golpeado contra una piedra de la calle sin asfaltar.

Alguien grita algo que el capataz ni siquiera entiende; aún tiene los oídos aturridos por el disparo, pero oye de todos modos los pasos de los otros, que finalmente se están largando.

Él también quiere largarse de aquella calle maldita y adelanta un pie, pero tropieza con un obstáculo.

Comprende de repente de qué se trata, lo percibe a ciegas, ni siquiera necesita mirarlo. Entonces se queda helado y suda, suda y se queda helado, tiembla por todas partes, una especie de gemido prolongado empieza a brotarle de la boca sin que él se dé cuenta.

Se guarda el revólver en el bolsillo, encuentra en otro bolsillo medio descosido la caja de cerillas, enciende una y se agacha.

El muchacho tendido en el suelo tiene los ojos abiertos y le falta la parte izquierda de la frente; en su lugar hay una mancha oscura de sangre. Michele, que ha visto demasiados muertos en la guerra, cree que por aquel chico ya nada puede hacerse.

Da media vuelta y echa a andar en dirección al corso Vittorio Emanuele, hacia los compañeros del Círculo de Ferroviarios. Con una mano se apoya en la pared, sufre vértigos, sostiene nuevamente el revólver en la otra y no sabe cuándo lo ha sacado, es un gesto dictado por el temor a otro siniestro encuentro.

TODAVÍA LA MOVIOLA

Ahora la cámara se ha desplazado bastante hacia delante, en el interior de la via Arco Arena, pero la angulación sigue siendo la misma y no ha habido ningún cambio de objetivo.

Con respecto al fotograma previamente analizado, las condiciones de la toma han empeorado de manera considerable, la nueva posición de la cámara ya no permite disfrutar de aquel mínimo de iluminación procedente de las luces del corso Vittorio Emanuele.

De todos modos, se han podido aislar dos momentos en los cuales la escena aparece muy débilmente iluminada por las llamaradas de dos disparos efectuados por la misma persona.

Se trata en cualquier caso de un número infinitesimal de fotogramas que hay que examinar en cámara lenta.

Primer disparo. Michele (la sombra que sin duda le pertenece) se encuentra en el suelo de espaldas a la cámara, permanece tumbado sobre el lado izquierdo, el brazo izquierdo está extendido con el antebrazo medio doblado, la palma de la mano se apoya sobre el suelo.

Moviendo lentamente la película hacia delante y hacia atrás, se comprende que el hombre está intentando levantar por lo menos el tronco.

Su pie derecho se apoya con fuerza contra la pared de una casa, la pierna izquierda, en cambio, se está doblando bajo la derecha, que aparece completamente estirada.

La cabeza de Michele está inclinada hacia el hombro izquierdo, el brazo derecho está proyectado enteramente hacia arriba, la mano que empuña el revólver resulta bastante visible, iluminada de lleno por la llamarada.

Un poco a la izquierda de la cabeza de Michele (que está orientada hacia el centro de la calle) se distingue la sombra (frontal con respecto a la cámara) de un hombre alto y corpulento: está terminando de extender los brazos para conservar el equilibrio, la pierna derecha aparece levantada, la rodilla doblada, el pie asoma por detrás con la punta dirigida hacia abajo. Está a punto de soltarle un puntapié en la cara a Michele.

Probablemente su propósito tendrá éxito a pesar del disparo, la posición está demasiado desequilibrada, el movimiento ya no se puede detener.

Una segunda sombra (de espaldas con respecto a la cámara) mantiene el brazo izquierdo alzado y el derecho extendido a lo largo de la línea del hombro.

El pie izquierdo se apoya en el suelo y el derecho se confunde con la sombra de Michele. Evidentemente le está propinando un puntapié a la altura del costado.

También de pie, casi al nivel de las rodillas de Michele, hay un tercer hombre que está acabando de dar la espalda al grupo.

La idea del movimiento que transmite este hombre es la de una especie de enroscamiento sobre sí mismo.

El motivo de la torsión cabe atribuirlo quizá a la rapidez de reflejos del hombre, que lo induce a colocarse en posición de alejamiento casi simultáneamente a la percepción del disparo.

Segundo disparo. La disposición de los cuatro se ha modificado de modo radical. Están todos de pie, pero forman un ovillo tan apretado que ha sido necesario pasar varias veces la película hacia delante y hacia atrás para poder captar algún movimiento aislable.

El grupo está enteramente concentrado en el lado derecho, al límite del fotograma, casi pegado a la pared de una casa, dejando mucho espacio a la izquierda.

En realidad, sólo pueden distinguirse un par de sombras.

La más legible pertenece al hombre alto y corpulento que hemos visto mientras la emprendía a puntapiés con la cabeza de Michele: el tipo está ligeramente apartado de los demás, situado más hacia el centro de la calle; su cuerpo se inclina hacia la derecha, se apoya sobre la pierna derecha, la cual sigue doblándose mientras la cabeza se proyecta hacia delante. Con toda probabilidad está tratando de distinguir lo mejor posible la posición de su adversario para volver a la carga.

Tarea nada fácil, pues las sombras que tiene delante son dos, tan agarradas entre sí en la lucha que forman una sola en movimiento, una sombra monstruosa con dos cabezas y cuatro piernas. La cuarta persona no resulta claramente visible, se la diferencia a ratos detrás de los dos que están enzarzados en la pelea, y muy cerca, casi pegada a ellos.

La línea luminosa de la llama del tiro va de abajo hacia arriba, pero no podemos establecer el punto en que se inicia, pues lo cubre por entero el cuerpo del autor del disparo.

Aquí salta a la vista una anomalía evidente. Consideramos oportuno señalarla.

La trayectoria de la llamarada del segundo tiro es la que acabamos de decir porque el autor del disparo no ha levantado el brazo derecho hacia arriba (tal como la primera vez), sino que lo ha dejado colgando a lo largo del costado y ha apretado el gatillo dirigiendo el cañón hacia arriba.

En efecto, la llamarada ha creado un efecto de contraluz que dibuja, perfilándola, una parte del cuerpo del autor del disparo, concretamente, la parte que va de la pelvis a los hombros. La cabeza permanece en sombras, el efecto de luminosidad ya no llega a esa altura.

Por consiguiente, el rostro del que lo ha agarrado por el cuello no debería ser visible en absoluto, puesto que se encuentra a la misma altura que el del autor del disparo.

Sin embargo, el rostro del que agarra por el cuello al autor del disparo se ve con toda claridad, casi como si estuviera alumbrado por otra fuente luminosa imposible de identificar aquí.

Se distingue muy bien la mancha blanca del rostro del agresor, violentamente echado atrás y dirigido en parte hacia la cámara.

Una observación más atenta de los fotogramas muestra de qué manera la luz que ilumina ese rostro no puede proceder de una fuente orientada de abajo arriba (como la producida por el disparo), sino de una fuente situada a la altura de un hombre.

¿Qué explicación puede darse?

La única posible es que probablemente se trate del reflejo de la llamarada del tiro, devuelto por una ventana de la planta baja.

LO QUE OCURRIÓ EN LA VIA ARCO ARENA (II)

Savaturi Jacolino empieza a ponerse nervioso, no le gusta el retraso de Michele. Seguro que a Cataldo Farruggia se le ocurre el mismo pensamiento, pues pregunta en voz alta, dirigiéndose a todos y a nadie en particular:

—Pero ¿cuántas cosas tiene que decirle Gegè Lo Monaco?

Gegè Lo Monaco es el que ha llamado a Michele mientras pasaban por delante del Círculo de Ferroviarios.

—¿Sabéis lo que os digo? —interviene Totò Cumella—. Yo me voy para allá.

Y girándose hacia Ciccio Spampinato, añade:

—Dame la luz.

Ciccio Spampinato, en cuanto oscurecía, apenas veía tres en un burro. Por eso, cuando salía de casa de noche, llevaba siempre consigo una linterna de esas que los carreteros colgaban bajo la plataforma. Estaba muy encariñado con su linterna, por lo que, en lugar de dejársela a Totò, prefiere decir:

—Te acompaño.

Y la enciende enseguida, pues todo el grupo, al cruzar antes la via Arco Arena, se había dado cuenta de que las farolas estaban apagadas.

Totò y Ciccio se levantan y salen. Se encuentran todavía a un paso de la puerta cuando oyen la detonación del primer disparo.

—¡Coño! —exclama Ciccio Spampinato.

Totò Cumella retrocede un paso y asoma la cabeza al interior de la taberna.

—Han disparado en la via Arco Arena.

Se vuelve otra vez y echa a correr, seguido por Ciccio.

El segundo disparo los pilla cuando acaban de llegar a la altura de la farola que hay en el cruce de via Santa Pitronilla y Arco Arena.

—Espera —dice Ciccio, respirando afanosamente.

—¿Qué quieres esperar?

—A lo mejor, nada más doblar la esquina, hay alguien al acecho que, en cuanto nos vea, nos pega un tiro.

—Me importa un carajo.

Y reanuda la carrera seguido por Ciccio. Pero justo al doblar la esquina chocan con dos personas que bajan corriendo la via Arco Arena. A Ciccio se le cae la linterna de la mano y empieza a soltar maldiciones; Totò Cumella se tambalea a causa del encontronazo, pero logra conservar el equilibrio. Sigue con la mirada a los dos, que, sin dejar de correr, no giran a la derecha hacia a la taberna, sino que prosiguen recto y se adentran en un camino que conduce al lavadero. Entretanto, Ciccio, tras recuperar la linterna, que continúa funcionando, se dirige a Totò:

—¿Los has reconocido?

—Sí. Son Titazio, que estaba en Santa Pitronilla cuando hemos llegado nosotros, y Nino Impallomèni.

Entretanto, salen de la taberna Pepè Biancheri, Savaturi Jacolino y Cataldo Farruggia.

Totò Cumella le pide la linterna a Ciccio y éste se pega a su espalda y echa a andar cautelosamente por la via Arco Arena. En el otro extremo se ve un tramo del corso Vittorio Emanuele iluminado como si fuera de día.

A la altura de la negra boca del arco, Totò ve el cuerpo de alguien inmóvil en el suelo.

Frena, y Ciccio frena con él.

Totò suda, tiene un miedo espantoso de dar otro paso y descubrir que el hombre del suelo es Michele. Después toma una decisión y se agacha al lado de la cabeza del hombre. Reconoce a Lillino. Lanza un profundo suspiro. Ciccio también se ha agachado a mirar.

—Pero ¿éste no estaba también en la taberna? —pregunta.

Totò no le contesta, desliza una mano bajo la camisa del muchacho y se la apoya sobre el corazón.

—Aún está vivo.

—¿Michele iba armado? —pregunta Ciccio todavía en voz baja.

—Sí.

—¡Coño!

Ahora ya han llegado los otros y forman un semicírculo alrededor de Lillino, tumbado en el suelo, y Totò, agachado junto a él.

—Aún está vivo —les explica Ciccio a los demás.

—¿Qué hacemos? —El que formula la pregunta es Cataldo Farruggia.

—Dejarlo morir en la calle no me parece apropiado —dice Savaturi Jacolino.

—¡Esperad! —exclama Totò, tomando una decisión. Se levanta, recorre unos veinte pasos con la linterna en la mano, llama con los nudillos a un enorme portal cerrado y grita—: ¡Don Lollò! ¡Don Lollò! —Nada. No contesta nadie.

El muchacho herido se está muriendo, mientras que todos los que viven en la via Arco Arena parece que ya estén muertos, cadáveres inmóviles en sus ataúdes.

Totò Cumella llama a Cataldo Farruggia y Savaturi Jacolino.

—Vamos a emprenderla a patadas con el portal.

El ruido de los puntapiés ejerce el efecto deseado. Se abre una ventana del primer piso.

—¿Quién es?

—Soy yo, don Lollò, Totò Cumella.

—Deja que te vea.

Totò retrocede dos pasos, mira hacia arriba, levanta el brazo con la linterna para que la luz le caiga sobre el rostro. El hombre que ha abierto la ventana se queda mirándolo un buen rato, no le apetece hacer preguntas. Finalmente habla.

—¿Y qué quieres, Totò?

—Necesitamos uno de sus coches para llevar a un herido al hospital. Le han pegado un tiro.

—¿Un tiro? —pregunta con fingido asombro don Lollò antes de cerrar la ventana

—. Bajo enseguida.

Don Lollò Sciacchitano se gana la vida alquilando coches. Tiene tres, uno para ceremonias como bodas y bautizos, uno para entierros y uno medio estropeado para distintos servicios. La cochera, que también es un establo, se encuentra justo debajo de la casa donde vive.

Desde el corso Vittorio Emanuele se oye de repente la detonación de un disparo de revólver. Todos se sobresaltan.

—¡Coño! —exclama Ciccio, que parece que sólo disponga de esa palabra.

En cambio, sus compañeros ni siquiera abren la boca. No quieren pensar en lo que le está ocurriendo a Michele.

En medio de un estruendo impresionante se abre el portal y aparece don Lollò.

—Ayudadme a enganchar los caballos.

En la cochera entran Cataldo y Savaturi; Totò regresa junto al herido, vuelve a agacharse, le apoya de nuevo la mano sobre el corazón.

—Sigue vivo.

Con un pañuelo que se ha sacado del bolsillo, trata de restañarle la herida de la frente.

Al final llega el coche. Como es natural, el más estropeado.

—¿Quién paga? —pregunta don Lollò, sentado en el pescante.

—Pago yo —contesta Totò.

—Procura no ensuciarme el coche de sangre.

Totò abre la portezuela y sube, agarra por los hombros al herido, que Ciccio y Pepè Biancheri han levantado del suelo, y se lo coloca con la cabeza sobre las piernas.

Don Lollò les explica a los demás que, para ir al hospital, no conviene pasar por el corso Vittorio Emanuele, sino que es mejor seguir el camino de Santa Pitronilla: se llega antes.

El coche se pone en marcha. Los cuatro que quedan se congregan alrededor de Ciccio, que ha recuperado la linterna.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Cataldo.

—Vamos a ver qué le ha ocurrido a Michele —sugiere Pepè.

—Algo tiene que haberle ocurrido —tercia Ciccio—. Tanto es así que en el corso alguien ha disparado.

—Muy bien —dice Savaturi—, vamos a ver. Pero es mejor que no vayamos en grupo.

—De acuerdo —concluye Cataldo—. Yo y Savaturi nos adelantamos. A los cinco minutos, nos siguen Ciccio y Pepè.

—¿Y dónde nos vemos? —pregunta Ciccio.

—Delante del Círculo.

Pero a Cataldo y Savaturi no les da tiempo a moverse.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Manos arriba!

Justo a la entrada de la via Arco Arena, por la parte del corso Vittorio Emanuele, acaban de aparecer dos hombres vestidos de paisano con revólveres en la mano.

—¡Apaga la linterna! —le susurra Pepè a Ciccio.

Ciccio gira enseguida la llave y los cuatro se vuelven invisibles en medio de la oscuridad. Uno de los dos guardias, que comprende la mala jugada, levanta el brazo y efectúa un tiro al aire.

La detonación ejerce en los cuatro el mismo efecto que el disparo de salida de una carrera deportiva. El primero que sale hacia Santa Pitronilla es Cataldo Farruggia, seguido por Pepè Biancheri. Y algo separado del grupo que marcha en cabeza, Savaturi Jacolino. En último lugar, Ciccio Spampinato, que en medio de la densa oscuridad no ve tres en un burro.

—¡Alto! ¡Alto! —gritan los dos agentes, lanzándose en su persecución.

Y Ciccio comprende de inmediato que ha perdido la partida; jamás conseguirá escapar. Entonces se le ocurre una idea. En cuanto adivina que ambos ya han extendido los brazos para agarrarlo, se para de golpe, se gira y, con toda la fuerza de la desesperación, le suelta un linternazo al primero que tiene a mano. El agente, alcanzado en pleno rostro, grita de dolor, resbala y cae; el segundo duda un instante, no comprende qué le ha sucedido a su compañero, pero no tarda en comprenderlo con toda claridad cuando él también recibe un linternazo en la cabeza. Esa vez el cristal, a pesar de estar protegido por una especie de tupida red de tela metálica, se rompe y le corta la cara. El hombre cae al suelo, quejándose. Y de esa manera Ciccio puede desaparecer doblando la esquina.

El primer agente atacado, que se llama Costantino Diliberto, logra levantarse. Todavía está aturdido. Mientras se inclina para ayudar a su compañero, que se llama Alessio Costantino, un repentino disparo de fusil lo obliga a tumbarse boca abajo. Alguien está tirando contra él. Puesto que en ningún momento ha soltado el revólver, responde inmediatamente al fuego. Efectúan contra él otros disparos de fusil. También Alessio, que no ve absolutamente nada a causa de la sangre que le resbala sobre los ojos, se pone a disparar a ciegas con su revólver.

El tiroteo duró un cuarto de hora, antes de que los dos carabineros que lo habían iniciado se dieran cuenta de que aquellos contra los cuales estaban disparando eran agentes del orden público. Y viceversa.

Una vez aclarado el equívoco, los agentes de la policía y los carabineros, a la luz de la linterna que estos últimos llevaban consigo, inspeccionaron cuidadosamente la via Arco Arena. Encontraron una linterna de carretero con el cristal roto, un puño de hierro, una vara de pastor de ovejas, un sombrero flexible y una gran mancha de sangre.

OTROS ACONTECIMIENTOS DE AQUELLA NOCHE

La aparición de Michele Lopardo con el rostro ensangrentado, renqueando, la chaqueta desgarrada, el cabello alborotado, los ojos desorbitados y el revólver en la mano en el corso Vittorio Emanuele, iluminado como si fuera de día por ser domingo, parece la del ángel que dice «amén» y todos se quedan quietos tal como están.

En medio de la inmovilidad general, sólo la señora Melina Lorusso de Tricase suelta un estridente grito y cae desmayada al suelo, a pesar de que iba cogida del brazo de su marido. Nadie la socorre, ni siquiera su legítimo esposo, el señor Arturo Tricase, comerciante de habas, que se ha quedado tan petrificado como los demás contemplando a Michele Lopardo, el cual camina sin siquiera darse cuenta de que está caminando.

Al cabo de un momento, todos se recuperan y huyen despavoridos en medio de un afanoso griterío, como cuando el terremoto de 1912. El señor Arturo Tricase también ha echado instintivamente a correr, pero después recuerda a su mujer, vuelve atrás soltando maldiciones, se agacha, se pone al hombro a la señora Melina, que pesa una tonelada, y desaparece en dirección norte-noroeste. Los únicos que permanecen en su sitio son los dos carabineros que están de guardia allí cerca y el habitual grupo de ferroviarios delante del Círculo.

Tanto los carabineros como los ferroviarios han oído el tiroteo procedente de la via Arco Arena, pero aún no saben qué hacer. La aparición de Michele disipa la duda.

El más rápido en acercarse corriendo al capataz es Gegè Lo Monaco. No le pregunta nada al compañero, le quita el revólver de la mano, y tiene que hacer cierto esfuerzo pues el otro lo sujeta con mucha energía, arroja el arma al suelo detrás de una maceta de flores, empuja a Michele, que parece medio aturdido, hacia los demás ferroviarios, que entretanto se han echado hacia delante para protegerlo, y lo oculta en el interior del grupo, que se ha abierto y cerrado cual almeja para recibirlo.

Los dos carabineros, que se llaman Antonio Praticò y Carmine Pullara, no son tontos sino personas expertas; su oficio lo conocen muy bien. Mientras Pullara corre a recoger el revólver de Michele del lugar donde Lo Monaco lo ha arrojado, Praticò, que es alto y corpulento como un armario, se lanza con todo su peso contra el grupo de los ferroviarios para agarrar a Michele.

La violenta irrupción de los carabineros relaja un instante la compacta solidez de los ferroviarios, hasta el extremo de que Praticò logra coger por un brazo al capataz, que, con la mirada perdida, sigue pareciendo una marioneta sin voluntad propia. Sin embargo, Gegè Lo Monaco se apresura a aferrar el otro brazo de Michele y se inicia una especie de tira y afloja con los carabineros. Gana Lo Monaco y el grupo de los ferroviarios retrocede unos cuantos pasos.

—¡Entrad! ¡Entrad! —grita desde la puerta parcialmente cerrada del Círculo Fofò Urbano, el secretario del mismo.

En efecto, alcanzar la sede del Círculo y atrincherarse en su interior sería para los ferroviarios lo mejor. Y es justamente lo que intentan hacer.

Pero el carabinero Pullara, que ha adivinado su intención, les corta el paso, se

abalanza sobre Urbano, le propina un fuerte empujón que lo envía con fuerza al interior del Círculo, cierra la puerta y se sitúa delante de ella, sin soltar en ningún momento el revólver de Michele.

Inclinando la cabeza, el carabiniere Praticò embiste de nuevo contra el grupo, dos ferroviarios caen al suelo cual bolos, pero otro agarra al agente por la chaqueta del uniforme y tira de él hacia atrás mientras otro le arrea un puntapié en los cojones. Con el tronco doblado a causa del dolor, Praticò no se detiene y vuelve a atrapar a Michele.

Ahora todos los ferroviarios se echan encima de Praticò, que está a punto de quedar sumergido por la marea humana cuando Pullara decide levantar el brazo y efectuar un disparo al aire. Inmediatamente después corre en auxilio de su compañero. Mientras vigila a los ferroviarios apuntándoles con su arma, Praticò esposa a Michele. De pronto llegan corriendo dos hombres vestidos de paisano.

—¿Necesitáis ayuda? Somos de la Policía.

—No —contesta Pullara—. Id a ver qué ha ocurrido en la via Arco Arena.

Al final, Pullara y Praticò están listos para conducir al cuartel a Michele, el cual no opone resistencia, no dice una sola palabra, su mirada perdida parece ahora un tanto alterada.

A pocos metros del Círculo, Pullara y Praticò, con el detenido en medio, se encuentran con una patrulla de dos carabineros que estaban al final del corso Vittorio Emanuele y que ahora se acercan cautelosamente para averiguar qué está ocurriendo.

—Id a ver qué ha pasado en la via Arco Arena —les dice también a éstos Pullara.

Se han pegado una carrera de liebre perseguida por un cirneco siciliano, el más veloz de todos los podencos, a pesar de que nadie los estaba persiguiendo.

Nino Impallomèni ha caído dos veces al tropezar con las piedras, a Titazio una rama baja de un olivo le ha arañado la mejilla izquierda.

Lo primero que hacen nada más llegar al lavadero es mojarse repetidamente la cara. Les cuesta recuperar un poco el aliento, tienen los pulmones que parecen fuelles.

—¿Por qué Lillino no nos ha seguido? —pregunta Titazio.

—Cualquiera sabe —contesta Nino, que experimenta una oleada de punzadas en el costado a causa de la tremenda carrera.

—¿Qué camino habrá tomado? —insiste Titazio.

—En mi opinión, debe de haber entrado por el arco. Desde allí uno puede llegar a donde quiera.

—O a lo mejor ha cogido el camino contrario —dice Titazio, que no parece muy convencido.

Nino pierde la paciencia:

—Mañana por la mañana, cuando nos veamos, le preguntaremos directamente a

él qué coño ha hecho. —Y se tumba boca arriba en el suelo.

Titazio permanece un ratito en silencio y después vuelve al ataque:

—¿Por qué le has disparado? Lillino había dicho que...

—Si no disparo, el tío se carga a Lillino. He visto que lo había agarrado por el cuello.

Titazio lo piensa un poco.

—A lo mejor tendríamos que ir a decirle al comandante lo que ha pasado.

A Federico Talè di Santo Stefano le encanta que sus hombres de la Liga Antibolchevique lo llamen así, comandante.

—Mañana se lo decimos.

Titazio tiene ganas de hablar; en cambio, Nino se está hundiendo en un profundo mutismo.

—¿Por qué no vamos a...?

—¿Y tú por qué no te vas a tomar por culo? —replica Nino, enfurecido.

Dados los tiempos un tanto agitados que corren, el comisario de policía Mancuso, nombre de pila Gerolamo, dio instrucciones hace tres meses de que un hombre permanezca constantemente de guardia en el servicio de urgencias del hospital.

Esa noche le corresponde el turno a Vitaliano Brancato, un agente especialmente preparado.

Totò Cumella y don Lollò se encuentran en el interior de un cuartito, de pie delante del escritorio al cual permanece sentado el agente especial, que toma notas con un lápiz, pues en el tintero no queda ni una sola gota de tinta.

El herido ha sido ingresado de urgencia. Su estado es gravísimo; eso ha dicho el médico.

—¿Eres el que ha acompañado aquí al herido?

—Sí.

—¿Y te llamas?

—Salvatore Cumella, hijo de Filippo, difunto, y Carmela Abbate. Tengo treinta y dos años y vivo en la via Schillaci veintiocho. Trabajo como albañil.

El policía levanta la cabeza y lo mira.

—Parece que ya tienes experiencia.

Totò no contesta. Ya lo han detenido cuatro veces.

—¿Cómo has tropezado con el herido?

—Pues no sé qué decir. He ido a beber un vaso de vino a la taberna de Santa Pitronilla. Al salir, he tomado la via Arco Arena. Y he encontrado a ese chico tendido en el suelo.

—¿Estabas solo?

—Solísimo.

El agente mira a don Lollò como buscando su confirmación.

—Yo sólo lo he visto a él —dice don Lollò.

—¿Has reconocido al herido? ¿Es amigo tuyo?

—Jamás lo había visto —declara Totò con toda seguridad.

—¿Por qué has intervenido?

—¿Tenía que dejarlo morir como a un perro?

—Entonces, ¿qué has hecho?

—He llamado a don Lollò y él ha bajado. Lo hemos metido en uno de los coches de don Lollò y lo hemos traído aquí. Y nada más.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Calogero Sciacchitano. Huérfano y viudo. Tengo sesenta y cuatro años. Vivo en la via Arco Arena doce y me gano la vida alquilando coches.

—Tú también tienes experiencia, ¿eh? —comenta el policía.

Vaya si tiene experiencia don Lollò. En su juventud, robo, robo con violencia, robo a mano armada, robo de ganado. Y de mayor, reyertas e intento de homicidio.

Al agente especial le entra una curiosidad:

—Pero tú que vives allí mismo, ¿cómo no has oído el disparo?

—Dormía y tengo el sueño muy pesado. Pero, además, ¿quién dice que al chico le han pegado un tiro cerca de mi casa?

—¿Cómo que quién lo dice? ¡Lo dice este señor que lo ha encontrado!

—¡No, señor, este señor no lo dice! ¡Este señor simplemente lo ha encontrado y me ha metido a mí en el fregado!

—A tu juicio, ¿cómo ha sido la cosa?

—A lo mejor le han pegado un tiro él sabrá dónde coño, ha seguido caminando y se ha caído en mi calle.

—Y a tu juicio, ¿alguien con semejante herida en la cabeza está en condiciones de caminar?

—¡Y qué sé yo! Yo no soy médico.

—Echad una firma, si podéis, y retiraos —termina el agente especial, lanzando un profundo suspiro.

Sabe muy bien que a aquellos dos no hay nada que exprimirles.

PAPELES Y PALABRAS

HOSPITAL DEL SAGRADO CORAZÓN

Ficha n.º 327

Datos personales

Nombre y apellido	<i>Calogero Grattuso</i>
Lugar de nacimiento	<i>aquí</i>
Fecha	<i>7 de marzo de 1903</i>
Profesión	<i>estudiante</i>
Hora y fecha del ingreso	<i>22.15 horas del 24 de abril de 1921</i>

PARTE MÉDICO

El paciente presenta una herida profunda por arma de fuego en la cabeza. Disparo efectuado a corta distancia, con sólo un orificio de entrada en la región frontal-parietal izquierda.

Notable afectación de la masa cerebral.

Estado de coma.

Pulso apenas perceptible.

Grave hemorragia.

OBSERVACIONES

Para poder extraer el proyectil, el jefe de cirugía doctor Daniele Cipolla ha decidido someter al paciente a una intervención de trepanación craneal.

El responsable de la sala
(Dr. Fortunato Lorè)

PUESTO DE LOS REALES CARABINEROS

Protocolo n.º 722

Fecha: 24 de abril de 1921

Apenas pasadas las 21.30 horas del día 24 de abril del año en curso, los infrascritos carabineros Leonardo Colosimo y Gerolamo Ognibene, enviados a prestar servicio en el cruce del corso Vittorio Emanuele y la via Regina Margherita, fuimos informados de una refriega con tiroteo que se estaba registrando hacia el centro del susodicho corso.

Un fugitivo nos informó que en la susodicha refriega con tiroteo había intervenido una de nuestras patrullas. Nos dirigimos por tanto al susodicho lugar, pero, antes de llegar, nos cruzamos con dos compañeros que llevaban esposado al culpable de la refriega y el tiroteo.

Uno de los dos nos dijo que fuéramos a ver qué había ocurrido en la via Arco Arena, donde se habían producido los primeros disparos.

Al llegar al lugar, nos vimos obligados a encender la linterna puesto que las farolas de la calle estaban apagadas.

Entretanto, vimos a lo lejos en la susodicha calle a un grupo de hombres que avanzaba con aire cauteloso.

Al darles el alto, en lugar de obedecer nuestra orden, efectuaron contra nosotros unos cuantos disparos de arma de fuego, a los cuales respondimos de inmediato.

A continuación, se dieron a la fuga.

Consideramos que se trata de cómplices del susodicho detenido causante de la refriega con tiroteo.

Se adjunta la lista de objetos encontrados en la via Arco Arena:

- 1) Una vara de pastor de ovejas
- 2) Un sombrero flexible de color gris oscuro

Leonardo Colosimo

Gerolamo Ognibene

Comisaría de Policía

Fecha: 24 de abril de 1921

Protocolo n.º 525

Poco después de las 21.30 horas del día 24 de abril del año en curso, a los infrascritos agentes de policía Alessio Costantino y Costantino Diliberto, mientras paseábamos fuera de servicio por el corso Vittorio Emanuele, nos llamó la atención una refriega con tiroteo que se estaba produciendo delante de la sede del Círculo de Ferroviarios.

Considerando que, a pesar de estar fuera de servicio, nuestra obligación era intervenir, así lo hicimos, pero al llegar al lugar de los hechos dos militares del cuerpo de carabineros ya habían detenido al siniestro sujeto que había provocado la refriega y el tiroteo.

Aquéllos nos aconsejaron dirigirnos a la cercana via Arco Arena, donde se había iniciado la refriega con tiroteo.

A pesar de que la calle se encontraba totalmente a oscuras, vimos desde lejos a un grupo de personas que se movía de manera sospechosa a la luz de una linterna.

Al darles el alto, se dieron inmediatamente a la fuga, perseguidos por nosotros, pero, como consecuencia de la oscuridad, los infrascritos sufrieron una caída que les ocasionó lesiones en la cara y la cabeza. Al vernos en apuros, el grupo efectuó varios disparos contra nosotros, a los cuales respondimos, dando lugar a un tiroteo breve, pues los delincuentes desistieron muy pronto de su intento y reanudaron la fuga.

Consideramos que se trata de cómplices del detenido que ha sido el causante de la refriega con tiroteo.

Se adjunta la lista de objetos encontrados en la via Arco Arena:

- 1) Una linterna de carretero con el cristal roto
- 2) Un puño de hierro

Alessio Costantino

Costantino Diliberto

Al camarada
Addolorato Mancuso
Salita del Calvario, 28

CONFIDENCIAL Y PERSONAL

¡Camarada Mancuso!

Soy el camarada Salvino Filippazzo, médico adscrito a la Sala de Urgencias del Hospital del Sagrado Corazón, y pido que me disculpes por molestarte tan entrada la noche, enviándote esta nota por medio de un camarada enfermero de confianza.

A las diez de esta noche ha sido ingresado en este hospital el joven Lillino Grattuso, a quien todos conocemos por su compromiso y su lucha en la batalla antibolchevique, por su siempre dispuesta y generosa entrega a la Causa, herido en la cabeza por un disparo de arma de fuego.

Se encuentra en gravísimo estado y se descarta que pueda sobrevivir.

Parece que ha sido víctima de una emboscada urdida por el conocido bolchevique Michele Lopardo, que ha sido detenido, y por alguno de sus cómplices.

Considero oportuno informar de lo ocurrido al camarada Talè di Santo Stefano.

Te saludo a la romana,

Salvino Filippazzo

En el hospital

Consultando su reloj de bolsillo, el juez de primera instancia Terenzio Sottocasa se da cuenta de que hace diez minutos que aguarda en la sala de espera del hospital a que alguien decida salir del quirófano y se digne informarle acerca de la situación. Hace diez minutos que espera de pie porque en las inmediaciones no se consigue una silla ni pagando su peso en oro.

Al final, se abre la puerta y aparece un sujeto con la bata blanca manchada de sangre. Camina rápido, y el magistrado apura el paso para seguirlo.

—Perdone, soy el juez de primera instancia.

—Después, después —dice el otro sin aminorar la marcha.

Sottocasa no se rinde:

—¿La operación ha terminado?

—Casi —contesta, cruzando una puerta.

¿Qué significa «casi»? El juez tiene ganas de fumar, sabe que al fondo del pasillo, doblando una esquina, hay un saloncito.

En cuanto la dobla, se encuentra con una escena que no esperaba. Allí donde termina el pasillo, al lado de una ventana, hay unas diez personas hablando acaloradamente. Reconoce al joven barón Federico Talè di Santo Stefano, con los pantalones del pijama asomando por debajo del abrigo, balanceándose como un árbol azotado por el viento, con el rostro más pálido que la cera; reconoce a Addolorato Mancuso rodeado por cuatro fascistas, todos ellos con la camisa negra y la porra; reconoce a Arcangelo Lopane y a otros tres nacionalistas. Delante de la puerta del saloncito de cuyo interior proceden unas voces alteradas, hay cuatro personas mirando hacia dentro. El juez se abre paso y llega a la primera fila. Y lo que ve le parece una auténtica escena de teatro.

A la izquierda hay un grupo de mujeres, todas vestidas de cualquier manera, a la buena de Dios: hay quien lleva un abrigo de pieles sobre el camisón y quien, en lugar de zapatos, calza unas zapatillas. Delante de todas se encuentra la señora Agata Tamburrano de Grattuso. A la derecha, en cambio, hay un grupo de tres hombres todos vestidos de negro, y delante de ellos se encuentra el *cavaliere* Pancrazio Grattuso, director de la oficina de Correos.

Puesto que ya se esperaba la llegada del magistrado, la señora Agata da comienzo a la representación. Levanta el brazo, apunta con el dedo índice a su marido y dice:

—¡Tú!

—¡Tú! —repite como un eco el coro femenino formado por la parentela de la señora Agata, la cual está unida por vínculos de sangre con toda la aristocracia y la plutocracia del pueblo.

—¿Yo? —dice asombrado el *cavaliere* Pancrazio.

—¿Él? —pregunta el coro masculino, formado enteramente por pobres funcionarios chupatintas que jamás de los jamases podrán competir con las huestes de

aristocracia femenina que constituyen la parte contraria.

—¡Sí, tú! ¡Que con las ideas que le metiste en la cabeza a mi pobre hijito del alma has hecho que por poco me lo maten!

—¡Lo maten! ¡Lo maten! —repite el coro de mujeres en tono quejumbroso.

El juez de primera instancia Sottocasa retrocede, renuncia a fumar, total ya se le han pasado las ganas, regresa a la sala de espera y ve salir de inmediato del quirófano al profesor Cipolla, con la bata tan manchada de sangre que parece un carnicero.

Daniele Cipolla es conocido como un cirujano de primera pero también como una persona de escasas (y groseras) palabras y temperamento nervioso.

—Disculpe, profesor, soy el juez de primera instancia.

—¿Qué quiere?

—¿Cómo ha ido la operación?

—Mal. No he conseguido extraer el proyectil.

—Quisiera interrogarlo.

—¿Al proyectil?

—No. Al herido.

—Pero ¿usted qué tiene en lugar de cerebro, un requesón? —estalla el cirujano, que, bajito y rechoncho, se balancea sobre los pies—. ¿Cómo coño se le ocurre que alguien en semejante estado pueda contestar a sus preguntas? —Está claro que el fracaso de la intervención ha hecho que le estallen los nervios.

—Ah, ¿no? —insiste el juez, todavía aturdido por el vocerío.

—¡No! ¡Y eso lo entiende hasta un recién nacido! ¿O quiere que le haga una trepanación también a usted, a ver si a través del agujero le entran mejor las cosas en la cabeza?

Profesor Dr. Emerico Ziotta
Médico-cirujano

Consultorio médico: via Troia, 22
Domicilio particular: via Roma, 3

Michele Lopardo presenta un amplio desgarro en la zona occipital izquierda. Ha sido necesario suturar la herida con seis puntos. Dificultades respiratorias y agudo dolor en el tórax a causa de la fractura de la segunda costilla derecha.

Amplio hematoma sobre el hueso sacro y otro a la altura del hígado.

Profundo desgarro en la parte inferior de la nuca. Contusiones y equimosis repartidas por todo el cuerpo.

Dado el evidente estado de confusión del paciente, detenido actualmente en el puesto de los RR. CC., se aconseja el inmediato ingreso en el hospital.

(Emerico Ziotta)

PD. El comandante de los RR. CC. me advierte que el traslado de Lopardo al mismo hospital municipal en que permanece ingresada la víctima en situación desesperada podría exasperar ulteriormente los ánimos e inducir a algún exaltado a cometer algún acto imprudente. Propongo por tanto el traslado al hospital de Santa Ana de Xirbi, pero el comandante me señala que tal cosa es imposible, pues sería indispensable mandar acompañar a Lopardo por un pelotón del Cuerpo para salvaguardar su integridad física, y él no puede en este momento retirar del servicio ni siquiera a un solo carabinero. Me veo obligado por tanto a declinar cualquier responsabilidad.

(Emerico Ziotta)

Comandancia provincial de los Reales Carabineros

Fonograma n.º 872

23.15 horas

del 24 de abril de 1921

Destinatario: comandante de los RR. CC. Gaspare Tinebra

De acuerdo con S. E. el prefecto gran oficial *dottor* Aurelio Caccamo y de acuerdo con el señor jefe superior de policía comendador *dottor* Attilio Munafò, esta comandancia provincial ha dispuesto que las investigaciones acerca del grave y cruento incidente ocurrido esta noche en la via Arco Arena se lleven a cabo en plena y armoniosa colaboración con el *dottor* Emanuele Lanzillotta, jefe de la brigada política de la Jefatura Superior.

Ruego inmediata confirmación.

por EL COMANDANTE PROVINCIAL
(mayor Ascanio Testa)

PUESTO DE LOS REALES CARABINEROS

Fonograma n.º 423

23.20 horas

del 24 de abril de 1921

Destinatario: mayor Ascanio Testa, comandancia provincial

En respuesta a su fonograma n.º 872 recién recibido, le confirmo mi plena y armoniosa colaboración.

El comandante del puesto de los RR. CC.
(Gaspere Tinebra)

REAL JEFATURA SUPERIOR DE POLICÍA BRIGADA POLÍTICA

EL COMISARIO JEFE

(a mano)

De conformidad con las órdenes recibidas, esta noche a las 23.30 me he presentado en el puesto local de los RR. CC., adonde había sido conducido Michele Lopardo, culpable de los graves delitos de sangre acaecidos en la via Arco Arena, para proceder a su primer interrogatorio conjuntamente con el comandante del puesto, comandante Gaspare Tinebra.

Grande ha sido mi sorpresa cuando el susodicho comandante me ha comunicado que no consideraba oportuno proceder al interrogatorio, por cuanto el delincuente se encontraba sumido en un estado de confusión.

A pesar de mi insistencia, el comandante no ha desistido de su propósito, motivo por el cual me he visto obligado a abandonar el puesto presa de una comprensible indignación.

¿Acaso el señor comandante Tinebra quiere dejar al asesino todo el tiempo necesario para organizar su línea de defensa?

Y utilizo la palabra «asesino» tras haber considerado todos los pros y los contras: el médico jefe del correspondiente servicio del hospital me ha comunicado que ya no hay ninguna esperanza para ese joven bárbaramente martirizado, culpable tan sólo de una profunda fe en sus Altísimos y Fúlgidos Ideales.

Con mi mayor consideración,

Emanuele Lanzillotta
(jefe de la Brigada Política)

PUESTO DE LOS REALES CARABINEROS

Al mayor Ascanio Testa
Comandancia provincial de los RR. CC.

URGENTE

25 de abril de 1921, 5 de la madrugada

Quiero hacer constar a V. S. I. el rápido empeoramiento del orden público en la ciudad nada más divulgarse la noticia de los acontecimientos ocurridos en la via Arco Arena.

Hacia la una se han arrojado dos bombas de mano contra la puerta del Círculo de Ferroviarios del corso Vittorio Emanuele. Posteriormente, un grupo de facinerosos, al grito de «¡Vengamos a Lillino!», ha intentado entrar en el local, pero ha sido rechazado con disparos de arma de fuego por parte de unas personas atrincheradas en su interior.

Un misterioso tiroteo (probablemente un enfrentamiento entre fascistas y comunistas) que por fortuna no ha tenido consecuencias se ha registrado a la misma hora en la via Garibaldi.

A las dos horas se ha lanzado una bomba de mano contra un balcón de los locales donde tiene su sede la Liga Antibolchevique, a la cual pertenece el joven gravemente herido.

Alrededor de media hora después, un incendio claramente provocado se ha declarado en la sede del Círculo de Mineros, situado en la planta baja de un chalet de la via Cavour, 12. Gracias a la rápida intervención de algunos vecinos, el incendio se ha podido sofocar de inmediato.

Un *càntaro* (orinal de gran tamaño) lleno de excrementos humanos ha sido arrojado contra el señor Addolorato Mancuso, jefe de los fascistas locales, que a las tres de esta madrugada regresaba a su casa, situada en la via Salita del Calvario, 28. El *càntaro* ha alcanzado a Mancuso en la espalda, vertiendo su contenido y manchándolo. Los tres camaradas que lo escoltaban, al no haber conseguido averiguar desde dónde había sido lanzado el objeto, se han puesto a disparar contra ventanas y balcones al grito de «¡Muerte a los bolcheviques!».

A la misma hora, el domicilio de Michele Lopardo ha sido objeto de un violento ataque a pedradas que ha roto todos los cristales de las ventanas. Se han oído gritos de «¡Muerte a Lopardo!».

Poco antes de las cuatro, nada menos que ocho bombas de mano han sido arrojadas contra la sede del Partido Comunista, que ha quedado destruida casi por entero.

Desde hace aproximadamente dos horas llevan reunidas en la plazuela situada delante de este puesto de los RR. CC. unas cuantas personas (una veintena), conversando acaloradamente. Tengo la fundada sospecha de que se trata de amigos del herido animados por aviesas intenciones contra Lopardo, a quien nosotros mantenemos bajo arresto. No creo que pretendan asaltar el puesto, pero temo que quieran apoderarse de Lopardo en caso de que éste, por cualquier motivo, sea obligado a salir.

Simplemente para su conocimiento

El comandante del puesto de los RR. CC.
(Gaspere Tinebra)

Reunión en la cumbre

Son las seis y media de la mañana del 25 de abril. El prefecto Aurelio Caccamo permanece sentado a la cabecera de la gran mesa rectangular del salón de la prefectura. Está de mal humor, furioso y nervioso, y lo demuestra retorciéndose incesantemente las guías del bigote, que ora aparecen horizontales a la línea de la boca, ora más abajo, ora a la tártara, ora a la humberta, enroscadas hacia arriba como las del rey Humberto I.

Hace tres días que está fuera de sí, y todos, desde el subprefecto hasta el ujier, creen que su excelencia está seriamente preocupado por la grave situación que se registra en el pueblo, pero ignoran la verdad, es decir, que al señor prefecto le importa un carajo la grave situación del pueblo y lo que en realidad le ataca los nervios es su grave situación personal.

Ocurre que hace tres días recibió un anónimo que contenía doce palabras: «Tu mujer te pone los cuernos con el jefe superior de policía».

Su jefe de gabinete, el *cavaliere* Alfonso Tornatore, que todas las mañanas abre la correspondencia, la lee y se la pasa comentándola, esa vez también hizo su comentario al anónimo.

—Es una maniobra política, excelencia.

¿Una maniobra política los cuernos?! El prefecto, que al leer aquellas palabras sintió como si recibiera un mazazo en la cabeza, lo miró perplejo.

—Pues sí, excelencia. A mi juicio, esta indigna carta procede de esa gentuza subversiva que quiere crear divisiones entre los altos representantes de la ley y el orden, y pescar en río revuelto.

Pero ¡qué grandísimo cabrón era su jefe de gabinete! Pero ¡si hasta él mismo, el marido, se había percatado de la simpatía que su mujer Luisa, veneciana, veinticinco años más joven que él, sentía por aquel hijo de la grandísima puta del jefe superior, por el cual era correspondida!

Ahora la pregunta que lo preocupaba era la siguiente: ¿la simpatía se había quedado en simple simpatía o se había convertido en un asunto concreto de cama, tal como decía el anónimo? Una cosa era tan cierta como la muerte: que desde hacía unos cuantos meses, con la excusa de un dolor de cabeza o cualquier otra bobada, su esposa se sustraía a sus deberes conyugales, mientras que antes no sólo accedía con entusiasmo sino que a menudo y de muy buen grado ella misma tomaba la iniciativa.

Lo cual significaba que la señora, cuando tenía ganas de beber, se saciaba con creces fuera de casa con una bebida que la dejaba enteramente satisfecha.

—¿Empezamos, excelencia?

Levantó los ojos. El que había hablado era precisamente el muy hijo de la gran puta del jefe superior de policía, el *commendatore dottore* Attilio Munafò, que permanecía sentado a su izquierda. Alto, guapo, muy joven para el cargo que ocupaba, elegante, con una mata de cabello rizado y unos ojos brillantes, más

parecía un poeta que un policía y jefe de policías.

A la derecha del prefecto se sentaba, en cambio, el comandante provincial de los RR. CC., coronel Augusto Brindisino, con el tronco tan tieso como un palo y mirada perennemente enfurecida, a cuya vera se sentaba el jefe de gabinete Tornatore, encargado de levantar acta de la sesión.

Delante de Tornatore se sentaba a su vez el jefe de gabinete del jefe superior *cavaliere* Aristide Manzella.

—Pues sí, empecemos —dijo su excelencia. Y no añadió nada más, parecía que estuviera pensando en algo que no conseguía recordar. Al cabo de un rato, el coronel Brindisino le echó una mano.

—¿Quiere que empiece yo?

—Sí, gracias, señor coronel.

Brindisino se levantó, majestuoso y solemne con su metro ochenta de estatura, fulminó a los presentes con una fiera mirada y tomó la palabra.

Para alguien que acabara de conocerlo, el hecho de oírlo hablar habría sido como una descarga eléctrica, lo habría dejado patidifuso. Pues de la boca de aquel gigante, por debajo de aquellos mostachos semejantes a dos escobas, salía una fina vocecita, dulce y delicada, igual en todo a la de una pudibunda muchacha educada en un colegio de monjas.

—Señores —comenzó—, dada la situación y siendo evidente que no puede sino empeorar, no he dudado en recurrir a mi ilustre compañero de Montelusa el coronel Amerigo Toussaint para pedirle mano dura. Mi compañero ha dispuesto rápida y generosamente el inmediato traslado de una de sus compañías, la cual se presentará en el lugar no más tarde de las ocho de esta mañana.

—Una brillante idea, coronel —dijo el prefecto.

Brindisino le dirigió una mirada que pretendía ser de gratitud, pero acabó pareciendo la de un verdugo, y añadió:

—Agradecería al señor jefe superior que tuviera la bondad de indicarme los lugares que necesitarían ser protegidos para poder desplegar debidamente a mis hombres y a los que están a punto de llegar.

Se sentó. En cambio, Munafò se levantó.

—Deme la lista —le dijo a su jefe de gabinete.

El *cavaliere* Manzella le entregó tres hojas de papel. El jefe superior los tomó con la mano izquierda, se pasó los dedos de la derecha por el cabello y adoptó la posición de alguien que tuviera que leer un poema.

—He ordenado preparar una lista de los lugares que considero indispensable proteger mediante una guarnición. La estación ferroviaria. El Círculo de Ferroviarios. La Cámara del Trabajo. La sede del Partido Socialista. La sede del Partido Democrático del Trabajo. La sede del Partido Republicano. La sede del Partido Liberal. La sede del Partido Popular. La sede del Partido Comunista. La sede de la Asociación Anarquista. La sede de la Unión Minera. Las sedes de los sindicatos. El

edificio del ayuntamiento. Las cárceles. El Círculo Nobiliario. El Círculo Trabajo y Progreso. El Círculo Fe y Progreso. El Círculo Progreso.

El coronel Brindisino lo miró con perpleja furia.

«¡Para eso, mejor declarar el estado de sitio!», pensó.

El otro siguió adelante con su letanía.

—Las sedes de la Liga Antibolchevique, el Partido Fascista y los Nacionalistas de Italia, que por suerte ocupan el mismo edificio. El hospital civil. La oficina de Correos. El Banco de Crédito y Caución. El Banco Agrícola. La iglesia de San Giacomo, cuyo párroco es notoriamente profascista. La iglesia de San Francesco, cuyo párroco es notoriamente prosocialista. El domicilio del alcalde. El domicilio de Lopardo. El domicilio de Grattuso. El domicilio del...

«Ya que estás, ¿por qué no mandas proteger también el chumino de tu hermana?», pensó el prefecto, que ya no aguantaba la voz del jefe superior, aquella voz que quién sabe qué habría murmurado al oído de su mujer, quién sabe qué la habría convencido de que hiciera, desnuda sobre una cama...

—Y aquí termina la primera lista provisional —dijo el jefe superior cuando ya todos habían perdido la esperanza de que la lista pudiera tener un final.

Estaban empezando a lanzar un suspiro de alivio, pero se detuvieron a medio camino porque el jefe superior permanecía de pie.

—¿Qué más hay? —preguntó resignado el prefecto.

—Lamento tener que poner en conocimiento de los presentes un enojoso suceso. El jefe de la brigada política de la Jefatura que me honro en regir me lo ha comunicado por escrito. Se ha dirigido, según lo acordado con el Cuerpo de los Reales Carabineros, al puesto donde se encuentra detenido Michele Lopardo para proceder a su interrogatorio. Pero el comandante al mando del puesto se ha negado por motivos ridículos. ¿Cómo hay que actuar para resolver la desagradable cuestión?

El prefecto no contestó, no le correspondía hacerlo. Una vocecita levemente cantarina que parecía la de una dulce hada surgió por la parte del coronel Brindisino:

—Me encargaré, nos encargaremos...

Se pasaron todavía unos diez minutos hablando, y después su excelencia miró alrededor de la mesa: nadie tenía nada más que decir.

—Muy bien. La sesión...

Llamaron fuertemente a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó el prefecto.

Entró un ujier, le entregó una hoja de papel y se retiró. Su excelencia lo leyó y el rostro se le ensombreció todavía más.

—Señores, lamento comunicar que Calogero Grattuso ha fallecido a las siete horas.



HA SIDO VILMENTE ASESINADO POR MANO
BOLCHEVIQUE

CALOGERO GRATTUSO

(LILLINO)
de 18 años

*La ciudadanía podrá rendir homenaje a los restos
mortales del*

MÁRTIR FASCISTA

*en la capilla ardiente dispuesta en el hospital de la
localidad y participando en la ceremonia del
entierro cuyo cortejo saldrá de la iglesia de San
Giacomo esta tarde a las 16 horas*

HONOR AL MÁRTIR

LA LIGA ANTIBOLCHEVIQUE

DUELO CIUDADANO

**HOY 25 DE ABRIL HA SIDO DECRETADO
DÍA DE DUELO CIUDADANO.**

POR CONSIGUIENTE:

***LAS OFICINAS, LOS COMERCIOS Y LOS
LUGARES DE REUNIÓN PÚBLICOS
PERMANECERÁN CERRADOS TODO EL DÍA***

LAS BANDERAS ONDEARÁN A MEDIA ASTA

***SE SUSPENDERÁN TODAS LAS SESIONES
JUDICIALES***

EL PREFECTO

Comandancia provincial de los Reales Carabineros

Fonograma n.º 940

9.24 horas

del 25 de abril de 1921

Destinatario: comandante de los RR. CC. Gaspare Tinebra

Habida cuenta de lo extremadamente delicado de la situación creada, pongo en su conocimiento que durante la mañana se presentará en el puesto bajo su mando el señor teniente Giancarlo Pellegriti, el cual se hará cargo oficialmente de las investigaciones acerca del homicidio de Calogero Grattuso.

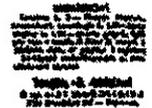
El mando del puesto sigue naturalmente confiado a usted. Usted colaborará en las investigaciones de acuerdo con las necesidades del teniente Pellegriti.

por EL COMANDANTE PROVINCIAL
(mayor Ascanio Testa)



«HELO AQUÍ»

Periódico de la Asociación Nacional de Combatientes



EDICIÓN EXTRAORDINARIA

Altísima tensión en la ciudad

Después de una noche de aquelarre vivida en nuestra ciudad, a las siete de la mañana, cuando se ha conocido el fallecimiento del joven Lillino Grattuso, muchos hemos temido la explosión de una ira vengadora que no habría hecho más que traer nuevos duelos. Pero ¡oh, milagro!, ha sido como si el joven mártir de la barbarie comunista hubiera querido alejar de nosotros más derramamientos de sangre: en efecto, a lo largo de la mañana, a pesar de persistir una altísima tensión, no se ha registrado la menor violencia. También, entre otras cosas, porque los Reales Carabineros, con la ayuda de refuerzos procedentes de Montelusa y los agentes de la policía, han protegido prudentemente los puntos neurálgicos de la ciudad. Lo escribimos con orgullo: una inmensa multitud se ha congregado delante del hospital civil para rendir homenaje al Mártir. Los servicios del orden se han encomendado a los camaradas de Lillino Grattuso pertenecientes a la Liga Antibolchevique. En la capilla ardiente destacan, sobre la pared, unas Fasces de Lictor de gran tamaño. Cuatro fascistas con camisa negra, situados en las cuatro esquinas del féretro, montan guardia alrededor de los restos mortales. La gente que desfila por delante de ellos llora, saluda a la romana y maldice en voz baja al asesino. Para facilitar el acceso a la capilla ardiente al mayor número de personas posible, el entierro se ha retrasado una hora. El cortejo fúnebre saldrá de aquel lugar; precedido por una bandera municipal, escoltado por los guardias municipales en uniforme de gala y seguido por la banda municipal, el féretro será llevado a hombros por jóvenes fascistas y nacionalistas. Seguirán las asociaciones ciudadanas y toda la juventud con estandartes y banderas. Se espera la presencia de centenares de fascistas de todos los pueblos de la provincia. Las coronas de flores, que serán muy numerosas, serán transportadas a mano por los estudiantes y los representantes de las asociaciones y departamentos. Las Autoridades y las Distinguidas Señoras en representación de las Madres participarán mezcladas con la multitud, que se prevé desbordante. El cortejo recorrerá el vial Regina Margherita y el corso Príncipe Umberto para llegar a la iglesia de San Giacomo, donde se celebrará la ceremonia fúnebre. Durante el trayecto está prevista una lluvia de flores desde los balcones. A su término, el féretro será trasladado al centro de la plaza Garibaldi, donde el cortejo se reunirá para escuchar la sublime palabra de los Oradores.

Harán uso de la palabra: el honorable Colagianni, el teniente de alcalde Gomar y el barón Talè di Santo Stefano, fundador de la Liga Antibolchevique, de la cual el Mártir era ferviente defensor.

Finalizados los discursos, el cortejo emprenderá el camino del Cementerio, donde los restos mortales serán enterrados tan sólo en presencia de los familiares.

Creemos prestar un grato servicio a los lectores adelantando que el discurso del honorable republicano Colagianni tendrá tintes patrióticos y de exhortación a la Unión, sobre todo ahora que Mussolini y los fascistas se han adherido a la idea de Giolitti de los llamados «Bloques Nacionales».

(G. S.)

La desbandada

La plaza Garibaldi delante de la iglesia de San Giacomo, donde se ha celebrado la misa solemne de difuntos, está tan abarrotada de gente que el servicio de orden de los fascistas, para abrir un estrecho paso al ataúd y sus portadores hasta el centro de la plaza, tiene que hacer uso de las porras, los empujones y los puntapiés en el trasero. En cuanto el féretro aparece en la puerta de la iglesia, la banda municipal inicia los acordes, no se sabe muy bien por qué, de la marcha de la infantería ligera.

Al ritmo de aquella música, los portadores echan casi a correr y cubren tres cuartas partes del camino, aunque cuando la banda cambia de tema y empieza a tocar la solemne marcha de la ópera *Jone*, aminoran el paso, arrastran los pies y hacen que el féretro se balancee cual si fuera el de Jesús en Viernes Santo.

Finalmente, los hombres de camisa negra consiguen colocar la caja sobre un catafalco y se sitúan a su alrededor para montar guardia.

La plaza Garibaldi, que es rectangular, no puede contener a todo el gentío; en efecto, las cuatro calles que arrancan de las esquinas de la plaza, el corso Príncipe Umberto, el corso Vittorio Emanuele, la via Unità d'Italia y la via Brucculeri, están completamente abarrotadas de gente.

En el balcón del edificio de Correos y Telégrafos los cuatro oradores ya están preparados. A su lado se encuentra también Addolorato Mancuso, con camisa negra, que es quien dirige la manifestación.

Mancuso levanta un brazo, y la banda, que había iniciado los acordes de *Tú que hacia Dios desplegaste las alas*, se detiene de golpe.

—¡Ciudadanos! ¡Camaradas! —grita Addolorato con poderosa voz. Sobre la plaza desciende un repentino silencio—. ¡Ahora tomará la palabra el honorable Colagianni!

Colagianni es bajito, y la barandilla de hierro del balcón le llega a la altura de la enorme corbata estilo Lavallière, tan ancha como larga. La cabeza, en todo semejante a una redonda pelota bigotuda, está rematada por una espesa mata de leonino cabello en forma de guedeja.

El honorable abre la boca y, jodido por su propia retórica, empieza inmediatamente con mal pie.

—¡Oh, qué feliz y espléndida ocasión la de hoy!

La gente se mira, perpleja. ¿Qué significa «feliz ocasión»? ¿Un funeral por una víctima de asesinato puede ser motivo de alegría?

—¡Tengo que decir que me lo he pasado francamente bien!

Los presentes empiezan a emitir sonidos de disconformidad.

«Pero ¿qué coño dice este arteriosclerótico?», se pregunta Addolorato Mancuso, reprimiendo la tentación de agarrarlo, levantarlo por encima de la barandilla y tirarlo abajo.

Pero el honorable, por suerte para él, aclara el significado de su sublime

pensamiento.

—Desde que este solemne, majestuoso cortejo fúnebre salió del hospital y hasta este momento, no he oído surgir de vosotros afligidos, vosotros dolientes, vosotros llorosos, vosotros heridos, vosotros ofendidos, una sola voz, un solo grito, una sola recriminación, una sola petición de muerte violenta contra la mano asesina que ha cortado este joven brote, que ha extirpado tan brutalmente este arbolillo que, una vez crecido, ¡quién sabe qué frutos habría ofrecido a nuestra tierra y a toda Italia! Si hubiera oído elevarse vuestra voz para gritar «Ojo por ojo, diente por diente», lo habría comprendido no sin cierto dolor. Pero vosotros no lo habéis hecho. Porque en este momento habéis sabido ahogar en vosotros, ¡a pesar de costaros, oh, cuánto os ha costado!, cualquier sentimiento de venganza, ¡porque en este momento de sagrado dolor, estáis demostrando admirablemente la falacia de la antigua creencia según la cual la sangre llama a la sangre!

El honorable se pasa todavía un cuarto de hora hablando, y al final termina con un grito:

—¡Abrcémonos!

Y ante la sorprendida mirada del gentío, se arroja al cuello de Addolorato Mancuso y lo besa, se acerca dando saltitos al primer teniente de alcalde Gomar, que, con sus casi dos metros de estatura, tiene que ponerse de rodillas para recibir el abrazo y los besos, y termina abalanzándose con un brinco sobre el joven barón Talè di Santo Stefano, el cual se ve obligado a sostenerlo entrelazando las manos bajo su trasero para que no resbale.

—Ahora tiene la palabra el primer teniente de alcalde Gomar.

A Amedeo Gomar lo han metido en el concejo municipal porque resulta útil por su condición de miembro del Partido Democrático de los Trabajadores; por consiguiente, no es de color rojo encendido como los demás sino que, en todo caso, su color tira más bien al rosa pálido. El hombre apropiado para las ocasiones.

Gomar habla durante diez minutos escasos. Dice que ha hecho bien, muy bien, el honorable Colagianni en invitar a todos a la concordia. Y añade que por ese camino debe seguir avanzando el pueblo, pues la concordia es beneficiosa para el comercio; en efecto, con tantas huelgas, enfrentamientos y tiroteos, todos pierden trabajo y ganancias: baste decir que el tradicional mercado de los viernes no ha podido celebrarse durante tres veces consecutivas por motivos de orden público.

—Ahora tiene la palabra el barón Talè di Santo Stefano, fundador y jefe de la Liga Antibolchevique, de la cual, como todo el mundo sabe, formaba parte Lillino Grattuso, el Mártir.

El joven barón, con camisa negra y escarapela tricolor, pálido como un muerto, se agarra con tal fuerza al borde de la barandilla que se le quedan los dedos blancos.

—¡Ciddanos! ¡Camgrradas! He oíd decigr...

—¡No se entiende! —grita una poderosa voz desde la plaza.

El joven barón se sorprende. ¿No lo entienden? ¿Y eso? Quizá deba levantar un

poco más la voz.

—¡Ciddanos! ¡Camgrradas! He oíd...

—¡Fuera! —dice la misma voz de la plaza—. ¡No se entiende un carajo!

«A ver si será un miserable saboteador comunista», piensa el joven barón, mirando con expresión inquisitiva a Addolorato Mancuso, que se encuentra a su lado.

—No aprietes los dientes al hablar —le sugiere Mancuso.

El joven barón comprende que los nervios le han jugado una mala pasada; estaba apretando tanto los dientes que ahora, en cuanto los separa, se nota las mandíbulas doloridas.

—¡Ciudadanos! ¡Camaradas! He oído unas palabras que jamás habría querido oír desde este balcón en un momento de luto y de rabia. ¡Palabras como concordia, fraternidad, unidad! ¡Jamás podrá haber concordia mientras los asesinos comunistas disfruten de libertad para existir y para matar! ¡Jamás podrá haber fraternidad con quienes son peores que Caín! Nuestra consigna sólo puede ser una, única e inequívocamente: ¡Venganza! ¡Sí, venganza!

La multitud, que había empezado a aplaudir de manera frenética, se detiene completamente perpleja, contemplando el extraño fenómeno que le está acaeciendo al joven barón.

El orador parece haber sufrido un ataque, su cuerpo se estremece en un continuado temblor, levanta ora la pierna izquierda ora la derecha, y las sacude tal como hacen los gatos cuando caminan sobre mojado. El cabello de la cabeza se le ha puesto de punta como un manojo de espárragos.

—¡La sasa sangre dede derramada por nuestro caca camarada tiene que convertirse en un mama mar de sasa sangre de nuestros ene enemigos!

Son sus últimas palabras. Tras soltar la presa de la barandilla, el joven barón extiende los brazos y cae hacia atrás, tieso como un palo de escoba. En el balcón se arma un revuelo.

—¡Un médico! —grita, dirigiéndose hacia la plaza, Addolorato Mancuso.

Es un error. Pues hay quien se confunde, ignorando que el joven barón sufre ataques de epilepsia. Y en efecto, alguien de la primera fila, la que se encuentra justo debajo del balcón, inclinado por naturaleza a la tragedia, no duda en absoluto acerca de lo que está ocurriendo:

—¡Le han pegado un tiro!

Sus palabras, repetidas por centenares de bocas, un tiro, un tiro, un tiro, echan a correr por toda la plaza como una mecha encendida y van a detenerse, transformándose de afirmación en interrogación, en la férrea cabeza del *cavaliere* Giosuè Carmona, contable, fascista y hombre de orden, el cual permanece apoyado en la pared de la iglesia de San Giacomo.

—¿Un tiro? —se pregunta incrédulo el contable.

Y sacando del bolsillo el revólver que, como todos los hombres de orden, lleva constantemente consigo, vacía todo el cargador en el aire.

Y a su lado se afloja como un saco vaciado el campesino de ochenta y tantos años Calcedonio Cosimato, alcanzado no por las balas del *cavaliere*, sino por un ataque mortal causado por el estallido de cinco disparos de revólver en la oreja izquierda sin saber siquiera el cómo ni el porqué.

Desde el balcón de Correos y Telégrafos, antes de correr al interior tal como ya han hecho los demás, Addolorato Mancuso lanza un grito tremendo:

—¡Es una emboscada comunista! ¡Todos al refugio!

Muy fácil decirlo, pero nadie sabe dónde está el refugio. Lo único que pueden hacer es escapar lo más lejos posible de la plaza. Los que se encuentran de espaldas al *cavaliere* y han oído los disparos procedentes de atrás son los primeros en empujar a los que tienen delante, mientras todos gritan desesperados:

—¡Nos matan!

—¡Los francotiradores!

—¡Socorro!

—¡Los comunistas!

Los portadores de camisa negra abandonan la guardia del féretro y empujan, los portadores de los lábaros y los gallardetes los arrojan al suelo y empujan, empujan las Autoridades, empujan las Madres, empujan los guardias municipales en uniforme de gala, empujan los colegiales, empujan los maestros, empujan los estudiantes, empujan los profesores, empuja la banda municipal, empujan los combatientes, empujan los que vuelven del frente, empujan los fascistas, empujan los nacionalistas, empujan los liberales, empujan los populares, empujan los paisanos, empujan los civiles, empuja el populacho, empujan los carreteros, empujan los campesinos, empujan los empleados, y, empuja que te empuja, un forastero, un tal Giovanni Pomodoro, es decir, tomate, es aplastado contra una pared y triturado como la homónima hortaliza.

Al final, dos calles, concretamente Unità d'Italia y Bruculeri, se desatascan; la gente que las atascaba y no había entendido un carajo de lo que estaba ocurriendo en la plaza decide, presa del pánico, emprender también la huida. Y de esa manera la plaza Garibaldi puede empezar a vaciarse, pero tarda casi media hora en hacerlo.

Cuando Addolorato Mancuso asoma cautelosamente la cabeza por detrás de una persiana del balcón, en la plaza ya no hay nadie, exceptuando el cadáver del campesino Calcedonio Cosimato (los restos de Giovanni Pomodoro no puede verlos porque están justo debajo del balcón); el féretro ha quedado solo sobre su catafalco, parece flotar en un mar de banderas, gallardetes, sombreros y bastones arrojados al suelo o perdidos en la desbandada general.

Graves incidentes en el funeral

Ya habíamos informado a nuestros lectores acerca del grave incidente ocurrido en el transcurso del funeral del joven Lillino Grattuso, provocado por el absurdo gesto de una persona desconocida que efectuó varios disparos de pistola al aire. En la trágica desbandada que se registró a continuación dos personas perdieron la vida, y unas veinte permanecen ingresadas en el hospital municipal con lesiones traumáticas o contusiones de distinta consideración. Tras haber acompañado los restos mortales al cementerio, los fascistas de la sección local y los de los pueblos cercanos se lanzaron contra la sede del Círculo de Ferroviarios, pero allí los esperaban los representantes de las fuerzas del orden. Entonces se dirigieron a la estación de ferrocarril con propósitos destructores, pero los reales carabineros se lo impidieron y los obligaron a volver sobre sus pasos. Por el camino los fascistas se dieron cuenta de que, por mandato del jefe de la brigada política de la Real Jefatura Superior, los agentes del orden encargados de proteger el Círculo de Ferroviarios habían sido retirados. De esa manera, los fascistas pudieron irrumpir en el Círculo, donde destrozaron muebles, enseres y registros, y apoderarse de una bandera roja y un retrato de Lenin que posteriormente quemaron en la calle. Por la noche a los fascistas locales y los de los pueblos cercanos se añadieron decenas de fascistas procedentes de Montelusa, los cuales recorren las calles de la ciudad entonando himnos a Mussolini y gritando: «¡Muerte a los comunistas!». Se han roto numerosos escaparates. Por consiguiente, la situación de orden público es extremadamente precaria.

¡¡Aviso a la ciudadanía!!

Se hace saber a la ciudadanía que, después de los incidentes de anteayer en la plaza Garibaldi, se han encontrado:

Bastones.....	21
Bastones- estoque.....	4
Paraguas de hombre y de mujer.....	27
Zapatos desparejados.....	5
Gafas para la vista.....	9
Catalejo.....	1
Sombreros flexibles.....	30
Sombreros bombín.....	15
Boinas.....	41
Balas de revólver.....	12
Cartuchos disparados.....	6
Pantalones de hombre.....	2
Bragas de mujer.....	3
Medias de mujer desparejadas.....	4
Dentaduras postizas.....	2
Bolsos de mujer.....	10
Billeteros.....	5
Banderas, estandartes, gallardetes.....	82
Porras.....	9
Relojes de bolsillo.....	3
Gemelos de metal desparejados.....	4

Cuellos duros.....	5
Agujas de corbata.....	9
Pulseras.....	4
Sujetadores.....	2
Caja de preservativos.....	1

Los legítimos propietarios pueden presentarse en el ayuntamiento para retirar sus pertenencias.

EL ALCALDE

RESPONDE A LA PREGUNTA

Michele Lopardo

Michele Lopardo permanece tumbado en el catre. Mantiene el rostro vuelto hacia la pared y se cubre los ojos con el brazo derecho. Está completamente vestido, chaqueta y zapatos. El comandante Tinebra, nada más entrar en la celda de seguridad del puesto, se ve asaltado por un olor a sudor rancio. La celda carece de aberturas, no tiene ni siquiera una aspillera, recibe el aire a través de un agujero cuadrado que hace las veces de mirilla. Tinebra deja la puerta abierta para que se ventile un poco.

—¿Lopardo? ¿Duermes?

—No, señor.

Michele se gira muy despacio, casi como si no tuviera fuerzas, a duras penas consigue apoyar los pies en el suelo, y cuando intenta levantarse, vuelve a caer sobre el catre. No come desde hace dos días, no ha tocado en ningún momento lo que los carabineros le han llevado, sólo ha querido un poco de agua.

—Quédate sentado —le dice Tinebra. Y después, girándose hacia la puerta, levanta la voz—: Traedme una silla.

Cuando se la alcanzan, él también se sienta.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Pero me duele la cabeza y siento dolor en el pecho.

—¿Y la fiebre?

Michele se pone una mano en la frente.

—No me la noto. ¿Qué hora es?

—Las ocho de la tarde. Vengo a decirte que mañana por la mañana a las nueve empiezan a interrogarte.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Las autoridades han decidido que en estos momentos no es prudente trasladarte a la cárcel.

—¿Por qué?

—Hay todavía demasiados fascistas forasteros en el pueblo.

—Ah. ¿Y el interrogatorio quién me lo hará?

—El *dottor* Lanzillotta.

Michele tuerce la boca y murmura:

—Ése es un fascista.

Tinebra sigue adelante como si no lo hubiera oído.

—Pero no estará solo. Lo acompañará el teniente Pellegriti, que pertenece al Cuerpo de Carabineros.

—No me parece un apellido de aquí.

—Te equivocas; es de Ragusa. Y, además, se dice que es una buena persona. En cualquier caso, tanto si es fascista como si no, ragusano como si no, eso es lo que te ha tocado. Por eso mañana sobre las siete quiero enviar a alguien a tu casa.

—¿A hacer qué? —pregunta Michele, repentinamente alarmado.

—Pero ¿es que no ves la pinta que tienes? Debes afeitarte, lavarte, cambiarte. Llevas la chaqueta y la camisa hechas jirones. Y necesitas calzoncillos y calcetines. ¿Sabes escribir?

—Así así.

—¿Y tu mujer sabe leer?

—Así así.

—Si quieres, hasta puedes enviarle una nota. Mañana mando que te traigan papel y lápiz.

—Gracias. —Hunde el rostro entre las manos y emite un sonido como de sollozos contenidos. El pensamiento de su mujer y los hijos lo ha pillado a traición—. Yo no quería matarlo —dice.

El comandante no responde, deja que se desahogue. Cuando ve que Michele se enjuga los ojos con la manga de la chaqueta, decide hablar.

—¿Quieres contarme qué ocurrió?

Lopardo no contesta. No quiere hablar del asunto.

—Te conviene contarme a mí toda la historia antes del interrogatorio.

—¿Por qué?

—Porque hablando te aclaras las ideas y te libras de la confusión que todavía tienes en la cabeza. Y mañana por la mañana podrás contar las cosas sin incurrir en contradicciones, con precisión y seguridad. Causarás buena impresión; puedes creerme.

Michele lo mira. Y lo que ve en sus ojos le infunde confianza. El comandante es sincero.

Entonces se lo cuenta todo, desde la cita con los hombres de su cuadrilla para ir a la taberna de Santa Pitronilla hasta que, tras haber disparado, se encontró, sin saber cómo había llegado hasta allí, en el corso Vittorio Emanuele con unos carabinieri que lo estaban esposando.

Lopardo ha tenido que hacer un gran esfuerzo para hablar: a cada palabra, una lágrima. Se le ha mojado la pechera de la camisa.

—O sea que eran tres, uno de ellos con un bastón de gran tamaño.

—Sí, señor.

—¿Oíste pronunciar los nombres? ¿Se llamaron entre sí?

—No, señor.

—¿Tú tenías un puño de hierro?

—No, señor.

—Pero tenías el revólver.

—Sí, señor.

—Sin licencia de armas.

—No quisieron dármela porque hubo aquella condena por una navaja que...

—He leído los documentos —lo interrumpe Tinebra. Y añade—: Me has dicho que el primer disparo lo efectuaste al aire mientras estabas tumbado en el suelo. ¿Es

así?

—Sí, señor.

—Levantaste el brazo y disparaste al aire. Te resultó fácil porque, entretanto, los tres la habían emprendido a puntapiés contigo y, por tanto, se encontraban ligeramente separados de ti. ¿Digo bien?

—Sí, señor.

—Pero el segundo disparo, el mortal, no me cuadra. Si no he entendido mal, en aquel momento Grattuso te había agarrado por el cuello y te estaba asfixiando. Tú te defendías sólo con la mano izquierda, pues el brazo derecho lo tenías inmovilizado a lo largo del costado por otro fascista que se había pegado a tu cuerpo. Ahora bien, si el revólver lo empuñabas con la derecha, ¿cómo hiciste para levantar el brazo y disparar al aire?

—Pero es que el brazo no lo levanté.

—¿No? ¿Pues cómo lo hiciste?

—Giré la muñeca.

El comandante negó con la cabeza.

—No. Ni siquiera girando la muñeca tal como tú dices se puede colocar el cañón en vertical.

Se levanta, desata la funda, extrae el revólver, extiende el brazo derecho a lo largo del costado, gira la muñeca de la mano que empuña el revólver.

El cañón sólo se desplaza un poquito hacia arriba, la boca del arma permanece situada a la altura de un hombre.

—Como ves, habrías podido pegarle perfectamente un tiro.

Sin embargo, Lopardo no parece muy convencido con esa reconstrucción.

—Pero ¿usía no me dijo que a Grattuso le habían dado en la cabeza?

—Sí.

—Pues con el cañón colocado de esa manera, tendría que haberle dado en la tripa o, como máximo, en el pecho.

—Muy cierto.

Lopardo alarga una mano:

—¿Me permite?

Tinebra le entrega el revólver, sabe muy bien que Michele no tiene la menor intención de fugarse ni de hacer tonterías.

—Ten cuidado; está cargado —le advierte.

Michele se levanta y cierra los ojos para recordar mejor lo que hizo. Y después repite el gesto.

—Lo hice así.

—¡Quieto! —grita Tinebra.

Y se inclina para mirar. Tiene que apartarle el borde de la chaqueta, que cubre parcialmente el revólver, para ver mejor.

Michele ha girado la muñeca tal como ha dicho, pero al mismo tiempo también el

arma en la cavidad de la mano, modificando la manera de empuñarla, tanto es así que ahora el dedo que se apoya en el gatillo no es el índice sino el pulgar.

En semejante posición, el cañón está perfectamente dirigido hacia arriba.

Michele le devuelve el arma al comandante y cae sentado sobre el catre. Las piernas no lo sostienen; haber tenido que recordar aquel momento ha sido muy duro. Se seca el sudor de la frente con la manga.

—Quítate la chaqueta —dice Tinebra.

Michele obedece sin levantarse y se la entrega. El comandante la coge, se detiene a estudiar el borde justo debajo del bolsillo derecho, que está medio descosido.

—¿Qué hay? —pregunta Michele.

Pero el otro no le contesta y abandona la celda. Regresa a los cinco minutos.

—Me he ido allá porque hay más luz y podía ver mejor.

—¿Y qué había que ver?

—Pues que, a la derecha, el borde de la chaqueta está roto.

—Toda la chaqueta está hecha jirones.

—Pero este punto no está hecho jirones. Está quemado.

Michele se sorprende.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que el borde de tu chaqueta, cuando disparaste, se encontraba sobre la boca del arma. Y el disparo lo quemó. Es una prueba importante. Me quedo yo con tu chaqueta.

—¿Y si esta noche tengo frío?

—Ahora te mando traer una colcha.

Titazio

P: Indique sus datos personales.

R: Ante todo deseo manifestar, y quiero que conste en acta, que yo me he presentado voluntariamente para aclarar cómo se desarrollaron los hechos de aquella noche. He considerado mi deber...

P: Muy bien, la declaración ya consta en acta. Indique sus datos personales.

R: Tito Tazio Sandri, hijo de Augusto y de Camilla Meliuso, nacido en Cremona el 6 de julio de 1901 y domiciliado en la via Lattes 54 de esa ciudad.

P: ¿Por qué se encuentra aquí?

R: El mes de noviembre del año pasado vine a visitar a mi abuela materna, que es de aquí, vive en la via Cicerone, 26, y como me encontraba muy a gusto...

P: Díganos lo que sabe.

R: Bueno, pues. Aquella noche yo estaba citado con mis amigos Lillino Grattuso y Nino Impallomèni en la taberna de Santa Pitronilla. Puesto que Impallomèni se estaba retrasando, nos sentamos a una mesa sin pedir ninguna consumición. Poco después entraron en la taberna unos cuantos albañiles de quienes nos constaba que pertenecían a la cuadrilla de Michele Lopardo.

P: ¿Conoce sus nombres?

R: Pues claro. Salvatore Jacolino, Giuseppe Biancheri, Salvatore Cumella, Francesco Spampinato, Cataldo Farruggia. Fueron a sentarse a una mesa del fondo del local.

P: ¿Lopardo no estaba con ellos?

R: No. En determinado momento oímos unas voces alteradas procedentes del exterior.

P: ¿Los compañeros de Lopardo no las oyeron?

R: Supongo que no porque su mesa, a diferencia de la nuestra, se encontraba lejos de la puerta. Salimos, presas de la curiosidad. Y vimos, justo debajo de la farola, a Nino Impallomèni y Michele Lopardo.

R: ¿Oyó lo que decían?

P: Sí. En aquel momento, Lopardo, fuera de sí a causa de la ira, le estaba gritando a Nino: «A vosotros los fascistas os vamos a romper los cuernos». Y Nino le contestó: «Seremos nosotros quienes os los romperemos a vosotros». Llegados a este punto, al ver que nos acercábamos, Lopardo extrajo el revólver con la clara intención de disparar. Nos detuvimos. Sólo que entonces salieron de la taberna los cinco compañeros de Lopardo, que nos agredieron. Yo, Lillino y Nino huimos hacia la via Arco Arena, que, por desgracia, estaba completamente a oscuras. Allí nos alcanzaron los comunistas. Y nos defendimos lo mejor que pudimos. Éramos tres contra seis.

P: ¿Iban ustedes armados?

R: Ninguno de nosotros iba armado. Yo llevaba el habitual bastón con el que voy siempre por ahí.

P: ¿Oyó disparar?

R: Pues claro. Dos veces.

P: ¿Vio quién disparaba?

R: Michele Lopardo.

P: ¿Cómo pudo reconocerlo si la calle estaba a oscuras?

R: Porque su rostro quedó iluminado por los fogonazos.

P: ¿Comprendió que Grattuso había sido alcanzado?

R: No. De otro modo, ni yo ni Nino habríamos huido.

P: ¿Y por qué huyeron?

R: Porque ellos estaban a punto de vencernos.

P: ¿Qué dirección tomaron?

R: Entramos en el arco desde donde poco después se sale a campo abierto.

P: ¿No les extrañó la ausencia de Grattuso?

R: Pensamos que habría seguido otro camino.

P: ¿Cuál?

R: Podía dirigirse hacia el corso Vittorio Emanuele o ir por el otro lado hacia Santa Pitronilla.

P: ¿Cuándo se enteró de que Grattuso había resultado gravemente herido?

R: Nos lo dijo el barón Talè di Santo Stefano cuando fuimos a informarle de la agresión que habíamos sufrido.

P: ¿Qué hizo entonces?

R: ¿Qué iba a hacer? Regresé a casa de la abuela.

P: ¿Tiene algo más que añadir?

R: Nada.

Leído, aprobado y rubricado

Paolo Pecorella

P: Indique sus datos personales.

R: Paolo Pecorella, hijo del difunto Guglielmo y de la difunta Michilina Cotta, 62 años, domiciliado encima de la taberna de Santa Pitronilla y propietario de la misma.

P: Díganos lo que sabe.

R: Yo no sé nada.

P: Aquella noche en la taberna, ¿los primeros en entrar fueron Grattuso y Sandri?

R: Sí, señor.

P: ¿De qué los conoce?

R: ¿Qué c... de pregunta es ésa? Van a menudo a comer allí.

P: Lo invito formalmente a no utilizar esa clase de lenguaje. ¿Qué ocurrió?

R: Ocurrió que en determinado momento los dos muchachos se levantaron y salieron.

P: ¿Usted también oyó el altercado?

R: Yo esa cosa que dice usted no la oí.

P: ¿Oyó voces de personas que discutían fuera?

R: Pero ¡qué dice! Yo vi que aquellos dos se levantaban y salían.

P: ¿Y después?

R: Después, pero ya había pasado un buen rato, se levantaron Totò Cumella y Ciccio Spampinato. Cuando acababan de salir, Totò asomó la cabeza por la puerta y dijo que en la via Arco Arena estaban disparando. Al cabo de un ratito volvieron a disparar, y esa vez yo también oí el tiro, y entonces los otros tres salieron corriendo.

P: ¿Usted está diciendo que dos de los cinco amigos de Lopardo salieron de la taberna casi simultáneamente a la detonación del primer disparo?

R: Sí, señor.

P: ¿Y los otros tres nada menos que después del segundo disparo?

R: Pero ¿es que yo hablo en chino o qué? Sí, señor, salieron después.

P: ¿Tiene antecedentes penales?

R: No, señor.

P: ¿Está afiliado a o es simpatizante de algún partido?

R: Yo sólo simpatizo con mi mujer.

Leído, aprobado y rubricado

Ernesto Impiduglia

P: Indique sus datos personales.

R: Ernesto Impiduglia, de 49 años, abogado, nacido y domiciliado en esta ciudad, en la via Mazzini, 48.

P: Le agradezco su declaración voluntaria y le ruego que siga adelante.

R: El día 24 de abril, siendo domingo, me fui a mi casa de campo en la localidad de Piccione.

P: ¿Cómo se desplazó hasta allí?

R: Con el *scappacavallo*, la calesa. Me pasé todo el día allí. Por la tarde regresé al pueblo. Tras haber dejado a mi espalda la calle del lavadero, tenía intención de enfilar Arco Arena. Pero a la altura de Santa Pitronilla me di cuenta de que había una decena de personas que discutían violentamente entre sí. Una de ellas empuñaba un revólver con gesto amenazador.

P: ¿Qué hora era?

R: Sobre las nueve.

P: Por consiguiente, ya había oscurecido.

R: Sí, pero la refriega se estaba produciendo justo debajo de la farola que hay en la esquina de la via Santa Pitronilla con Arco Arena.

P: ¿Pudo reconocer a alguien?

R: Sólo al que empuñaba el revólver.

P: ¿Quién era?

R: Michele Lopardo.

P: ¿Usted lo conoce bien?

R: Pues claro, estuvo trabajando una vez en mi casa de campo.

P: ¿Y qué hizo usted entonces?

R: Temiendo verme involucrado de alguna manera, volví atrás y tomé otro camino para regresar a la ciudad.

P: ¿Oyó los disparos?

R: No.

P: ¿Usted está afiliado a o es simpatizante de algún partido político?

R: No tengo intención de responder a esa pregunta. En cualquier caso, mis simpatías políticas no guardan la menor relación con la veracidad de mi declaración.

Leído, aprobado y rubricado

Antonio Impallomèni

P: Indique sus datos personales.

R: Antonio Impallomèni, hijo de Calogero y de Angiolina Tesauero, estudiante universitario, de 20 años, nacido y domiciliado en esta ciudad, en la via Piemonte, 15.

P: Exponga los hechos que obran en su conocimiento.

R: La tarde del 24 de abril yo estaba citado a las ocho y cuarto con mis amigos Titazio y Lillino en la taberna de Santa Pitronilla. Pero me retrasé y me...

P: ¿Puede decir por qué se retrasó?

R: Estaba solo en casa, mis padres se encuentran en Palermo. Entonces me puse a estudiar Derecho Civil porque dentro de seis días tengo un examen, y no advertí que el reloj se me había parado. Cuando me di cuenta, me fui a toda prisa a la cita. Bajé corriendo por la calle, y cuando doblé la esquina de la via Arco Arena con Santa Pitronilla, vi que uno que caminaba delante de mí se giraba, quizá por el ruido de mis pisadas, y se detenía justo debajo de la farola.

P: ¿Reconoció quién era?

R: Pues claro, Michele Lopardo.

P: ¿Qué ocurrió a continuación?

R: Traté de esquivarlo, pero él se me paró delante diciendo: «¿Adónde corres, grandísimo hijo de puta?». Al verme insultado con semejante epíteto, me puse furioso y le contesté que si allí había un gran hijo de puta, era justamente él. Entonces Lopardo dijo que iba a darme una lección que jamás podría olvidar. Y yo le repliqué que a ver si se atrevía. Y él me gritó: «A vosotros los fascistas os vamos a romper los cuernos». Yo le contesté, y en aquel momento vi salir a Lillino y Tazio de la taberna.

P: ¿Iba usted armado?

R: Rotundamente no.

(Observación. A partir de aquí sus declaraciones coinciden a la perfección con las ya prestadas por Tito Tazio Sandri).

P: ¿Qué hizo usted tras enterarse de que Grattuso había resultado gravemente herido?

R: Regresé a casa e intenté estudiar. Pero no pude porque estaba preocupado por Lillino.

Leído, aprobado y rubricado

Matteo Lagreca

P: Indique sus datos personales.

R: ¿Eso qué quiere decir?

P: Cómo se llama, cuándo nació, a qué se dedica...

R: Matteo Lagreca y me llaman Cannuzza, «cañita», tingo cincuenta años qui los hice ayer y mi ganu la vida comu zapatero remendón ya sin padre ni madre que murieron los dos en la guerra...

P: ¿Murieron a causa de la guerra?

R: Murieron mientras había la guerra y precisamente en il año 1919 y ahora li cuento cómo fue. Bueno pues, un día mi padre y mi madre...

P: Dejémoslo así. Usted se presentó aquí señalando que la noche del 24 de abril se encontraba en la via Arco Arena y fue testigo de los hechos.

R: Es verdad. Pero tistigo lo qui si dice tistigo no fui porque estaba muy oscuro.

P: Muy bien, díganos.

R: Bueno pues, aquilla noche mientras pasaba por el corsu Vittorio, me entraron ganas de eso.

P: ¿Orinar?

R: No, cagar. Como mi había cumido...

P: Dejémoslo, siga.

R: Intonces pinsé que un buen sitio podía ser dentro del arco que hay en la via Arco Arena porque dentro del arco hay un almacén qui istá todo en ruinas. In cuanto que terminé de hacer mis necesidades, llegaron tres curriendo y uno dijo: «Escundámonos aquí que in cuanto llegue li damos una tanda de liñazos». Yo intonces no me moví, tuve miedo de qui si me veían, mi daban una tanda de liñazos también a mí. Después uno dijo: «Ya llega», e in cuanto il otro llegó, lo mulieron a palos.

P: ¿Oyó los disparos?

R: En cunciencia, no.

P: ¿Usted pertenece a algún partido o es simpatizante de alguno?

R: ¿Yo? Yo no. Pero mi hijo Roccu, qui es el más grande, porque tingo cuatro hijos, tres varones y una chica qui se llaman...

P: Gracias, puede retirarse.

Leído, aprobado y rubricado

Salvatore Cumella

P: Indique sus datos personales.

R: Salvatore Cumella, hijo de Filippo y de Angelina Sciangula, 34 años, albañil, domiciliado en la via Pozzo, 12.

P: ¿Fue usted quien acompañó al herido al hospital?

R: Sí.

P: Expónganos su versión de los hechos.

R: Yo y mis compañeros Jacolino, Biancheri, Spampinato y Farruggia, la noche del 24 fuimos a recoger a Michele Lopardo a su casa para ir todos juntos a la taberna de Santa Pitronilla.

P: ¿Qué relación tienen entre ustedes?

R: Todos somos albañiles y formamos parte de la cuadrilla de Lopardo. Al llegar a la altura del Círculo de Ferroviarios, alguien llamó a Michele y entonces él nos dijo que nos adelantáramos a coger sitio. Nosotros así lo hicimos. Fuimos a la taberna y...

P: Cuando llegaron, ¿Sandri y Grattuso ya estaban allí?

R: Sí, señor. Pero al cabo de un rato salieron.

P: Dicen que lo hicieron porque oyeron un altercado.

R: Nosotros no oímos nada. Pero como Michele tardaba, empecé a preocuparme.

P: ¿Por qué?

R: Lo habían amenazado varias veces e incluso le habían disparado. Entonces, al ver que ya se estaba retrasando demasiado, decidí ir en su busca. Cuando antes habíamos pasado por la via Arco Arena, yo había observado que las farolas estaban apagadas, entonces le pedí a Spampinato que me prestara la linterna de carretero que siempre lleva consigo. Pero él prefirió acompañarme. Acabábamos de salir de la taberna cuando oí un disparo de arma de fuego procedente de la via Arco Arena. Volví sobre mis pasos, avisé a mis compañeros y me fui con Spampinato. Cuando nos encontrábamos a la altura de la segunda farola, oímos el segundo disparo, muy fuerte. Nos detuvimos brevemente sin saber qué hacer y después reanudamos la marcha. Y entonces vimos que corrían a nuestro encuentro Titazio y Nino Impallomèni, que sin dejar de correr entraron en la calle que conduce al lavadero. Avanzamos unos cuantos pasos más y entonces vi a alguien tendido en el suelo.

P: ¿Lo reconoció?

R: Sí. Era Lillino Grattuso.

P: ¿Sabía usted que Michele Lopardo iba armado?

R: No. Entretanto habían llegado mis demás compañeros, los de la taberna. Puesto que Grattuso aún estaba vivo, desperté a don Lollò Sciacchitano y, con uno de sus coches, acompañamos a Grattuso al hospital.

P: ¿Por qué en el hospital declaró que estaba solo en la via Arco Arena?

R: No me gusta comprometer a otras personas.

P: ¿Responde a la verdad el hecho de que usted pagó de su propio bolsillo el

traslado del herido al hospital?

R: Sí.

P: ¿Y qué hizo después?

R: Regresé a casa.

P: ¿Tiene simpatías políticas? ¿Está afiliado a algún partido?

R: Sí, soy comunista.

Leído, aprobado y rubricado

Francesco Spampinato

P: Indique sus datos personales.

R: ¿Qué tingo que hacer?

P: ¿Ha sido usted detenido alguna vez?

R: No. ¿Y usía?

P: No se haga el gracioso y diga cómo se llama, cuántos años tiene, dónde vive, a qué se dedica...

R: Me llamo Francesco Spampinato, tingo 40 años, trabajo de albañil, vivo en la via Cicero, 80.

P: ¿Usted coincide con la declaración prestada por Salvatore Cumella?

R: Evangiliu.

P: Explíquese mejor.

R: Lu qui dice Totò Cumella es evangiliu. Totò en su vida jamás ha dicho una trola.

P: A nosotros nos interesa saber lo que ocurrió después de que Cumella se alejara con el herido en el coche de Sciacchitano.

R: Cuando il curnudo se fue...

P: ¿Y quién sería el cornudo, perdone?

R: ¿Y quién quiere que fuera? Grattuso.

P: ¿Usted no estaba de acuerdo con que Cumella acompañara a Grattuso al hospital?

R: Por mí, si hubiera podido morir allí donde lo encontramos. De todos modos, cuando il coche se fue, yo, Cataldo, Pepè y Savaturi nos quidamos un rato hablando en la calle.

P: ¿Sobre qué?

R: Quiríamos saber qué le había pasado a Michele. Mientras estábamos así, asomaron corriendo desde el corso Vittoriu dos hombres vestidos de paisanu y armados, qui nos dijeron «Manos arriba» y pegaron un tiro. Nosotros intonces nos escapamos curriendo.

P: Pero ¡esos se habían identificado como agentes de las fuerzas del orden!

R: Yo no lo oí. Y mis cumpañeros tampoco. A lo mejor lo dijeron en voz baja, que eran guardias.

P: ¿Y por qué, según usted, habrían tenido que decirlo en voz baja?

R: Porque *s'affruntavanu*, se avergunzaban de ser agentes de las fuerzas del orden. Porque ¿a usted li parece bonito ser pulicía?

P: Déjese de comentarios y siga adelante.

R: Nusotros los tomamus por fascistas, y como ellos iban armados y nusotros no, nos escapamos hacia la via Santa Pitronilla.

P: ¿No respondieron al fuego?

R: ¿Usía qué es, sordo? Pero ¡si li acabo de decir ahora mismo que no íbamos

armados!

P: Siga.

R: Como tingu mala vista, yo iba detrás de los demás, y cuando los dos hombres ya mi istaban alcanzando, mi acordé del teatro de marionetas.

P: Explíquese mejor.

R: Ahora voy y mi explico. Había visto en el teatro de marionetas una iscena cuando el paladín finge escapar perseguido por un moro y, de repente, se detiene y con la espada mata al moro, al que pilla disprevenido. Y yo lo hice así. In cuanto los tuve cerca, me paré, me volví y le di un golpe en la cara con la linterna que llevaba en la mano al primero que se me puso a tiro. Y lu mismo hice con il otro. Y así pude escapar, aunque perdí la linterna.

P: ¿Y el enfrentamiento a tiros con los carabineros?

R: ¿Usía está de broma? ¿Qué carabineros?

P: Hay un detallado informe de los reales carabineros en el que se afirma que se registró un enfrentamiento armado con ustedes.

R: ¿Con nusotros? Pero ¿cuándo ocurrió?

P: El informe dice que los carabineros llegaron al lugar, pero no vieron a los agentes, los vieron a ustedes respondiendo al ataque.

R: Ixcilencia, ¿quiere saber una cosa? Los carabineros no nos vieron a nusotros sino a los guardias, a los que confundieron con nusotros. Y se liaron a tiros los guardias y los carabineros.

P: ¿Usted es simpatizante de o está afiliado a algún partido?

R: Sí, señor, soy comunista.

Leído, aprobado y rubricado

INVESTIGACIONES

Informe de autopsia

—Entonces, ¿qué hago? ¿Empiezo? —le pregunta Pellegriti al jefe de la brigada política Lanzillotta, que se halla sentado frente a él.

El teniente Pellegriti está nervioso porque esa mañana Lanzillotta se ha presentado con un abultado montón de papeles y se ha puesto a leer y marcar las hojas con un lápiz azul y rojo sin decir ni una sola palabra.

—Ya puede empezar —contesta Lanzillotta sin levantar la cabeza.

Pellegriti toma la hoja que tiene delante, se acomoda mejor con la espalda pegada al respaldo y lee en voz alta:

—«La mañana del veinticinco de abril del presente año a las ocho y treinta hemos procedido a la autopsia del cadáver de Calogero Grattuso en presencia del juez instructor Enrico Bellezza.

»Una vez abierta la cavidad craneana, durante el examen de la bóveda craneal se observa en el casquete parietal izquierdo un orificio circular. Examinada la bóveda en transparencia, se observa que el orificio de la tabla interior no coincide exactamente con el de la tabla exterior, como si el proyectil hubiera traspasado el hueso no de manera perpendicular sino tangencial a su superficie y con trayectoria de delante hacia atrás.

»Se observa en la base del cráneo un notable derramamiento hemático, y en la fosa occipital derecha se descubre un proyectil de forma cilíndrica aplanado y deformado, que se adjunta como prueba.

»La posición de la víctima con respecto al agresor era con toda probabilidad de frente y ligeramente lateral; la localización de la lesión induce a suponer que la víctima, justo antes del disparo, debió de girar la cabeza de izquierda a derecha, como para sustraerse al blanco. Firmado los peritos: doctor Ignazio Lima, doctor Costantino Lafoglia».

Pellegriti deposita la hoja sobre la mesa; durante toda la lectura, Lanzillotta ha estado ocupado con sus papeles. Pero poco después, al intuir la mirada del teniente clavada en él, decide alzar la cabeza.

—¿Qué hay, mi teniente?

—¿Qué le parecería si yo mañana trajera aquí mis papeles y me pusiera a trabajar tal como está usted haciendo ahora?

—Le pido disculpas —dice Lanzillotta, desplazando el montón de documentos a un lado con una sonrisita en los labios—. El caso es que en estos días tan turbulentos tengo realmente un montón de cosas que hacer. Y, además, ese informe ya lo he leído.

—¿Cuándo? —salta Pellegriti.

—Cálmese, por Dios. Anoche cené en casa del juez Bellezza y tuve ocasión, de manera totalmente accidental, de leer el informe. Me parece que no ofrece la menor duda, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Al resultado de la autopsia. Lima y Lafoglia, que son unos profesionales absolutamente respetables, escriben con toda claridad que el proyectil no traspasó el hueso de manera perpendicular sino tangencial, y observe que lo hizo siguiendo una trayectoria que los peritos definen de delante hacia atrás. Por tanto...

—¿Eso significa que usted ya ha llegado a una conclusión?

—Conclusión tal vez sería demasiado, mi teniente. Me limito a decir que la autopsia nos indica que las cosas no ocurrieron tal como nos contó Lopardo. En esencia, el tiro, hablando claro, se efectuó a la cara de Grattuso.

—Lopardo afirmó que tuvo que disparar al aire de abajo arriba, pues no podía levantar el brazo porque...

—Mi teniente, si hubiera disparado de abajo arriba y casualmente hubiera alcanzado a Grattuso, la trayectoria de la bala en la autopsia habría sido distinta.

—Pues entonces, ¿y la quemadura en el borde de la chaqueta?

—Debió de hacérsela encendiendo la pipa.

—Tenga en cuenta que Lopardo mide aproximadamente diez centímetros menos que Grattuso.

—¿Y eso qué significa? Lopardo debió de levantar la mano del revólver por encima de la cabeza. Recuerde que los peritos terminan diciendo que la víctima se encontraba situada delante del agresor: exactamente tal como se encuentra alguien que le aprieta la garganta a otro con ambas manos.

A Pellegriti la afirmación de Lanzillotta no lo convenció; tomó la hoja, la estudió y volvió a dejarla donde estaba.

—Eso los peritos no lo afirman con absoluta certeza —dijo—; es más, se curan en salud escribiendo «con toda probabilidad».

Lanzillotta hizo un gesto de hastío, como cuando alguien quiere apartar una mosca insistente, y se enfrascó de nuevo en sus papeles. Pellegriti se levantó, se puso el sombrero, que había dejado sobre la mesa, y se retiró sin despedirse siquiera.

Sabe muy bien que se está comportando como un grosero, pero, por otra parte, la forma de actuar de Lanzillotta no es que sea precisamente un dechado de buenas maneras. Si hubiera permanecido un poco más con él en la misma habitación, puede que la cosa hubiera acabado como el rosario de la aurora. Recorre una calle tras otra sin pensar en nada, y los nervios se le van calmando poco a poco. El día es precioso, un estallido de luz. Sin saber siquiera cómo, se halla delante del puesto de los carabineros. El centinela lo saluda, él contesta y hace ademán de entrar.

—El comandante no está —dice el centinela.

Pellegriti se detiene.

—¿Sabes adónde ha ido?

—Ha dicho que se acercaba un momento a la via Arco Arena.

¿A la via Arco Arena? ¿Y qué es lo que espera descubrir allí todavía?

—¿Hace rato que ha salido?

—No, señor. Unos diez minutos.

Si apura el paso, puede que todavía lo encuentre allí. Y allí justamente está el comandante, apoyado en la esquina con el corso Vittorio Emanuele, contemplando la via Arco Arena, que se extiende toda entera ante sus ojos. Permanece inmóvil de espaldas a él, y por eso Pellegriti no consigue ver la dirección de su mirada.

—¡Comandante!

Tinebra se sobresalta y se vuelve de golpe. Al ver al teniente, se ruboriza un poco. Se acerca la mano a la visera.

—¿Me buscaba, señor teniente?

—No exactamente. ¿Qué mira?

—La calle.

Pellegriti se sorprende un poco de la respuesta.

—¿Y qué espera ver?

A Tinebra le faltan las palabras para explicarse con claridad.

—Es difícil.

—Inténtelo.

—Es como si usted, al entrar en una habitación que conoce muy bien, experimentara la molesta sensación de que falta algo. Pero no sabe qué. Esta calle la conozco muy bien y noto que falta algo. He venido esta mañana temprano. Nada. He regresado ahora. Nada. Puede que con la luz de las cinco de la tarde... Pero ahora, si quiere, podemos irnos.

La bala

—Señores —les dijo el juez Bellezza a Pellegriti y Lanzillotta, a los que previamente había invitado a sentarse en las sillas que había delante de su escritorio—, los he convocado a una hora tan tardía en mi despacho del tribunal, y mucho me duele la molestia que les he causado, para poner en su conocimiento un hecho de inaudita gravedad.

El juez no hablaba como se habla sino como se escribe. Lo cual, para quien lo conociera, significaba que estaba extremadamente cabreado. Ya eran casi las nueve de la noche. Y por consiguiente, tampoco habría podido decirse que sus dos oyentes estuvieran de muy buen humor: en efecto, para responder a aquella inesperada convocatoria, Pellegriti había tenido que dejar la cena a medio terminar, mientras que Lanzillotta acababa de sentarse a la mesa y sólo había tenido tiempo de remeterse la servilleta en el cuello de la camisa.

—¿Está relacionado con el homicidio Grattuso? —preguntó incautamente el comisario.

Bellezza le dirigió una aviesa mirada y no le contestó.

—Es un problema. Y yo no sé cómo tomarlo —dijo.

«Empiece por tomarlo por el culo, colocándose como las ovejas», le sugirió mentalmente Lanzillotta, que no le había perdonado la aviesa mirada.

Al final el juez tomó una determinación.

—Como ustedes, señores míos, seguramente ya sabrán, la bala que los doctores Lima y Lafoglia encontraron en el cráneo de Grattuso me fue enviada por ellos por pliego certificado hace diez días. El tal pliego lo mandé colocar entre las pruebas contenidas en una estancia dispuesta para ello, una estancia constantemente cerrada cuya llave conserva el ujier Carmelo Bonifati. Y lo designé bis.

—¿Al ujier? —preguntó Lanzillotta, que no había entendido nada acerca de aquel bis.

—No, comisario, a la prueba. La designé trescientos veinte bis porque al revólver de Lopardo se le había asignado el número trescientos veinte. Ayer por la mañana llamé a Bonifati y le pedí que me trajera las pruebas trescientos veinte y trescientos veinte bis porque tenía intención de mandárselas, mediante un pliego en mano, a un perito en balística de Palermo designado...

«Trescientos veinte ter», pensó con la rapidez de un rayo Lanzillotta.

—... por este tribunal. Pues bien, al ver que Bonifati tardaba, resolví dirigirme a la sala de las pruebas. Y allí me encontré al ujier deshecho en lágrimas. No conseguía encontrar ni el revólver ni el pequeño estuche de la bala. Y en efecto, en el correspondiente anaquel de la estantería, entre la prueba trescientos diecinueve y la trescientos veintiuno, había un espacio vacío. Entonces yo también decidí poner manos a la obra, esperando, aunque después la esperanza resultó vana, que se hubiera producido un cambio de sitio fortuito. A medida que pasaban las horas, la posibilidad

del cambio de sitio iba resultando cada vez más remota. Pero yo no desistí y mandé que siguiera la búsqueda entre las pruebas que allí se acumulan desde hace decenas de años. Esta tarde, hacia las diecisiete horas, Bonifati me dijo que alrededor de la cerradura de la puerta de acceso a la estancia se observaba una mínima aunque bien visible señal de forzamiento en la que no habíamos reparado anteriormente. ¡Está claro que alguien tuvo la audacia de entrar de noche en la sede del tribunal, descerrajó la puerta de la sala de las pruebas y se apoderó tanto del revólver como de la bala! Tenía intención de presentar la correspondiente denuncia cuando, hacia las diecinueve horas, a punto de abandonar mi despacho, un ujier me trajo lo que, a primera vista, parecía una caja de zapatos, entregada en mano, según dijo, por un desconocido. Pues bien, se trataba efectivamente de una caja de zapatos, pero en su interior se encontraban ¡el revólver, el pequeño estuche con la bala y una nota!

—¿Ha dicho usted Carmelo Bonifati? —preguntó Lanzillotta sin que viniera a cuento mientras a duras penas conseguía disimular un bostezo.

—Sí, pero ¿eso qué tiene que ver?

—Nada —contestó más fresco que una lechuga el comisario.

—Ahora, señores míos, voy a dar lectura a la nota. —La tomó de encima del escritorio y la mostró solemnemente. Era una hoja de papel de cuaderno cuadriculado—. «Señor juez Bellezza, quisiéramos llamar su atención sobre el hecho de que, mientras el proyectil disparado presenta señales de rayados, el cañón del revólver carece de rayado. Por consiguiente, el proyectil no se disparó con esta arma. Firmado: Un amigo». Ahora yo me pregunto y digo: ¿qué clase de país es éste en el que un delincuente tiene la posibilidad y la desvergüenza de robar dos pruebas en la sede de un tribunal, mandar llevar a cabo un peritaje y enviar después al juez instructor las pruebas y el resultado del peritaje? ¿A qué extremo hemos llegado? ¿Y en qué abismo nos hundiremos?

No obtuvo respuesta ni por parte de Lanzillotta ni por la de Pellegriti, los cuales lo miraban mudos de asombro como en el teatro. Luego lanzó un suspiro de desconsuelo y se levantó.

Lanzillotta y Pellegriti también se levantaron.

—Les pido disculpas por la molestia, señores míos. Mañana por la mañana recibirán mi denuncia por escrito. Buenas noches.

—Permítame una pregunta —dijo Lanzillotta a traición—. Pero usted, señor juez, ¿está seguro de que el proyectil que le han devuelto es el mismo que usted había mandado someter a peritaje?

Bellezza se quedó un poco perplejo, sólo un poco.

—Más que seguro. Lo examiné minuciosamente las dos veces que lo tuve delante. Antes del hurto y después. Buenas noches.

—Buenas noches —repuso Lanzillotta mientras Pellegriti se cuadraba.

El pasillo era muy largo y estaba casi a oscuras; sus pisadas resonaban.

De repente Lanzillotta rió con sorna.

—¿Por qué se ríe? —preguntó Pellegriti.

—Porque es un grandísimo hijo de puta.

—¿Quién?

—Bonifati.

Cuando estaban bajando el primer tramo de escalera, el teniente se detuvo en seco.

—¿Usted cree que fue el ujier quien...?

—No lo creo; estoy segurísimo. Y cuando se dio cuenta de que tarde o temprano sospecharían de él, hizo dos pequeños arañazos alrededor de la cerradura y se curó en salud.

Salieron al exterior; la noche era agradable.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? —preguntó Pellegriti, que no acababa de entenderlo.

—Porque es un simpatizante comunista, mi querido teniente. He recibido muchos informes acerca de él. Pero es demasiado listo para que se le pueda acusar de algo.

Delante del edificio que albergaba las sedes de la Liga Antibolchevique, los nacionalistas y los fascistas, un hombre en lo alto de una escalera de mano estaba izando una bandera. Pellegriti se detuvo a mirarlo.

—La están cambiando —le explicó Lanzillotta—. ¿No leyó *Il Popolo d'Italia* de anteaer?

—No. No leo periódicos políticos.

—Pues hace muy mal. En cualquier caso, Mussolini ha decidido convertir el movimiento fascista en partido. Dentro de pocos días, un mes como máximo, se darán a conocer el programa y el estatuto. Es evidente que está acelerando los tiempos.

—¿De qué?

—De ascender al poder, mi teniente.

—En cuanto a esa especie de peritaje que le han remitido al juez... —empezó Pellegriti.

—Eso es, en todo caso, papel mojado. Tanto si la bala la han cambiado como si es la original. Ahora tengo que irme. Nos veremos mañana por la mañana como de costumbre.

Giró a la izquierda y entró en un portal. En cambio Pellegriti siguió hacia el puesto de los carabineros; se le había ocurrido una idea. La puerta ya estaba cerrada, así que tiró de la cuerda del timbre.

—¿Está el comandante? —le preguntó al carabinero que le abrió.

—Sí, pero...

Pellegriti se dirigió al despacho del comandante, cuya puerta estaba entornada.

—¿Permiso? —dijo al entrar.

Tinebra iba en camiseta, calzoncillos y pantuflas, y estaba leyendo una hoja de papel.

Pellegriti pegó un brinco hacia atrás.

—Disculpe —exclamó.

El comandante también pareció avergonzarse.

—Estaba arriba a punto de acostarme, pero me han llamado para un fonograma urgente... Voy enseguida a vestirme.

—No, por Dios; si es por mí, no se moleste. He venido sólo para hacerle una pregunta.

—Hágala.

—Comandante, ¿usted sabe si hay en el pueblo alguien en condiciones de llevar a cabo un peritaje balístico en muy poco tiempo?

—¿Puedo preguntarle por qué quiere saberlo?

Pellegriti le contó la historia del juez y de las pruebas desaparecidas y reaparecidas.

—Hay uno —dijo Tinebra—. Un barbero. Se llama Salvatore Contino. Tiene el salón en la via Príncipe Umberto.

—¿Un barbero?

—Sí, señor teniente. Tal vez el mejor perito en balística de toda Sicilia.

—¿Lo llaman a menudo los tribunales?

—Lo llaman a menudo, pero no los tribunales. No se le podría dar crédito. Tiene los papeles sucios.

—¿Qué hizo?

—Varias cosas —contestó evasivo el comandante.

—Si no lo llaman los tribunales, ¿quién lo llama?

—La mafia, por poner un ejemplo, cuando hay algún contraste de pareceres entre ellos acerca de la atribución de un homicidio.

—Comprendo. Oiga, Lanzillotta ha planteado la hipótesis de que puedan haber sustituido la bala al devolver las pruebas.

—¿Después de que Contino hubiera realizado el peritaje?

—Sí.

—Nadie tendría el valor de gastarle semejante broma a Contino tras haber dado él su opinión.

—¿Y no podría ser que, para la realización del peritaje, no le hubieran entregado a Contino el proyectil original sino otro rayado, y que el barbero en toda su buena fe...?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque habría sido una falta de respeto hacia Contino, y eso los amigos de Contino, los que recurren a él, jamás lo habrían consentido. ¿Me explico?

—Perfectamente. O sea, que si ese seudoperitaje afirma que el proyectil no fue disparado con aquel revólver, dice...

—... la purísima verdad, señor teniente.

El comunista

Pellegriti no pudo dormir en toda la noche. Muchas eran las preguntas que le rondaban la cabeza y lo obligaban a permanecer despierto, pero todas podían resumirse en una: ¿qué otra cosa sabían los comunistas, pues estaba claro que habían sido ellos —en eso tenía razón Lanzillotta—, para haber recurrido al barbero Contino a fin de que les hiciera el peritaje?

Por fuerza debían de saber algo que él ignoraba. Recurriendo a Contino estaban casi seguros de que el peritaje les sería favorable; de haber tenido la menor duda de que éste pudiera serles desfavorable, habría sido mucho mejor no dar ese paso, pues, por lo que le había dicho el comandante de los carabineros, no habrían tenido más remedio que aceptarlo. Y remachar con ello la culpabilidad del compañero Lopardo. El cual había reconocido en todo momento haber disparado, por cuyo motivo la cuestión era muy sencilla: era necesario llegar a establecer si había sido un homicidio voluntario o no. Sin embargo, afirmar que la bala que mató a Grattuso no había salido del revólver de Lopardo significaba poner en tela de juicio el propio desarrollo de los acontecimientos. Un riesgo muy grande; para correrlo, necesitaban tener en la mano unas cartas muy buenas.

Pero ¿qué cartas?

Se levantó temprano a pesar de sentirse medio atontado por la falta de sueño. Antes de irse a la prefectura, pasó por el puesto de los carabineros.

—Mi comandante, ¿quién es el secretario de la sección local del Partido Comunista?

Tinebra no se sorprendió de la pregunta; después de la visita de la víspera, estaba seguro de que el teniente seguiría adelante con el asunto.

—Un perito de minas. Se llama Antonio Scibetta.

—¿Usted lo conoce?

—Yo conozco a todo el mundo. ¿Por qué?

—Quiero hablar con él.

Tinebra adoptó un aire pensativo.

—¿Y cómo quiere hablar? ¿Con carácter oficial? ¿Oficioso? ¿De teniente a secretario de sección? ¿De hombre a hombre?

—De hombre a hombre. Y donde él quiera. Pero desearía verlo hoy mismo. Y usted, mi comandante, debería asistir a la reunión. Podría serme muy útil; usted de este pueblo lo sabe todo mientras que yo no sé nada.

—De acuerdo. Ya le diré algo.

Un poco antes de que a Pellegriti lo asaltara el habitual ataque de hambre, cosa que ocurría con gran puntualidad a la una menos cuarto, se presentó un carabinero con una nota de Tinebra. Decía simplemente: «Dieciocho horas, en el puesto».

A las cinco de la tarde, después de dos horas de discusiones con Lanzillotta, cortó. Le dijo al comisario que tenía un compromiso y salió. Se dirigió a la comandancia

provincial, donde se alojaba, se cambió de ropa y se vistió de paisano. A las seis menos cinco ya estaba en el puesto, y lo primero que observó fue que Tinebra también vestía de paisano. El comandante de los carabineros le sonrió y él le correspondió de la misma manera. Se habían comprendido. Scibetta se presentó a las seis en punto.

Era un cuarentón más bien bajito, correctamente vestido, sin barba ni bigote. Rubio y con un par de ojos azul claro que parecían agua de mar. Se sentó muy circunspecto delante de la mesa y Tinebra tomó una silla y la colocó un poco separada tanto de la mesa como de Scibetta.

—Gracias por haber venido —le dijo el teniente.

—Estoy aquí —repuso Scibetta— porque me ha llamado el comandante, que es una persona apreciada, y porque en el pueblo se habla bien de usted, mi teniente.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que usted no toma partido, se dedica a ser carabinero y nada más.

—Señor Scibetta, cuando asistía al curso, encontré en la biblioteca un libro cuyo título me pareció divertido, se llamaba *Urbanidad del carabinero* y se había publicado en mil ochocientos setenta y nueve, creo. Leyéndolo, me convencí de que era un libro muy serio. Algunas líneas me las aprendí de memoria. «Para el carabinero no hay castas ni asociaciones, ni ricos ni pobres, no hay más que ciudadanos».

—Lo que acaba de decir vale también para nosotros que no somos carabineros sino comunistas —comentó Scibetta con una sonrisita en los labios.

—He querido reunirme con usted porque...

—Sé por qué —lo interrumpió Scibetta.

—Ah, ¿sí? Pues dígamelo usted entonces.

—Porque hay un compañero que ha actuado por su cuenta y le envió un paquete al señor juez Bellezza, en cuyo interior había colocado una pequeña nota. Una auténtica imbecilidad. Una astucia perjudicial. El paquete habría tenido que llevarse, en cambio, a quien nos había hecho el favor y habría sabido cómo volver a arreglar las cosas.

—Esta mañana el juez Bellezza ha presentado una denuncia. Pero no a nosotros sino al jefe de la brigada política de la Jefatura Superior de Policía.

—¿No acabo de decirle que fue una astucia perjudicial? Pero si ustedes los carabineros no han recibido la denuncia, entonces...

—Entonces significa que a mí no me interesa la historia de lo que ocurrió en el tribunal, me interesa lo de antes.

Los ojos de Scibetta cambiaron repentinamente de tono y se contrajeron, convirtiéndose en dos puntos de color zafiro.

—¿Me lo explica mejor?

—Por supuesto que sí. He sabido a través del comandante Tinebra que sobre los

peritajes que lleva a cabo cierta persona no se admiten discusiones. Se aceptan y sanseacabó. ¿Es así?

—Sí.

—En tal caso, quien llevó las pruebas para someterlas a peritaje sabía que había una alta probabilidad de obtener un resultado favorable. ¿Cómo llegó a semejante convicción? Está claro que obtuvo una información de la que nosotros carecemos.

—¿Puedo hacerle un par de preguntas?

—Hágamelas.

—¿Qué piensa de ello el *dottor* Lanzillotta?

—El *dottor* Lanzillotta tiene su propia idea, a saber, que la bala que se mostró al perito no es la que disparó el revólver de Lopardo.

—¿Y usted?

—Yo sólo sé una cosa: que para dar un paso tan arriesgado, los amigos de Lopardo debían de tener algo en las manos. Algo capaz de dar un vuelco a la visión de los hechos tal como nosotros la tenemos ahora.

Scibetta inclinó el tronco hacia delante como un perro de caza.

—¿Y usted tendría la fuerza de provocar ese vuelco? ¿Hoy por hoy? ¿En la situación política en que nos encontramos?

—Ya le he dejado claro que la situación política no es algo capaz de detenerme —replicó fríamente el teniente.

—Pues muy bien —dijo Scibetta, relajándose y apoyándose en el respaldo de la silla—. Al otro día del interrogatorio de Nino Impallomèni, el joven barón Talè di Santo Stefano fue a ver al padre de Nino. Hablaron largo rato, pero no se sabe de qué. El caso es que al día siguiente el joven barón metió a Nino en un tren y lo envió a París, donde vive un tío suyo.

—¿Ya tenía el pasaporte?

—No, señor. Lo obtuvo en doce horas gracias a la amable intervención del *dottor* Lanzillotta. Y quiero hacer constar que estaba acusado de haber participado en una reyerta.

El teniente adoptó una expresión pensativa.

—El mismo día de la partida de Nino —añadió Scibetta— hubo otra más. Titazio Sandri, acusado de haber participado en la misma reyerta, regresó a Cremona. También acompañado al tren por el joven barón. A alguien le parecieron extrañas todas esas fugas precipitadas.

—¿Usted supo algo acerca de esas partidas? —le preguntó Pellegriti a Tinebra.

—Pues no, señor —contestó el comandante.

—Entonces alguien empezó a hacerse algunas preguntas. Por ejemplo: si Titazio iba armado con un grueso bastón, si Grattuso llevaba el habitual puño de hierro...

—Un momento —dijo el teniente—. Las heridas del cuerpo de Lopardo no se produjeron con un puño de hierro. Encontraron uno en el suelo en la via Arco Arena, pero ¿quién nos dice que...?

—Yo también se lo digo —terció el comandante—. Grattuso lo llevaba siempre encima. No lo utilizó contra Lopardo porque probablemente lo perdió antes del enfrentamiento.

—... ¿cómo es posible que sólo Nino estuviera desarmado? —terminó Scibetta.

—¿Y a qué conclusiones llegó ese alguien? —preguntó Pellegriti.

—De entrada, a ninguna. Sólo que era extraño que Impallomèni no llevara un arma, eso es todo. Después alguien se acordó de la viuda Callarè.

—¡Coño! —exclamó el comandante, dándose un manotazo en la frente.

El teniente lo miró extrañado y Scibetta también se volvió.

—Pido perdón —dijo Tinebra—. ¿Recuerda, señor teniente, que cuando fue a verme a la via Arco Arena yo le dije que buscaba algo que se me escapaba? ¡Lo habría encontrado si hubiera pasado por allí después de las ocho y media!

—Pero ¿por qué a las ocho y media? —preguntó Pellegriti, perplejo.

—Porque a las ocho y media de la tarde —explicó Scibetta—, la señora, que es ciega, hace que su sobrina la saque al balcón y allí se queda aproximadamente una hora. Por tanto, la noche del veinticuatro la viuda Callarè debió de oír, si no ver, algo de la reyerta. Tiene un oído muy fino. Y este amigo a quien se le ocurrió la idea fue a visitar a la viuda, y ésta le dijo que oyó una cosa que... Precisamente la cosa que indujo a los compañeros a mandar hacer el peritaje.

—¿Qué dijo la viuda?

—Eso no me atrevo a revelarlo. Si la señora Callarè quiere, se lo dirá también a usted.

El teniente se levantó. El comandante y Scibetta lo imitaron.

—Gracias —dijo Pellegriti.

—Soy yo quien tiene que darle las gracias a usted —replicó Scibetta—. Y puede creerme: ha sido un verdadero consuelo conocerlo.

Tinebra acompañó a Scibetta hasta la puerta y después regresó y se sentó delante del teniente sin pedirle siquiera permiso. Su expresión era sombría y preocupada.

—No me perdono no haberlo advertido —dijo.

—¿El qué?

—La fuga de Titazio y Nino.

—Según usted, ¿por qué huyeron?

—Porque debieron de contarle al joven barón Talè di Santo Stefano cómo se desarrollaron realmente los acontecimientos. Y el barón los hizo largarse.

—Por consiguiente, en pura lógica, las cosas no se nos expusieron de manera adecuada. Y quiero señalar que Lopardo tampoco nos las contó debidamente, a pesar de su interés en contarnos la verdad.

—Es posible que Lopardo no nos contara debidamente las cosas, pero no fue de mala fe, a él le parecieron así.

Se hizo el silencio. Al poco rato, el teniente preguntó:

—¿Cree usted que tengo que informar al *dottor* Lanzillotta de los nuevos

acontecimientos?

Tinebra pegó un respingo.

—Pero ¡si con Scibetta hemos hablado en privado! ¡Él se ha fiado de nosotros! ¡Sería un error!

—No soy tan necio como para ir a contarle los detalles de la reunión de esta tarde —dijo, ofendido, Pellegriti—. Tenga la seguridad de que ya habría encontrado una manera convincente de...

—Pero ¿con qué objeto?

—Con ninguno, comandante. Y me sorprende su pregunta. Simple lealtad de comportamiento.

Tinebra se levantó, se acercó a la ventana, vio que fuera estaba completamente oscuro, se giró y murmuró:

—Habría preferido no decírselo.

—¿Qué?

—¿Recuerda la declaración del abogado Ernesto Impiduglia? ¿El que nos dijo que, al regresar de su casa de campo, se tropezó con una refriega en la via Santa Pitronilla, bajo la farola?

—Pues claro que lo recuerdo.

—¿Sabe a qué partido pertenece el abogado?

—No quiso decírnoslo, e hizo bien en mi opinión. Ésa es una pregunta que Lanzillotta les hace a todos.

—Está afiliado al partido socialista.

El teniente lo miró estupefacto.

—Bueno, pues —continuó el comandante—, si el abogado declara haber presenciado la reyerta bajo la farola de la via Santa Pitronilla y dice que Lopardo empuñaba el revólver, lo dice por amor a la verdad y por escrúpulo de persona honrada, a pesar de lo mucho que pueda costarle ir en contra de alguien que casi profesa sus mismas creencias políticas. Su declaración será una carga de profundidad en manos de la acusación cuando se celebre el juicio. Sólo que hay un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Que el abogado Impiduglia aquel domingo no fue a su casa de campo. A su mujer le dijo que iba, pero no fue.

Al teniente se le aflojó la mandíbula inferior y, como consecuencia, se quedó con la boca abierta.

—¿Y adónde fue?

—A otra casa de campo, pero en Raccuia, a cuatro kilómetros de aquí. Y para ir y volver de Raccuia no se pasa por la calle del lavadero, sino por el otro lado del pueblo.

—¿Y qué fue a hacer a Raccuia?

—Reunirse con su amante, la señora Cesira Alberti, boloñesa y viuda. Como

acostumbra, por otra parte, desde hace tres años un domingo sí y otro no.

—Pero ¿por qué nos dio un falso testimonio?

—Porque no pudo decir que no.

—¿A quién?

—A Lanzillotta.

—Pero ¿qué me dice!

—El pobre abogado se encontró en presencia de un auténtico chantaje. O declaraba de una determinada manera o la señora Impiduglia, que es rica mientras que él no tiene un céntimo, se habría enterado del enredo.

—Y, según usted, ¿Lanzillotta es un hombre capaz de hacer chantajes?

—Lanzillotta es capaz de eso y mucho más. ¿Cuántos son los que declararon haber visto la refriega de la via Santa Pitronilla?

—Cinco.

—Dejando aparte al abogado, quedan cuatro. ¿Uno es Salvatore Lodico, carnicero?

—Sí.

—Pues en tal caso le comunico que Antonio, el hijo de Lodico, fue detenido por Lanzillotta dos días antes de que el padre se ofreciera voluntariamente para declarar. Al día siguiente de la declaración, Antonio Lodico fue puesto de nuevo en libertad. Y nos quedan todavía tres. Sigamos. ¿Filippo Dibella es uno que...?

—Ya basta —dijo Pellegriti—. No quiero conocer más nombres de falsos testigos. Me pregunto tan sólo por qué Lanzillotta se comporta de esa manera.

—Pero ¿cómo es posible que no lo comprenda, teniente? El comisario piensa políticamente de una determinada... Y actúa en consecuencia, no sólo para responder a sus convicciones sino también para obtener un beneficio.

—No veo qué beneficio...

—Hoy por hoy ninguno, pero dentro de un año como mucho los que piensan como él gobernarán Italia. ¿No ve usted cómo van las cosas? Y entonces Lanzillotta estará en condiciones de exhibir sus méritos y recibir a cambio lo que pida.

—No me hable de política, por favor.

—¿Y quién habla de política? Yo no he mencionado ningún partido.

—Quiero hacerle una pregunta y deseo una respuesta clara.

—A sus órdenes.

—¿Cómo ha hecho para saber todo lo que me ha contado acerca de los testigos?

—He indagado discretamente.

—Pero ¿por qué se ha sentido obligado a indagar?

—Porque estoy convencido de que el enfrentamiento sucedió en la via Arco Arena y no en Santa Pitronilla. Allí empezó, y no en la via Santa Pitronilla, y allí terminó. Y sólo intervinieron Grattuso, Impallomèni, Sandri y Lopardo. El enfrentamiento en Santa Pitronilla, con la intervención de los compañeros de Lopardo, jamás se produjo. Ellos aparecieron cuando ya todo estaba hecho. Las falsas

declaraciones se proponen mejorar la situación de los tres amigos, induciéndonos a creer que los tres muchachos se vieron obligados a defenderse de seis agresores, uno de los cuales iba armado.

El teniente lo pensó un poco y después se levantó.

—A hablar con la viuda... ¿cómo se llama?

—Callarè.

—Irà usted solo mañana por la mañana.

—¿Usted no quiere venir?

—Quizá mejor que no. Quizá sea mejor que siga reuniéndome en la prefectura con Lanzillotta; demasiadas ausencias podrían...

—¿Despertar sus sospechas? —terminó el comandante en su lugar.

—Ya —dijo secamente Pellegriti—. Y mañana por la tarde sobre las seis regresaré aquí y usted me informará.

—A sus órdenes.

La viuda Callarè

A las ocho y media de la mañana, el comandante, vestido de paisano porque cuanto menos reparen en él, mejor, enfila la via Arco Arena. Es temprano todavía, pero ya a primeros de junio, están a día 4, hace un sol que parece verano.

El pequeño portal del número 5 está abierto, el comandante entra y por poco choca con una joven de diecisiete años que está saliendo.

—¿Busca a alguien? —pregunta la chica.

—Sí, a la señora Callarè.

—No está.

Tinebra no se preocupa, tal vez alguien la ha acompañado a la santa misa.

—¿Usted vive aquí?

—Sí, en el primer piso.

—¿Sabe adónde ha ido la señora?

—La señora no ha ido a ningún sitio. La han llevado.

—¿Adónde?

—Al hospital. Anteayer.

Tinebra oye con toda claridad el ruido que hace su corazón al caer muerto al suelo.

—¿Usía es algún familiar?

—No. Necesitaba...

—Pues entonces hable con la sobrina Nunzia. Venga conmigo y le enseño dónde vive.

Por suerte, la sobrina vive en la calle de al lado. Nunzia Quadarella es una treintañera que, cuando llega Tinebra, está haciendo tres cosas: lavarle el culo a un chiquillo de un año, propinarle un puntapié a otro culo perteneciente a un chiquillo de dos años y hacerle comer una papilla a un chiquillo de tres.

—¿Y usía quién es y qué quiere?

—Señora, soy comandante de los carabineros. He ido a casa de su tía para una información y me han dicho que...

—Sí, señor, en el hospital está. Algo muy serio, parece.

Y, milagrosamente, consiguió hacer otra cosa: la señal de la cruz.

Tinebra da las gracias, sale y cubre casi corriendo el camino hasta el hospital.

En admisiones no consta ninguna señora Callarè. ¿A que la han registrado con su nombre de soltera? Sí, pero ¿cuál es? Regresa a toda prisa a la casa de la sobrina Nunzia, la cual está haciendo tres cosas: pasar la escoba por el suelo, planchar una camisa y sostener en brazos al chiquillo más pequeño para que se duerma. En cuanto Nunzia ve entrar al comandante, lanza un grito y se desploma sobre una silla con el rostro muy pálido, y el chiquillo, despertado por el grito, se pone a llorar.

—¡Murió! ¡Murió la tía Assunta!

—No, señora, no ha muerto. He vuelto para averiguar su apellido de soltera.

—¡Assunta Bartolomeo se llamaba! ¡La pobre!

Antes de que la sobrina se convenza de que su tía vive todavía, deberá transcurrir algún tiempo. Del cual el comandante no dispone. En efecto, sin despedirse siquiera, sale y echa de nuevo a correr por la calle. Llega al hospital empapado de sudor.

—Ah, ya, la señora Bartolomeo está ingresada en la segunda sala.

—¿Puedo verla?

—No.

—¿Por qué?

—No es horario de visita.

—Oiga, pero ¿para saber cómo está?

—Tiene que hablar con la madre Biniditta.

—¿Y dónde la encuentro?

—Ya viene; ¿la ve?

Una monja bajita, menuda, decrepita, planea por el pasillo en dirección a Admisiones; debe de tener el viento de popa pues navega a una velocidad considerable. Empieza a virar a estribor, pero Tinebra la aborda.

—¿Me permite, madre? Soy Pippino Tosco, sobrino de la señora Bartolomeo, una octogenaria que ingresaron...

—Sé quién es la señora Bartolomeo —lo corta bruscamente la monja, que tiene que inclinarse hacia atrás para poder mirarlo a la cara—. Pilló una mala pulmonía. Está grave.

Y en un abrir y cerrar de ojos desaparece al otro lado de una puerta. Tinebra se nota las piernas como si fueran de requesón y se ve obligado a apoyarse contra la pared para permanecer de pie.

Comprende que si muere la mujer, su investigación se va al carajo.

A partir de ese momento, no pasa un día sin que el comandante se acerque al hospital para pedir noticias. Y es una lata tremenda, pues cada vez tiene que vestirse de paisano. Y de tanto verlo hoy sí y mañana también, la madre Biniditta acaba por cogerle cariño.

—¿Cómo está, mi querido señor Tosco?

—Yo bien. ¿Y la tía?

—Un poquito mejor. ¡Ah, si hubiera sobrinos tan solícitos como usted!

Finalmente, al cabo de unos quince días de ir y venir, una mañana la madre Biniditta va y le dice:

—Venga conmigo.

El comandante la sigue por el pasillo, una escalera y otro pasillo hasta entrar en una espaciosa sala con unas veinte camas, todas ocupadas. Quejidos, suspiros, expectoraciones. La madre Biniditta se detiene junto a una cama y le hace señas a Tinebra de que se acerque. Después se inclina sobre la enferma y la llama:

—¡Señora Bartolomeo! ¡Señora!

—¿Qué ocurre, madre? —pregunta una voz débil pero suficientemente clara

desde el lecho.

—¡Una bonita sorpresa para usted! ¡Está aquí su sobrino, Pippino Tosco!

—¿Qué?

—¡Pippino Tosco, su sobrino!

—¿Qué?

—Hable usted con ella —dice la madre Biniditta, apartándose.

«Menos mal que está ciega», piensa el comandante.

Se inclina amorosamente y habla en voz baja y consoladora, tal como se habla a los enfermos.

—¡Tía Assunta, soy yo! ¡Soy tu sobrino Pippino! ¿No te acuerdas de mí?

—¿Qué?

—Mejor no insistir —dice la madre Biniditta, empujando hacia la salida al falso sobrino.

—Pero ¿le rige la cabeza? —pregunta Tinebra.

—Le rige, vaya si le rige. Se ve que hoy está cansada.

El día 28 de aquel mismo mes la viuda Callarè puede regresar a su casa completamente restablecida. Y a las nueve de la mañana del día 30, tras haber hablado con la sobrina Nunzia y tan puntual como la muerte, el comandante se presenta ante la viuda, la cual lo recibe vestida de punta en blanco y sentada en un sillón en el comedor. Está guapa, descansada y tranquila; se ve que la hospitalización le ha sentado bien.

—Siéntese.

—Señora, soy comandante de los carabinieri, me llamo Tinebra y le pido disculpas por tener que molestarla...

—Repita —pide la anciana.

Tinebra se desconcierta, no lo entiende.

—¿Qué dice, señora?

—Que repita lo que ha dicho.

—¿Palabra por palabra?

—Sí.

—Señora, soy comandante de los carabinieri, me llamo Tinebra y le pido disculpas por tener que molestarla...

—¿Por qué cuando fue a verme al hospital dijo que era mi sobrino y que se llamaba Pippino Tosco?

¡Coño! ¡Lo ha reconocido por la voz! ¡Menuda memoria tiene la tía! El primer impulso del comandante es levantarse y abrazarla.

—Verá, señora, es que no quería que en el hospital...

—Bueno, bueno. Dígame qué quiere de mí.

—Señora, la noche del veinticuatro de abril, cuando se registró el tiroteo, ¿usted se encontraba en el balcón?

—Sí, señor, como de costumbre.

—Por consiguiente, ¿tuvo ocasión de oír lo que ocurrió?

—Sí, señor, todo.

—¿Podría contármelo?

Y la viuda se lo cuenta. Las pisadas de tres personas que se acercan presurosas desde la via Santa Pitronilla y hablan entre sí, pero en voz demasiado baja, ella no capta ni una sola palabra. Después se produce el silencio, y a continuación se oyen las pisadas de alguien proveniente del corso Vittorio Emanuele. De repente, otros pasos que llegan corriendo y el rumor de una pelea.

—¿Oyó alguna palabra, un nombre?

No, nada. Sólo ruido de golpes, respiraciones afanosas y fatigadas. Después una voz procedente del arco dice: «¡Ya voy, chicos!». Otros pasos muy rápidos, y la pelea se vuelve más encarnizada. Al poco rato, el primer disparo de revólver. Pero la viuda no oye ni voces ni quejidos. Asustada, temiendo que alguien pueda verla en el balcón (no sabe que es invisible porque las farolas están apagadas, tal como le dirá al día siguiente la sobrina), se levanta de la silla e intenta entrar en la estancia. Pero tropieza y cae cuan larga es, con las piernas en el interior de la habitación y el tronco y la cabeza sobre las tablas del balcón. En ese momento se produce el segundo disparo, violento y muy fuerte.

—¿Cómo de fuerte? —pregunta el comandante.

—Muy fuerte —repite la viuda—. Más que el primero. Me pareció casi una bomba. Y pensé que habían disparado contra mí.

—¿Por qué?

—Porque hubo de pronto, junto con el disparo, otro ruido cerca de mí. Pero no sé explicarle qué clase de ruido.

—¿Oyó pasar algo por su lado?

—No, nada. No sé lo que fue. Y enseguida alguien gritó.

—¿Oyó lo que dijo?

—Pues claro. Dijo exactamente estas palabras: «¡Lo he freído a este recochino comunista!». Eso dijo.

A Tinebra le parece que el suelo de la estancia ha cedido bajo sus pies y está cayendo por una especie de negro embudo. De repente se nota empapado de sudor.

—Señora, a lo mejor usted se equivocó. Debió de oír: «¡Lo he freído a este recochino fascista!». Porque verá...

—¡Ya sé que el que murió fue un fascista! Me lo dijo mi sobrina Nunzia. Y no lo entiendo. Pero yo oí justo lo que le he dicho. Se lo puedo jurar. ¡Y puedo jurarlo también delante de un juez!

A Tinebra el cerebro le da vueltas como una peonza. Y ahora comprende por qué Scibetta y sus compañeros, al oír de labios de la viuda lo que oyeron, se apresuraron a mandar hacer el peritaje sobre el revólver de Lopardo. Se levanta.

—Muchas gracias, señora. Le daré un consejo: acerca de esta historia y de lo que oyó no hable con nadie, se lo ruego.

A las seis y media de aquel mismo día, Tinebra se lo cuenta todo al teniente, que experimenta un súbito ataque de mutismo. Apoya la cabeza entre las manos, se pasa un pañuelo por la frente, se afloja levemente el nudo de la corbata, se levanta, da dos pasos, se sienta otra vez, se levanta de nuevo, se ajusta la corbata, pero no abre la boca. Después vuelve a sentarse y dice:

—Quizá habría que hacer constar en acta la declaración de la señora.

—Disculpe una pregunta, teniente: ¿es necesario, antes de proceder a redactar el acta, que usted informe de todo ello al *dottor* Lanzillotta?

—Por supuesto que sí.

—En tal caso, aviso a la sobrina de que mande preparar el ataúd para su tía.

—Pero ¿qué dice?!

—Digo que la señora Assunta está ciega. Basta que se asome demasiado al balcón, basta que coloque mal un pie al bajar por la escalera... y la declaración jamás podrá constar en acta.

—¡No le permito esas insinuaciones!

—A sus órdenes.

Se hace un silencio más pesado que el plomo.

—¿Cómo hay que actuar según usted? —pregunta Pellegriti tras haber perdido un cuarto de hora hojeando el calendario del Cuerpo.

—Sinceramente no lo sé —contesta Tinebra—. Pero me parece que el cinco de agosto se va usted de permiso. Y el juez Bellezza también se marcha de vacaciones. Si usted de este asunto de la viuda no habla con Lanzillotta hasta la vuelta a primeros de septiembre, mejor.

—¿Por qué mejor?

—Porque habrá tenido mucho tiempo para pensar en cómo actuar.

En el despacho del juez

El 4 de agosto era uno de esos malditos días en que hasta las serpientes evitan salir de su escondrijo debido al calor agobiante. Y el juez Bellezza había establecido, vete tú a saber por qué, que la reunión se celebraría a las dos y media de la tarde. El juez había abierto las dos ventanas de su despacho con la esperanza de crear un poquito de corriente, pero era peor porque desde la calle entraban unas tremendas vaharadas de calor.

—He considerado oportuno este encuentro antes del merecido aunque breve descanso, a efectos de llevar a cabo con ustedes un exhaustivo intercambio de opiniones. Ante todo, les informo que he recibido finalmente el resultado del examen médico que consideré obligado realizar a Lopardo el mismo día de su traslado desde el puesto de los reales carabineros a la cárcel.

Pellegriti se sorprendió. Jamás había oído hablar de aquel examen médico. ¿Y cómo era posible que el juez se lo sacara ahora de la manga? Miró a Lanzillotta, que también parecía sorprendido.

—¿Quién se encargó del examen? —preguntó Pellegriti.

—¿También se había perdido este dictamen? —inquirió con ironía Lanzillotta.

Las preguntas las hicieron simultáneamente.

—El examen lo encomendé al doctor Sammartano —contestó Bellezza.

Lanzillotta pareció relajarse. Pellegriti lo observó y comprendió de inmediato hacia qué lado se inclinaba el doctor Sammartano.

—Y si no les he informado hasta hoy, señores míos, ha sido porque el documento había sido incluido por error en otro expediente.

¿Qué otra cosa cabía esperar? En el Palacio de Justicia era bien sabido que los papeles iban y venían como dotados de movimiento propio: desaparecían durante meses y meses del escritorio de un juez y después aparecían de nuevo misteriosamente encima de la mesa de una sala de juntas. O bien, cosa más habitual, desaparecían y ya jamás volvían a aparecer. Se decía que en 1911 el contable Emilio Bonaccorso había sido visto entrar en el Palacio a las nueve de la mañana, donde tenía que declarar en un proceso contra un mafioso. Pero nunca llegó a la sala. Se esfumó y jamás lo encontraron. Los enterados decían que, durante algún tiempo tras su desaparición, los enormes ratones del archivo subterráneo daban la impresión de ser todavía más enormes y extrañamente sociables.

—¿Qué decía el informe del examen? —preguntó Pellegriti al ver que a Bellezza no le apetecía leerlo.

—Bueno, el doctor Sammartano es de la opinión de que tanto la herida de la frente como la fractura de la costilla son antiguas.

—¿Es decir?

—Es decir, teniente, que Lopardo se hizo esas heridas al caer de un andamio levantado para las obras de una casa unos diez días antes de la agresión.

—Pero ¡si pocas horas después de la agresión lo visitó en el puesto del Cuerpo el doctor Ziotta, quien tuvo que suturarle la herida de la frente!

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó en tono provocador Lanzillotta.

—¡Lo dice y lo escribe el doctor Ziotta!

—¿Y cómo es que, cuando me presenté en el puesto del Cuerpo para interrogar a Lopardo, el comandante Tinebra se negó a dejarme verlo? ¿Quizá porque aquellas ensangrentadas heridas no existían?

Pellegriti se levantó de un brinco. Rígido y blanco como la cera, silabeó con firmeza:

—¡Le exijo inmediatas disculpas al Cuerpo!

—Vamos, señores —dijo el juez.

El comisario levantó ambos brazos en señal de rendición.

—Bueno, de acuerdo, pido disculpas. Pero, sin poner de ninguna manera en duda la limpia conciencia del comandante Tinebra, se podría formular la hipótesis de que las heridas se las hizo Lopardo a propósito, puede que con la ayuda de sus compañeros, antes de ser detenido, para poder declarar que había sido víctima de una agresión de la cual tuvo que defenderse.

«O sea —pensó Pellegriti— que Lanzillotta ha decidido quitarse la máscara». Tenía que andarse con mucho cuidado; el comisario era una víbora muy venenosa.

El juez Bellezza prefirió pasar a otro tema.

—Tengo que informarles también que me han entregado los dos peritajes acerca del arma y la bala.

—¿Dos? —preguntó Lanzillotta.

—Sí, uno encargado por la acusación y otro por el abogado Lorusso, que defiende al acusado. El perito del tribunal de Palermo, Vittorio Cocco, designado con tal fin por la acusación, sostiene que el proyectil extraído del cráneo de la víctima es del mismo calibre que el arma, un revólver Smith & Wesson de cinco balas. También resultan del mismo calibre los dos cartuchos no disparados del cargador. Por tanto no existe la menor duda, según Cocco, de que la bala homicida salió del revólver de Lopardo. El armero Filippo Mammarsosa, también palermitano, afirma que es imposible establecer el calibre de la bala encontrada en el cráneo de la víctima a causa de la deformación sufrida por la susodicha bala tras el impacto contra el hueso. Termina afirmando rotundamente que el arma de Lopardo no es de cañón rayado, mientras que la bala, a pesar de estar deformada, conserva evidentes huellas de rayado. En pocas palabras, el revólver de Lopardo no disparó aquella bala.

—Copia conforme con el peritaje anónimo que se le remitió junto con las pruebas —sonrió, astuto, Lanzillotta.

—Por cierto —dijo Bellezza, mirándolo—, ¿su investigación ha hecho algún progreso?

—¿Qué investigación?

—La de la desaparición de las pruebas.

—¡Ah, ésa! —Lanzillotta hizo una pausa y después añadió a media voz—: Tal vez el teniente Pellegriti sepa algo más que yo al respecto, dado que se ha puesto a investigar por su cuenta.

—¿Yo?! —exclamó estupefacto el teniente.

—Me consta —añadió Lanzillotta con una sonrisita guasona— que usted convocó en el puesto de los carabineros al señor Scibetta, secretario de la sección comunista. ¿Acaso no lo llamó a propósito de las pruebas?

Entonces, ¿se trataba de una guerra declarada y sin exclusión de golpes? En lugar de irritarse, Pellegriti se sintió de repente más sereno y tranquilo; era su manera de reaccionar a las situaciones peligrosas.

—Sí, me reuní con el tal Scibetta. A petición suya. Y a propósito de un asunto que guardaba relación con la presente investigación, pero no con la desaparición de las pruebas.

Lanzillotta se desconcertó: esperaba una reacción violenta como la de antes y, en cambio, la calma casi sonriente de Pellegriti lo intranquilizó. Ya no quería hacer más preguntas al respecto, tenía la sensación de haber caído en una trampa con sus propias palabras.

Fue el juez quien preguntó:

—Señor teniente, ¿sería usted tan amable de revelarme a mí el tema acerca del cual Scibetta fue a hablar con usted?

—Por supuesto que sí, señor juez. Fue a decirme que por lo menos una declaración contra Lopardo era seguramente falsa.

—¿Qué declaración? —preguntó el juez.

El comisario prestó atención sin decir nada, con los ojos convertidos en dos ranuras.

—La del abogado Impiduglia.

Esta vez quien se levantó de un brinco fue Lanzillotta. A causa del calor y la rabia, la cara se le había puesto morada. Con su levantamiento de la silla y sus palabras, la temperatura de la estancia aumentó hasta cotas ecuatoriales.

—¡No lo consiento! No consiento que aquella declaración, fruto de una dolorosa... de un terrible... ¡bueno! ¡El abogado Impiduglia es desde siempre, políticamente, de ideas socialistas! ¡Es un compañero de Lopardo! ¡Declaró por amor a la verdad y por su escrúpulo de persona honrada, y le costó mucho ir en contra de alguien que profesa sus mismas creencias políticas!

«¡Madre santísima!», se dijo Pellegriti. ¡Lanzillotta había utilizado incluso las mismas palabras que Tinebra!

—Y ¿qué argumentos presentó Scibetta contra la declaración de Impiduglia? —preguntó Bellezza.

—Me dijo que el abogado, en contra de lo que había dicho, aquel domingo no fue a su casa de campo, sino a ver a su amante en Racchia. Y por consiguiente ni a la ida ni a la vuelta pasó por la calle del lavadero, tal como afirmó haber hecho.

—Pero ¿por qué razón iba a declarar en falso?

—Francamente, Scibetta me contó una historia que... En resumen, parece que el abogado se vio sometido a un chantaje...

—Ah, ¿sí? ¿Un chantaje de qué tipo?

—Pues no sé... por lo visto, alguien lo amenazó con revelar a su mujer su lío amoroso en caso de que él no hiciera aquella declaración.

—¿Le dijo el nombre del chantajeador? —preguntó el juez.

Pellegriti fingió rebuscar en su memoria.

—¿Presentó pruebas? —preguntó Lanzillotta, con la cara cada vez más morada.

—No. Ninguna. Y por eso todavía no me he puesto en marcha. —Pellegriti pronunció aquel «todavía» con los ojos clavados en los de Lanzillotta.

Y ambos se comprendieron.

Sólo el juez Bellezza no lo comprendió.

Se pasaron dos horas más hablando. En definitiva, cuatro peritajes, dieciocho testigos a favor de Lopardo, veintitrés en contra.

—Nos vemos aquí el cinco de septiembre —dijo el juez. Y añadió—: Será necesario, señores míos, que ustedes cierren las investigaciones antes de finales del mismo mes. Tengan en cuenta que necesitaré por lo menos otros treinta días para fundamentar debidamente el envío a juicio.

En cambio

En cambio, las cosas ocurrieron de otra manera.

Dada la tensa situación del pueblo, pues no pasaba día sin que se registraran palizas y leñazos entre fascistas y nacionalistas por un lado y socialistas y comunistas por el otro, el prefecto no había podido tomarse unas vacaciones. Y, a pesar de su insistencia, tampoco su mujer había querido irse a ver a sus padres a Venecia. Lo cual había cabreado todavía más a su excelencia, pues estaba claro que Luisa quería seguir viéndose con su amante el jefe superior de policía, que también se había visto obligado a quedarse. Sólo que una mañana el prefecto, en calzoncillos, sorprendió a Luisa en el cuarto de baño, enjugándose unas lágrimas. Después de mucho insistir, en medio de un terremoto de sollozos, Luisa pronunció un nombre: Beniamino Lopopolo.

¿Lopopolo? ¿El subjefe superior de policía?

Sí, señor, nada menos que él. A ella, Luisa, Beniamino le había parecido ingenioso, inteligente, culto, y algunas veces hasta se habían visto a escondidas, pero siempre se habían hablado con educación, él no le había tocado ni siquiera el dedo de una mano... Beniamino había comprendido enseguida que ella era una mujer honrada y fiel. Por otra parte, él, su marido, que se pasaba todo el día en el despacho ganduleando como un perro y ella que necesitaba... Más tarde la cosa llegó a oídos del jefe superior...

—¡Tú ya sabes, querido, cómo es Munafò! ¡Severo! ¡Intransigente!

¡El cual había mandado trasladar de inmediato al pobre Beniamino sin ninguna culpa! Por eso lloraba ella: ¡por haber sido la causa del castigo de un inocente!

El prefecto, que estaba al corriente del traslado de Lopopolo pero ignoraba el motivo, se conmovió hasta las lágrimas por las palabras de su mujer y la estrechó fuertemente en sus brazos. Luisa se dejó abrazar fuertemente. Después su marido la besó en la boca. Y Luisa se dejó besar en la boca. Después el marido le apoyó las manos en los hombros y ejerció una leve presión. Luisa comprendió y se arrodilló despacio, y mientras se arrodillaba, le bajó los calzoncillos. Y empezó a hacerle aquel trabajito que tanto le gustaba a su excelencia.

A los dos días de la reconciliación, el jefe superior de policía Attilio Munafò se dirigió a la prefectura. Y en la escalera se tropezó con la señora Luisa que bajaba. Se detuvo justo el tiempo de besarle la mano y preguntarle en un susurro:

—¿Se ha tragado la historia de Lopopolo?

—Sí.

—Entonces, ¿cuándo nos vemos?

—Hoy a las tres, como de costumbre.

Por eso el jefe superior de policía no se sorprendió de la acogida que le dispensó su excelencia.

—¡Mi querido amigo! ¡Qué placer! ¿Soplan buenos vientos?

Los vientos no eran buenos, puntualizó inmediatamente Munafò. Y le explicó cómo y de qué manera el *dottor* Lanzillotta, funcionario de valía, inteligente, el mejor jefe de brigada política de toda Sicilia, le había pedido ser exonerado de las investigaciones acerca del delito Grattuso. Por su total, absoluta e irreconciliable discrepancia de criterios con el teniente Pellegriti. Semejante discrepancia amenazaba con paralizar la investigación. Que su excelencia decidiera cómo resolver la delicada cuestión.

—¿Usted dice que sería mejor encomendar las investigaciones sólo a Lanzillotta?

—¡Jamás me permitiría hacerle la más mínima sugerencia, excelencia! Sin embargo, hay un hecho incontrovertible: el delito Grattuso es un delito político. Lanzillotta sabe moverse por los vericuetos políticos, tiene una dilatada experiencia. ¿Posee el teniente Pellegriti tanta como él?

—Hoy mismo le digo algo —repuso el prefecto. Lo acompañó hasta la puerta, le dio un fuerte apretón de manos y le dijo en un susurro—: Gracias.

—¿Por qué? —preguntó el jefe superior de policía, fingiendo sorprenderse.

—Por el traslado de Lopopolo.

—Era mi deber —dijo secamente el jefe superior.

Y comprendió que había ganado la partida. Lanzillotta cabalgaba.

La mañana del 4 de septiembre, Pellegriti, de vuelta de Ragusa, acababa de entrar en su despacho de la comandancia provincial cuando un cabo llamó a la puerta.

—El señor coronel quiere verlo ahora mismo.

El teniente se presentó de inmediato ante el comandante Brindisino.

—Bienvenido, teniente. Le comunico que, por disposición de la prefectura, de ahora en adelante de las investigaciones del delito Grattuso se encargará exclusivamente la Real Jefatura Superior de Policía. No porque usted no haya estado a la altura, al contrario, pues su excelencia ha sido auténticamente generoso en los elogios que ha dedicado a su persona, sino para conferir, ¿cómo diría?, un impulso unívoco a las investigaciones. Un tocamiento de cojones menos. ¿Está claro? —disparó de una sola tirada con cara de asesino.

—Clarísimo, mi coronel.

Aquella misma mañana Pellegriti pasó por el puesto de carabineros.

—Nos han quitado la investigación —le comunicó desconsolado a Tinebra.

—Lo sabía desde hace una semana —aseguró el comandante.

—¿Por qué no me lo ha escrito?

—¿Por qué iba a estropearle el permiso?

—Oiga, ¿sabe si Lanzillotta continuará las investigaciones en el despacho de la prefectura?

—Pero ¡qué dice! Ha mandado trasladar todos los documentos a la Jefatura

Superior.

—Por consiguiente, ¿mis documentos están todavía en el armario de la prefectura?

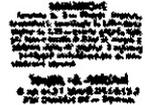
—Por supuesto que sí.

—Pues entonces —dijo Pellegriti sacándose una llave del bolsillo—, ésta abre el armario. Mande a uno de sus hombres a retirar todas mis cosas y guárdelas aquí. Hay mucho material, hay copias de todas las declaraciones, los testimonios, los interrogatorios.

—Aquí sobra sitio —repuso el comandante.

Las investigaciones, tal como quería Bellezza, finalizaron el 30 de septiembre. El 7 de noviembre el juez instructor presentó sus conclusiones. El 17 de enero de 1922 el Tribunal de Apelación de Palermo, que tenía competencia en el territorio, envió a juicio en la Audiencia de la ciudad a Michele Lopardo para responder de la acusación de homicidio voluntario.

MIENTRAS TANTO



DISTURBIOS EN EL ANIVERSARIO DEL ASESINATO DE LILLINO GRATTUSO

Ayer, en el primer aniversario del bárbaro asesinato del joven de dieciocho años Lillino Grattuso, centenares de fascistas llegaron a la ciudad no sólo desde los pueblos cercanos sino también desde otras capitales de provincia, para recorrer las calles al son de los himnos Allarmi siam fascisti! Terror dei comunisti y Giovinezza, giovinezza. Aquí y allá estallaron inevitables incidentes con ciudadanos que se negaban a quitarse el sombrero a su paso. El Círculo Ferroviario, a pesar de estar protegido por agentes del orden, fue destrozado.

A la hora del almuerzo, un numeroso grupo de fascistas locales y foráneos se dirigió a la taberna de Santa Pitronilla, local que estuvo en el centro de las investigaciones acerca del asesinato de Grattuso.

Allí, tras haber comido y bebido, el grupo de fascistas se negó a pagar la cuenta. En respuesta a las protestas del propietario, Paolo Pecorella, los fascistas, a los que no se pudo identificar a pesar de las rápidas indagaciones llevadas a cabo por el jefe de la Brigada Política dottor Lanzillotta, se dedicaron a destrozarse de forma sistemática el local, golpear repetidamente con porras al mencionado Pecorella y obligarlo a beber una considerable dosis de aceite de ricino.

Pecorella, ingresado en el hospital municipal, tendrá para unos veinte días. Hacia las dieciséis horas todos los fascistas presentes en la ciudad (se ha calculado que eran más de trescientos), con camisa negra, puñal al cinto, lábaros y gallardetes negros con la calavera, se reunieron en la explanada situada delante de la cárcel, que, en previsión de lo que pudiera ocurrir, había sido totalmente acordonada por contingentes de los reales carabineros.

Después de una alocución del barón Talè di Santo Stefano, ex fundador de la Liga Antibolchevique, posteriormente integrada en el Partido Nacional Fascista de cuya sección local el propio Talè di Santo Stefano ha sido elegido secretario, una incendiaria alocución que de hecho invitaba a tomarse la justicia por su mano, grupos de fascistas armados con puñales y porras se lanzaron violentamente contra el cordón formado por los reales carabineros con la manifiesta intención de irrumpir en la cárcel y apoderarse del asesino Michele Lopardo, allí recluso a la espera de juicio.

A este respecto, ¿se acaba de recibir la noticia según la cual la celebración del juicio se ha fijado para el 14 de noviembre de 1924! Y ahora nosotros nos preguntamos: ¿por qué unos plazos tan largos para la justicia? ¿A quién beneficia mantener un estado de tensión? Preguntas sin respuesta.

Volviendo a la crónica, mientras se sucedían los ataques, los demás fascistas alentaban a los asaltantes al grito de «¡Muerte a Lopardo!» y «¿A quién, Lopardo? ¡A nosotros!».

Al cabo de unas dos horas de infructuosos intentos, finalizaba el asedio a la cárcel. Siete militares del Cuerpo resultaron heridos o sufrieron contusiones.

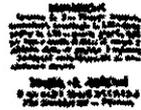
A continuación, los fascistas se dirigieron en procesión al cementerio, donde el barón Talè di Santo Stefano depositó una gran corona de flores sobre la sepultura de Lillino Grattuso, rematada para la ocasión con unas gigantescas fascas de lictor. La cinta de la corona era tricolor con crespón negro, y en caracteres dorados figuraban escritas estas palabras: «Al mártir Lillino Grattuso, los fascistas sicilianos».

Una vez disuelto el cortejo fúnebre, los fascistas forasteros se fueron y los locales regresaron a sus

casas.

Cinco personas, consideradas socialistas o comunistas por los fascistas, fueron golpeadas con porras y obligadas a beber aceite de ricino. No facilitamos sus nombres por evidentes motivos de seguridad.

Unos diez escaparates sufrieron roturas.



LAS ESCUADRAS FASCISTAS DEFILAN EN ROMA

Estamos finalmente en condiciones de ofrecer a nuestros lectores la crónica de las últimas y febriles jornadas. Tal como se ha informado en toda la prensa, después de la prudente y acertada negativa a firmar el estado de sitio propuesto por el presidente del Consejo de Ministros el honorable Facta, su majestad el rey Víctor Manuel III, tras la aceptación de la dimisión del Gabinete presidido por el propio Facta, envió a Milán con fecha de 24 de octubre un telegrama al honorable Benito Mussolini, convocándolo al Quirinal. Mientras en toda Italia estallaba una oleada de júbilo ante la noticia de la convocatoria, los miles y miles de camisas negras y combatientes que, desplazados desde todo el país, habían marchado sobre Roma cercándola en un férreo asedio, podían finalmente permitirse unas horas de descanso. Benito Mussolini, después de un primer proyecto de trasladarse a Roma en avión, decidió tomar el tren de las 20.30 y viajar en coche cama. A su llegada, la Estación Central de Milán estaba abarrotada de camisas negras y fascistas que le tributaron una solemne y prolongada ovación entre gritos y cánticos. El revisor se acercó respetuoso a Mussolini para preguntarle si tenía que impartirle alguna orden. Lapidariamente, tal como acostumbra hacer, Mussolini le contestó: «Sólo una: ¡partir con puntualidad!».

En efecto, el expreso 17 se puso en marcha con toda puntualidad a las 20.30, mientras la multitud entonaba Giovinezza y Mussolini, desde la ventanilla, saludaba brazo en alto a la romana. Pero el tren tuvo que detenerse, pues la muchedumbre, en un auténtico delirio, se apretaba y empujaba contra los vagones y la mismísima locomotora. Mussolini, asomado de nuevo a la ventanilla, empezó a lanzar besos a los camisas negras. Al final, el tren reemprendió la marcha, pero hubo de efectuar varias paradas no previstas, pues numerosos manifestantes con camisa negra invadían las vías para dirigir a su Jefe un apasionado saludo.

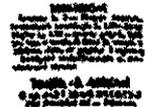
En Civitavecchia lo acogen, en religioso silencio, las escuadras fascistas que participan en la marcha sobre Roma, y Mussolini dirige, también en silencio, su mirada napoleónica sobre la imponente parada de las tropas.

En Santa Marinella, el tren vuelve a detenerse. Asomándose a la ventanilla, Mussolini estrecha la mano del padre del mártir fascista Menichetti, el cual estalla en un llanto incontenible. A continuación, Menichetti, que ha vislumbrado al viejo maquinista Cagliari, el cual ha conducido el tren de los camisas negras, se acerca a éste diciendo: «¡Bese esta mano, cavaliere Cagliari!». «¿Por qué debería hacerlo?», pregunta el maquinista, viejo e indómito fascista. «Porque ha estrechado la de Mussolini». Entonces Cagliari besa aquella mano y abraza a Menichetti. En la estación de Roma la multitud es inmensa, el expreso 17 está casi a punto de perderse bajo el gentío. Lo recibe el 81 Regimiento de Infantería. Mussolini saluda brazo en alto al coronel comandante. El coronel, profundamente conmovido, le dirige unas breves palabras de bienvenida. Entonces el Gran Mutilado de guerra Pietro De Scalzi le grita a Mussolini: «¡Abrazalo! ¿No ves que el coronel está llorando de emoción?». Y ambos se abrazan.

A las 11.30, su majestad el rey recibe en el Quirinal a Benito Mussolini, quien, tras haber pedido disculpas por presentarse con sus pantalones verdegrís de militar, las botas y la camisa negra, «porque regresa de la batalla afortunadamente incruenta que ha tenido que librar», pronuncia estas palabras que

sin duda quedarán grabadas para siempre en el gran libro de la historia: «Traigo a vuestra majestad la Italia de Vittorio Veneto consagrada de nuevo por la nueva Victoria y soy fiel servidor de vuestra majestad». Su majestad el rey le encarga de inmediato la formación del nuevo Gobierno.

A la mañana siguiente, las escuadras fascistas, tras su pacífica entrada en Roma, acogidas por doquier con aplausos, flores y manifestaciones de júbilo, desfilan ordenadamente durante nada menos que seis horas bajo el balcón del Quirinal.



RECIBIMOS Y GUSTOSAMENTE PUBLICAMOS

Distinguido señor director: Desde hace varios días circulan por la ciudad unos rumores maliciosos, por no decir algo peor, acerca de la fallida participación del contingente bajo mi mando en la gloriosa Marcha sobre Roma. ¡Se ha llegado incluso a insinuar que yo intervine en la Marcha cómodamente instalado en un chalet de Taormina!

Al objeto de aclarar definitivamente los hechos, le remito esta puntualización. Salimos 75 camisas negras en dirección a Messina en unos cuantos camiones 18 BL, esos legendarios vehículos de la FIAT tan utilizados en el frente durante la Gran Guerra y tan apreciados por Benito Mussolini en su afán por establecer una continuidad entre el Combattentismo, la asociación de Antiguos Combatientes de la Primera Guerra Mundial, y el Fascismo. Sólo que, poco antes de llegar a Messina, uno de los 18 BL volcó en una curva y tres camisas negras resultaron gravemente heridos. Haciendo caso omiso de sus protestas, pues ellos estaban decididos a reanudar el viaje a pesar de sus precarias condiciones físicas, los acompañamos al hospital de Messina. Cuando al final llegamos al puerto, el transbordador ya había zarpado y el siguiente zarpaba a las 6.30 de la mañana. Entonces montamos un vivaque para pasar la noche. Incapaz de dormir, me di cuenta de que, entretanto, el tiempo iba cambiando a peor. Al amanecer se veían en alta mar unas gigantescas olas. Posteriormente fuimos informados de que el transbordador no saldría dadas las adversas condiciones meteorológicas. A las cuatro de la tarde, se nos invitó a subir al barco, el cual intentaría efectuar la travesía. Cuando estábamos a punto de hacerlo, el comandante nos comunicó que no podría cargar nuestros 18 BL, pues el transbordador ya iba demasiado lleno. Entonces decidimos embarcar, abandonando en tierra nuestros camiones. Finalmente subimos a bordo, pero entonces reparé en que había dejado mis efectos personales en el 18 BL en que había viajado. Bajo una lluvia torrencial conseguí recuperar mis pertenencias, pero mientras regresaba, observé que el transbordador ya había cerrado la porta y retirado la escalerilla de embarque. Entonces se me ocurrió la idea de solicitar los servicios de algún pescador que pudiera trasladarme en su embarcación, pero con las prisas del momento sufrí una torcedura en el pie derecho que me impidió caminar.

Por suerte me tropecé con mi prima, la exquisita marquesa Anna Filippa di Portobello, joven viuda de guerra de un Medalla de Plata, quien durante unos cuantos días me acogió en su chalet de Taormina donde todavía sigo recuperándome. Le agradezco la publicación de esta carta y lo saludo brazo en alto.

Barón Talè di Santo Stefano

El cura y el recluso

Aquel primer domingo de diciembre, a las seis de la mañana don Libirtino Sclàfani empezó a llamar como siempre a todas las puertas de las celdas mientras el celador de la cárcel lo seguía a dos pasos de distancia con el manajo de llaves en la mano.

—Soy don Libirtino. ¿Hay alguien que me necesite?

Según la respuesta, don Libirtino indicaba por señas al celador que abriera, entraba y confesaba al preso, o bien pasaba de largo para llamar a la puerta de al lado. Cuando terminaba el recorrido, los que se habían confesado podían abandonar la celda y bajar a la capilla donde don Libirtino oficiaba la santa misa.

Por eso llamó también a la puerta de la 321, que estaba reservada a un solo recluso.

—Soy don Libirtino.

—No necesito nada, gracias —dijo la voz de Michele Lopardo.

Ni una sola vez había contestado de otra manera. Y el celador estaba a punto de reanudar la marcha cuando vio que el cura permanecía al lado de la puerta, con la boca a la altura de la mirilla.

—Soy yo el que necesita una cosa —susurró don Libirtino—. ¿Puedo entrar?

—Entre.

El cura le hizo señas al celador, y éste, estupefacto, fue a abrir la puerta. No había oído las palabras murmuradas por don Libirtino y por eso se preguntaba si, por casualidad, aquel cabrón comunista sin Dios se habría convertido durante la noche. ¿Se le habría aparecido el Espíritu Santo? ¿Y si, pongamos por caso, el Espíritu Santo, que siempre se presentaba como una paloma, alzaba el vuelo y aquella mierda de comunista volvía a quedarse sin la gracia del Señor y mataba al cura? Se preocupó.

—¿Quiere que entre con usía? Éste es peligroso.

—No.

—¿Dejo la puerta abierta y espero delante?

—No.

El hombre abrió y don Libirtino entró, pero no se movió hasta que oyó que la puerta se cerraba a su espalda.

Michele se había levantado del catre y lo estaba mirando.

—Te saludo, Michè.

—Te saludo, Libirtì.

Ambos habían sido compañeros en la escuela elemental. Después Libirtino entró en el seminario y no volvieron a verse. Al regresar Michele de la guerra, don Libirtino se había convertido en capellán de la cárcel. Y en el pueblo ambos habían tenido ocasión de verse y enfrentarse, porque el padre Libirtino no sólo era un apasionado seguidor de don Luigi Sturzo, uno de los fundadores del Partido Popular Italiano de impronta democristiana, sino que era el alma de la sección local del

«pipí», tal como se conocía al Partido Popular.

—Tienes la cara tan amarilla como un muerto —dijo el sacerdote—. ¿No te dejan tomar el sol a la hora de salir al patio?

—No es la falta de sol sino la falta de sueño.

—¿No duermes?

—No lo consigo, no consigo dormir.

Se miraron en silencio a los ojos.

—Yo no quería matarlo —dijo Michele.

—Y yo te creo —repuso el cura.

Se sentaron en el camastro.

—¿Por qué dices que me necesitas? —preguntó Michele.

—Porque quiero desahogarme con alguien que me entiende. Tres minutos y enseguida me voy. ¿Sabes que Mussolini ha formado nuevo gobierno?

—Sí, me lo dijo un celador. Y dijo también que este gobierno sería como una tapa de hierro sobre mi ataúd.

—Es una tapa de hierro, no cabe duda. Y no sólo sobre tu ataúd. ¿Sabes con quién ha formado gobierno Mussolini, aparte de con los fascistas?

—No.

—Con los liberales, los demócratas y los populares.

—¿Y eso te sorprende?

—La participación de los populares sí, porque don Sturzo lo había dicho muy claro: ningún apoyo a los fascistas. En cambio, unos cuantos cornudos y traidores, Cavazzoni, Gronchi y Tangorra, se han apresurado a entrar en el gobierno. ¿Y quieres que te diga una cosa? Ésos acabarán por meter a don Sturzo donde tú sabes.

Michele trató de esbozar una sonrisita, pero le salió una especie de mueca.

—No te preocupes, Libirtì. En cuanto Mussolini no los necesite, serán ellos los que tomarán por donde tú sabes. Y después, al día siguiente, toda Italia se encontrará tomada por culo.

UNA NOTA DE LA STEFANI

Una nota de la agenda Stefani del día de hoy 24 de abril de 1923 informa que S. E. Benito Mussolini, tras el congreso de Turín del Partido Popular Italiano en cuyo transcurso don Luigi Sturzo ha pronunciado un discurso calificado por Il Popolo d'Italia, órgano del Partido Nacional Fascista, como «el discurso de un enemigo», ha convocado a los ministros populares Cavazzoni y Tangorra para pedirles, y obteniendo de inmediato, su dimisión. Junto con ambos ministros han dimitido también los cuatro subsecretarios del mismo partido, Gronchi, Merlin, Milani y Vassallo.

El consejo docente

—Queridas compañeras y queridos compañeros —empieza el director Liotta cuando todos los profesores terminan de acomodarse en las sillas—, ruego al señor secretario encargado de levantar el acta tenga la bondad de hacer constar que este consejo extraordinario ha sido convocado por mí con fecha veinticuatro de abril de mil novecientos veintitrés, día en que se cumple el segundo aniversario del bárbaro asesinato de nuestro ex alumno Lillino Grattuso.

Se levanta, y los profesores también se levantan en medio de un molesto ruido de sillas.

—Un minuto de silencio en recuerdo del Mártir —dice el director, inclinando la cabeza sobre la mesa para dar a entender que se ha recogido en profunda meditación.

En aquel minuto de silencio en recuerdo del Mártir, Liotta piensa que a lo mejor logrará que todos olviden que durante algún tiempo él estuvo de parte de los populares, y, por consiguiente, logrará conservar su puesto.

En aquel minuto de silencio en recuerdo del Mártir, el profesor de Latín y Griego, Cusumano, piensa que le quedan en el bolsillo quince céntimos y cómo coño conseguirá llegar al día 27.

En aquel minuto de silencio en recuerdo del Mártir, la profesora de Física y Matemáticas, Martino, piensa en la vez que Lillino, cuando todavía no era un mártir sino un simple alumno canalla, le arrojó a la cara un tintero lleno de tinta, y que falló por un centímetro.

En aquel minuto de silencio en recuerdo del Mártir, el profesor de Historia y Filosofía, Mattalia, piensa que quizá esa noche su novia Annalisa decida dárselo.

En aquel minuto de silencio en recuerdo del Mártir, el profesor de Ciencias Naturales, La Stella, consigue no pensar en el Mártir, porque, si pensara en él, lo mandaría a tomar por culo, muerto y enterrado tal como está, a él y a todos los fascistas, con Mussolini al frente. Y no sería un pensamiento muy propio de un cristiano.

En aquel minuto de silencio en recuerdo del Mártir, el profesor de Lengua Italiana, Jacolino, piensa en los dos primeros versos de una composición que quiere dedicar al Mártir: «Joven audaz como fue Balilla / no la piedra arrojaste sino la vida...». Y puede que logre joder al muy cabrón de Liotta, que ha pertenecido al Partido Popular, no lo olvidemos, y arrebatarse el puesto de director.

—Podemos sentarnos —dice Liotta.

Cuando se apaga el ruido de sillas, vuelve a tomar la palabra.

—Los he convocado porque quiero someter a su consideración una propuesta que estoy seguro cosechará unánimes aplausos. Este instituto nuestro lleva desde siempre un nombre glorioso, el de Arquímedes. Pero creo que ha llegado la hora de efectuar un cambio, mejor dicho, una adaptación al gran cambio que el fascismo provocará en Italia. Mi propuesta es por tanto la de imponer a este instituto el nombre del mártir

Lillino Grattuso, que lo honró con su presencia como alumno. Someto la propuesta a discusión.

De repente, la profesora Martino se echa a llorar. Abre el bolso, saca un pañuelo y oculta el rostro en él. Todos la miran. Porque todos saben que el marido de la Martino mantiene en un hotel a su amante, una bailarina de opereta. ¿Acaso la Martino lo ha descubierto?

—¿Qué ocurre, señora? —pregunta el director.

La profesora sacude la cabeza y dice entre sollozos:

—No. Es que usted, señor director... pues me ha hecho recordar algo que sucedió en clase...

—Diga, diga —la anima él.

—Verá... un compañero de Lillino me arrojó un tintero...

—¿Eso cuándo ocurrió?

—Cuando Lillino estudiaba último curso.

—No recuerdo ese incidente. Usted jamás me habló de ello.

—En efecto, señor director. Al terminar la clase, estaba a punto de acudir a su despacho cuando Lillino se me plantó delante. Sujetaba por el brazo al culpable. «Pídele perdón a la profesora», le exigió al compañero en tono muy serio. Y el otro me pidió perdón. Lillino lo dejó ir y me rogó que no le comentara a usted el incidente. Por eso... —Un nuevo arrebato de lágrimas le impide seguir hablando.

—Era bueno, generoso y combativo en todas las causas justas. Su propuesta, señor director, es por tanto apreciable y obligada, aunque un tanto tardía —dice el profesor Jacolino.

—¿Y usted, profesor Mattalìa?

El profesor, que había llegado mentalmente al momento en que lograba por final bajarle las bragas a Annalisa, no consigue apartarse de lo que la fantasía le está permitiendo ver.

—¡Qué maravilla! —exclama.

—¿En qué sentido? —pregunta el director, un poco sorprendido. La frase y, sobre todo, el rostro de Mattalìa no le parecen apropiados.

—En el sentido de que era un alumno maravilloso —se salva Mattalìa en el último momento.

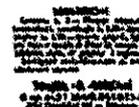
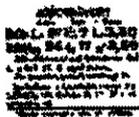
—¿Y usted, profesor Cusumano?

—Difícilmente este instituto tendrá otros alumnos como él.

—¿Profesor La Stella?

—Estoy de acuerdo.

—Pues entonces, señor secretario, haga constar en acta que mi proposición ha sido aceptada unánimemente por aclamación.



EN EL ANIVERSARIO DEL MARTIRIO DE LILLINO

Ayer, 24 de abril, en el segundo aniversario del martirio de Lillino Grattuso, se celebró en la ciudad una solemne ceremonia en memoria del generoso joven cuya existencia se vio truncada por una comunista mano homicida. Centenares y centenares de fascistas llegados de todas las provincias de la isla, numerosos grupos escolares, humildes obreros y campesinos, amas de casa, combatientes, veteranos de guerra, se congregaron en la plaza con gallardetes, lábaros y banderas. Tomó en primer lugar la palabra el barón Talè di Santo Stefano, secretario provincial del PNF, el cual empezó recordando que la consigna que S. E. Benito Mussolini ha dado al pueblo italiano es una sola:

¡Disciplina!

Y por eso declaró que en su breve alocución no habría palabras de venganza, sino tan sólo una serena evocación de las viriles virtudes del Mártir y un emocionado recuerdo de lo que él supo ser en vida, modelo insuperable de amor patrio, generosa audacia, sublime y suprema entrega a la causa fascista.

Al término de la elevada alocución, decenas de personas, hombres y mujeres, no consiguieron reprimir las lágrimas. Después habló Arcangelo Lopane, nuevo comisario de la Prefectura tras la dimisión de la junta socialista, el cual anunció, entre indescriptibles aclamaciones de la multitud, que la vía Arco Arena se llamará a partir de ahora «vía Lillino Grattuso-Mártir Fascista». A continuación, tras haberse trasladado al cementerio para depositar una corona de flores sobre la tumba del mártir, el cortejo se disolvió con toda normalidad.

Con vistas al futuro

Todas las despedidas que tenía que hacer las ha hecho, el baúl ha sido enviado, las maletas se las llevó dos días antes su mujer Stella, ayudada por su hijo Nirìa, que pidió un breve permiso para echar una mano en la mudanza.

Desde el 20 de enero de 1924, es decir, desde el día anterior, el comandante de los carabinieri Tinebra se ha convertido en el jubilado Tinebra, ex comandante del Cuerpo. En Catenella, el pueblo donde nació y al que ahora regresa, vivirá en la casa que era de su padre, una casa con tres hectáreas de buena tierra a su alrededor, pues a él siempre le gustó trabajar la tierra: labrar, sembrar, injertar. Claro que la mañana del 21 de enero, cuando despierta en la casa solitaria y fría, sin la voz de la mujer que le dice desde la cocina: «Ya está listo el café», experimenta una especie de escozor en el fondo de la garganta, justo en la misma tráquea, mejor dicho, no es propiamente un escozor, sino una especie de tapón peludo que se le ha puesto allí de repente y le impide tragarse la saliva. Sabe muy bien lo que es, es una cosa que ya le ha ocurrido anteriormente, cuando murió su padre y cuando le mataron a Decu Tallarita, un carabiniere que se había convertido en algo así como su hermano y se encontraba a su lado mientras ambos participaban en un tiroteo con una banda de malhechores.

Se levanta, se lava con agua helada, se viste de paisano, ahora que está jubilado y el uniforme ya no le corresponde, y sale de casa. Fuera hace frío, el cielo está cubierto de negros nubarrones. Camina casi corriendo, un poco porque de esa manera la sangre le circula mejor y le permite calentarse, y un poco porque no le apetece que alguien empiece a hablar de él si lo ve a primera hora de la mañana y, a lo mejor, le pica la curiosidad.

En cuanto enfila la via Arco Arena, ahora Lillino Grattuso-Mártir Fascista, ve el coche de don Lollò detenido delante del número 5, tal como habían acordado la víspera. Hace ademán de entrar en el portal, pero se lo impide la voz de don Lollò, que ya está sentado en el pescante.

—La señora está aquí.

Entonces Tinebra abre la portezuela del coche y sube. La señora Assunta se halla sentada en un rincón, completamente cubierta por una gruesa manta.

—Me ha ayudado mi sobrina Nunzia.

Para llegar a Spagliara se necesita una hora y media larga. Casi inmediatamente la viuda Callarè, después de haber inclinado la cabeza hacia delante y hacia atrás, se hunde, acunada por el movimiento del coche, en uno de esos sueños profundos que ni siquiera el toque de unas campanas lograría interrumpir. En cambio, el ex comandante se enfrasca en sus pensamientos.

A medida que avanza el día, el tiempo empieza a despejarse, y cuando llegan a Spagliara hasta brilla un poco el sol. El coche se ha detenido delante de una lujosa mansión con un impresionante jardín situada justo a la entrada del pueblo.

Tinebra ayuda a la señora Assunta a bajar y la toma del brazo; al lado de la verja

hay una reluciente placa que reza:

A. TODARO - NOTARIO.

Abre la puerta un hombre delgado y decrepito, no se sabe muy bien si es un criado o un escribiente. Pone cara de asombro, como si jamás hubiera visto a dos personas de carne y hueso, pero debe de ser su propia manera de mirar.

—Soy el comandante Tinebra. El notario me espera.

El decrepito les franquea la entrada, los precede por un pasillo, llama a una puerta de madera maciza con tirador dorado.

—¡Adelante!

El decrepito entreabre la puerta, asoma la cabeza al interior, murmura algo y después abre la puerta de par en par y le indica por señas a Tinebra que pase.

El notario Todaro, en cuanto los ve entrar del brazo, no puede contenerse:

—¿Vienen a celebrar una boda?

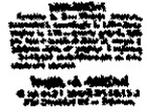
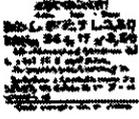
—La señora es ciega —le explica bruscamente Tinebra.

El notario cambia de golpe de actitud, se levanta, coge del brazo a la viuda y la ayuda a sentarse en una silla de respaldo muy alto que hay delante del escritorio cubierto de papeles. A continuación, le indica por señas a Tinebra que tome también asiento. Después pregunta:

—¿En qué puedo servirles?

—La señora aquí presente desea hacer una declaración con vistas al futuro. Usted, señor notario, la conservará y sólo se me podrá entregar a mí, en mano y cuando yo lo solicite.

El notario los mira a los dos un tanto perplejo y después toma papel y pluma.



LA CONMEMORACIÓN DEL MÁRTIR GRATTUSO

Ayer, 24 de abril, se celebró en la ciudad una gran manifestación en el tercer aniversario de la heroica muerte del mártir Lillino Grattuso, vilmente privado de la vida por mano comunista.

Como ya es habitual, grande fue la emocionada participación de toda la ciudadanía, pero cabe señalar que en esta ocasión la afluencia de fascistas de las demás provincias fue más numerosa que de costumbre. En efecto, la plaza no estuvo en condiciones de acoger a todos los participantes, que hubieron de desperdigarse por las calles adyacentes.

Tomó la palabra el barón Talè di Santo Stefano, secretario provincial del Partido Nacional Fascista que recientemente ha accedido al alto honor de poder honrarse con el título de «Mosquetero del Duce», el cual quiso recordar de inmediato de qué manera dicha manifestación ha acabado por adquirir un significado especial después de la aplastante victoria electoral del Fascismo, con la mayoría absoluta decretada por el pueblo italiano llamado a las urnas el 6 de este mismo mes.

Un momento de intensa emoción se registró cuando al barón Talè di Santo Stefano, al ir a pronunciar la frase «Cuanto más avanza el Ideal fascista, tanto más siento la ausencia de Lillino a mi lado», se le quebró un instante la voz. A continuación reanudó su alocución con una voz más viril que antes.

Al término de su discurso, interrumpido a menudo por cálidos y ensordecedores aplausos, el orador recordó que en los primerísimos días de mayo S. E. Benito Mussolini honrará con su presencia la cercana ciudad de Caltagirone. Para la ocasión se organizarán servicios extraordinarios de trenes y autocares de línea con el fin de permitir que todo el mundo se desplace a Caltagirone y pueda demostrar al jefe del Gobierno cómo sabe palpitar de alegría el ardiente corazón de los fascistas sicilianos.

Después habló el comisario de la Prefectura, Arcangelo Lopane, el cual quiso anunciar, entre los aplausos de los ciudadanos, la constitución de un comité para la futura erección de un monumento al mártir Lillino Grattuso.

Posteriormente se formó un inmenso cortejo en dirección al cementerio. Sin embargo, dada la enorme muchedumbre, el acceso sólo fue posible a los familiares y a las autoridades. Quien allí recibió fue S. E. Emilio Pellegrino, obispo de la Diócesis, que por la mañana había celebrado en la catedral una misa solemne en sufragio del alma del Mártir.

En la cinta de la corona que se depositó sobre la tumba figuraba la inscripción: «A Lillino, mártir de la Idea que ha triunfado». La manifestación finalizó con un impresionante «Alalá» de los participantes, en respuesta al saludo fascista «Y por Benito, eja, eja, eja, eja», pronunciado con estentórea voz por el barón Talè di Santo Stefano.

FUNDACIÓN DE MUSSOLINIA

Preparativos para la bajada

En mayo de 1924 el presidente del Consejo de Ministros, *cavalier* Benito Mussolini, ya mitad Duce y mitad todavía no, decide hacer una bajada a Sicilia, tierra que no le cae muy bien. Entre las etapas, escribe de su puño y letra «Caltagirone». ¿Por qué? Porque el *cavaleri* jamás de los jamases sería capaz de hacerle un desaire a un fascista caltagironés, Giacomo Barone, su jefe de gabinete del Ministerio de Asuntos Exteriores, del cual el casi Duce es titular. Si nos pusiéramos en plan de cotilleo, no podríamos por menos que decir que Giacomo Barone, tras casarse en Forlì con Camilla Paulucci de Calboli, había alterado ligeramente los documentos de su estado civil y resultaba llamarse Giacomo Barone Paulucci de Calboli. Cosa que le causaba muy buen efecto a todo el mundo. Además, el tío de Giacomo Barone, Francesco Barone D'Urso («Un ignorante sin la menor inteligencia», como lo calificaba por escrito el comisario de la prefectura, Caboni), era en Caltagirone el jefe, el *boss*, de aquella parte de los fascistas (había más de una) que se había convertido en la primera a base de elegantes enfrentamientos dialécticos tales como agresiones con porras y puntapiés en el culo.

La noticia de la bajada del *cavaleri* la dio a conocer Giacomo Barone Paulucci de Calboli con considerable antelación a su tío y al alcalde, el honorable fascista Biniditto Fragapane.

Y a partir de aquel momento los fascistas calatinos ya no pudieron conciliar el sueño.

Tenía que ocurrírseles alguna idea sensacional para que Mussolini conservara de Caltagirone un recuerdo imperecedero (aún no se había puesto de moda el adjetivo «inmarcesible»). Finalmente, alguien se acordó del inmenso bosque de alcornoques del antiguo feudo de Santo Pietro, a unos cuantos kilómetros de distancia del pueblo, todavía patrimonio público: bastaría con parcelarlo y repartirlo entre 2.500 familias campesinas. El día de la visita de Mussolini, las familias recibirían solemnemente de su mano el título de propiedad.

De esa manera, se saldarían entre otras cosas las cuentas con las pasadas Administraciones «democráticas», que ya habían parcelado unas cuantas tierras donde los campesinos habían hecho fructificar hasta las piedras, las rocosas lomas y los pedregales.

Pero el tío de Giacomo Barone Paulucci de Calboli, al oír la intención de sus camaradas, primero torció la boca y después proclamó a voz en grito:

—¡Hay que hacer algo más! ¡El fascismo no empata con nada! ¡O gana o gana por goleada!

Y así, los camisas negras calatinos perdieron más noches de sueño hasta que el arquitecto Saverio Fragapane llamó un día a la puerta de su primo el honorable Biniditto Fragapane, que, por si fuera poco, era el alcalde, llevando en la mano unas grandes hojas enrolladas de papel.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo.

Era la suspirada idea triunfadora. En aquellas hojas el arquitecto había diseñado una ciudad que debería levantarse en los linderos del bosque, capaz de acoger a las 2.500 familias de campesinos.

Nombre de aquella «ciudad forestal»: Mussolinia.

El proyecto, calificado inmediatamente por la prensa local como «soberbio y majestuoso», contemplaba una gran plaza circular con doce torres a su alrededor, unidas por una doble columnata. En las torres se instalarían las sedes de la Casa del Fascio, el ayuntamiento, la policía, los carabinieri y todas las oficinas públicas. De la plaza arrancaban las calles flanqueadas por las viviendas de los campesinos: unos edificios muy largos de una sola planta que parecían gallineros modelo. Aquí y allá, fuentes y jardines.

Esa vez el tío de Giacomo Barone Paulucci de Calboli se mostró entusiasmado con el proyecto, pero hizo una pregunta que los dejó a todos helados, pues no la entendieron de inmediato.

—Pero Él, cuando llegue al bosque, ¿qué coño va a encontrar?

—Los árboles —se atrevió a contestar un camisa negra.

El tío de Giacomo Barone etc. etc. lo fulminó con una aviesa mirada.

—Me explicaré mejor —dijo—. No podemos llevar al jefe del Gobierno a un claro perdido de un bosque sin que encuentre allí nada de nada. ¿Es que vamos a invitarlo a coger setas?

—¡Encontrará la primera piedra que deberá colocar! —exclamó el arquitecto.

—No basta.

Piensa que te piensa, al final decidieron mostrarle algo ya construido.

—Pero si es Él quien tiene que colocar la primera piedra... —dijo el arquitecto, tratando todavía de resistir.

—Me importa un carajo —fue la fascista respuesta del tío de Giacomo Barone etc. etc.

Y de esa manera, la prensa local anunció que:

En la inmensa plaza circular, en la cual ya se han construido la acera que la circundará y dos torres sin los acabados, S. E. Benito Mussolini colocará la primera piedra el próximo 12 de mayo.

Y se armó un follón de albañiles, ladrillos, piedras, argamasa, madera y camiones que iban y venían de Caltagirone al bosque para conseguir llegar a tiempo.

La bajada

La mañana de la llegada del *cavaleri* a Catania, Giacomo Barone llama por teléfono a Federico Talè di Santo Stefano:

—¿Por casualidad habíais organizado algo para la visita de Mussolini a Caltagirone?

—Pues claro, Giacomi. Doce autocares y un tren especial.

—Anúlalo todo.

—¿Por qué?

—Verás, últimamente Mussolini está de muy mal humor, no sé por qué. Me ha ordenado expresamente que en Caltagirone sólo estén los calatinos y nadie más. Como mucho, podríais venir tú y cinco o seis personas más, pero sin gallardetes, lábaros ni pendones municipales. ¿Me explico? Como si todos fuerais de aquí.

La selección que Talè di Santo Stefano se ve obligado a hacer provoca dos querellas, cuatro peleas a tortazos y puñetazos, tres retiradas de carnet fascista y una expulsión definitiva.

Desde Catania el tren de Mussolini llega a Caltagirone la tarde del 11 de mayo a las siete en punto. Eso del respeto de los horarios de los trenes es una manía del *cavaleri* ya de todos conocida, por lo que los maquinistas y los jefes de estación no fallan ni un segundo.

La plaza situada delante de la estación está llena a rebosar de gente. La banda municipal inicia los acordes de *Giovinezza*. El *cavaleri* saluda un poco y sube al segundo de los siete coches que se ponen en marcha para dar comienzo al recorrido por las calles. La ciudad parece una luminaria, desde las ventanas y los balcones las señoras y señoritas arrojan flores y banderitas tricolores. El cortejo se detiene delante de la Casa del Fascio, Mussolini desciende del automóvil, sube por una rampa, en el salón todo el mundo da taconazos y saluda brazo en alto a la romana. El *cavaleri* responde al saludo, apoya las manos en las caderas, dirige a todos una mirada «cesárea» (es decir, como la de Julio César, tal como la definió Biniditto Fragapane), saluda de nuevo brazo en alto, da media vuelta y sale.

El subsecretario provincial de Catania, Castriota, que pesa nada menos que ciento treinta y cinco kilos, tras haber conseguido bajar del coche, acaba de poner el pie en el primer peldaño de la rampa cuando se ve caer encima como una avalancha a Mussolini. Tiene justo el tiempo suficiente para apartarse; el *cavaleri* pasa por su lado, sube al coche, y el cortejo vuelve a ponerse rápidamente en marcha. Castriota decide no moverse de la Casa del Fascio; como siga a Mussolini a semejante velocidad, corre el riesgo de sufrir un ataque. Entretanto, el coche del *cavaleri* y los del séquito están frenando delante del palacio del barón D'Urso, donde se ha reunido la flor y nata, lo mejor de la nobleza calatina: Mussolini asciende la escalinata a paso de *bersagliere*, el célebre soldado italiano de infantería ligera, hace su entrada en el salón resplandeciente de luces y de beldades enjoyadas, se dirige a la baronesa

D'Urso, que, con sus ciento dos años y su desvarío total, le pregunta en tono ofendido:

—¿Por qué no te has puesto la camisa roja?

Lo ha confundido con Garibaldi. El *cavaleri* finge no haberla oído, le besa la mano, saluda brazo en alto, sale a toda prisa, vuelve a subir al automóvil, se pone en marcha, se detiene trescientos metros más allá del ayuntamiento, baja y sube los escalones de dos en dos. El alcalde Biniditto Fragapane lo proclama ciudadano de honor de Caltagirone. Mussolini le da las gracias con unas pocas palabras, saluda, baja, vuelve a subir al coche y se va. Luego visita una exposición de cerámica; todo dura unos diez minutos escasos. Después llega a una plaza presidida por un busto, el del caltagironés Giorgio Arcoleo, defensor de la reconstrucción del Estado y maestro de Paulucci de Calboli etc. etc., deja apoyada en la columna una corona de flores, saluda brazo en alto al busto y listo.

Todos otra vez al ayuntamiento, donde se han dispuesto las mesas.

Mussolini aprecia especialmente el «*consumè* al Tricolor» y el «dulce de temporada», que es más o menos un helado de *cassata*.

Quienes participaron en el banquete cuentan que el *cavaleri* prácticamente no abrió la boca. Seguía estando de mal humor. Al terminar la cena, se levantó de la silla, saludó a la romana y subió al último piso, donde le habían preparado el dormitorio.

La colocación de la primera piedra

A la mañana siguiente, día 12, ya desde primera hora de la madrugada empezó a hacer un frío helador, aunque el día se presentaba sin nubes.

En efecto, una fotografía nos muestra al *cavaliere* jefe del Gobierno en la plaza de Caltagirone antes de salir en automóvil hacia el bosque de Santo Pietro. Presenta una expresión sombría y una mirada turbia, quizá no ha dormido bien, quizá la *cassata* helada se le quedó en el estómago.

O tal vez el motivo de aquel evidente nerviosismo cabría atribuirlo a la constante e insistente pitada de decenas y decenas de pastores de ovejas que lo acogió al llegar a la estación (y él aquella pitada la percibió más allá de las aclamaciones y la música de la banda) y ya no lo abandonó. Ni siquiera durante la noche. Hay que tener en cuenta que el silbido de un solo pastor de ovejas es capaz de superar en altura e intensidad el de la sirena de un barco o el de un tren en movimiento: ¡cabe imaginar

lo que puede llegar a ser cuando los pastores de ovejas son decenas y decenas! El *cavaleri* quiso que le facilitaran inmediata información:

—¿Quién silba?

—Son los pastores de ovejas, excelencia.

—¿Y por qué silban?

—Porque se han suspendido las obras de la línea de ferrocarril Gela-Caltagirone.

—Pero eso a los pastores de ovejas ¿qué carajo les importa?

Nadie supo darle una respuesta.

En la fotografía, Mussolini lleva un grueso abrigo desabrochado, debajo del cual se vislumbra un traje cruzado oscuro por lo menos una talla menor que la que correspondería a su tonelaje. De las mangas evidentemente demasiado cortas de la chaqueta y el abrigo sobresalen dos puños rígidos, blanquísimos y anchísimos, casi como de payaso de circo ecuestre. Lleva también las polainas bien a la vista, tal vez a causa de los pantalones, que le llegan a la altura del tobillo, y luce en la cabeza un bombín que no le entra del todo.

Al final, la caravana de automóviles se pone en marcha y empieza a subir hacia Santo Pietro a través de un camino lleno de baches cubiertos de cualquier manera en las febriles jornadas previas a la ocasión.

Y la caravana llega a la explanada del bosque donde el *cavaleri*, al descender del coche, es recibido por los aplausos de los obreros (muchos de ellos son simples parados, caracterizados y disfrazados de albañiles).

«El bosque resplandece bajo el sol tricolor», escribió el periódico local. Puesto que la fotografía que acompaña el artículo es en blanco y negro, el admirable fenómeno no puede percibirse. En la imagen salen también las dos torres sin terminar, un trozo de acera, un murete de unas cuantas decenas de metros. La banda municipal ya está en su sitio, y en cuanto ve aparecer al *cavaleri*, inicia los acordes del himno nacional. Mussolini, antes de cuadrarse, deja el bombín sobre el murete que tiene al lado. Cuando la banda termina de tocar *Giovinezza*, el *cavaleri* recoge el bombín y vuelve a ponérselo. De repente todo el mundo palidece y se paraliza. Porque Mussolini no se ha encasquetado en la cabeza su bombín, sino una especie de pieza de queso tierno de oveja aplastado y de alas anchas.

Furibundo, el *cavaleri* se lo quita, lo arroja lejos de sí, busca con la mirada el bombín sobre el murete y no consigue encontrarlo.

Lo escribo en cursiva, tal como suele hacerse en las novelas negras:

El bombín había desaparecido.

—¡Mi bombín! —grita el *cavaleri*.

Es como un grito de caza. Inmediatamente se desencadena una frenética búsqueda del sombrero, en la cual participan afanosos damas y caballeros, albañiles auténticos y albañiles falsos, camisas negras, honorables diputados y prefectos, secretarios federales de fascios de combate y generales. No hay nada que hacer.

No se encuentra el bombín.

Entonces alguien, temiendo que el *cavaliere* pille un resfriado a causa del gélido viento que sopla, le ofrece una boina siciliana que aquél se encasqueta de mala gana. La ceremonia se reanuda. Habla el secretario federal de Catania, saludando en nombre de todos los camisas negras de Sicilia, y a continuación cede la palabra al jefe del Gobierno.

Desde lejos, insistentes, jamás silenciados, en la pausa entre las dos alocuciones, se oyen los silbidos de los pastores de ovejas ocultos en el bosque. El bombín perdido y los pastores de ovejas le quitan al *cavaleri* las ganas de hablar.

Se limita a decir:

—¡En esta tierra feraz y desierta, entre las sombras de los seculares alcornoques, un pueblo de vigorosos trabajadores sicilianos tendrá su ciudad!

Se pasa a continuación a la segunda parte de la ceremonia, consistente en la entrega al *cavaleri* de una medalla en la cual figura la inscripción, en el latín un tanto asmático del inspector ferroviario Nicolò Vitale y un profesor homónimo suyo: «*Olea et robur - Securitatis et pacis - Omen - Io triumphe - Mense maio - An. MCMXXIV - B. Musolino - Qui lap. ausp. Posito - Condendam Urbem - Suo honestavit nomine - Calathayeron. D. D. Istaurationi rer. italic*».

Sigue la tercera y última parte de la ceremonia: la colocación de la seudoprimer piedra. En determinado punto de la breve acera, al pie de una de las dos torres a medio terminar, se ha excavado un agujero en cuyo interior se pondrá la primera piedra, la cual descansa en un caballete al lado del agujero.

La piedra cuadrada ha sido a su vez agujereada para poder insertar en su interior un tubo metálico con un pergamino escrito en latín por los susodichos homónimos, el cual deberá ser firmado por el *cavaleri*. El tubo se encuentra en las manos del honorable Fragapane.

Mussolini se sitúa delante del caballete, toma la pluma que le ofrece el honorable Pennavaria y después alarga la otra mano para recibir el pergamino que habría tenido que entregarle el honorable Fragapane tras haberlo sacado del tubo. Pero el honorable Fragapane, una vez abierto el tubo, palidece como fulminado, inmóvil y sin poder hablar. Totalmente perplejo.

El tubo está vacío, el pergamino no está.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mussolini, enfurecido.

—¡El pergamino no está! —consigue responder finalmente el honorable Fragapane.

Durante un instante, todo se paraliza y permanece a la espera del rayo celeste que destruirá todo el universo creado. Mussolini con la estilográfica en una mano y la otra mano alargada hacia el honorable Fragapane, un honorable Fragapane que contempla desconsolado y estupefacto el tubo vacío que sostiene en la mano, el secretario provincial de Catania con los brazos levantados no se sabe si de rabia o de miedo, las hojas de los alcornoques que ya ni siquiera se mueven, y los pájaros suspendidos en el aire con las alas abiertas. Sólo un sonido como música de fondo: los silbidos de los

pastores de ovejas desde su escondrijo.

El primero en reaccionar y en devolver la vida y el movimiento a los hombres y el paisaje es el tío de Paulucci etc. etc., el cual aúlla con voz de lobo:

—¿Quién ha mangado el pergamino?

Nadie contesta.

El pergamino ha desaparecido.

Jamás se volverá a encontrar, como el bombín.

Llegado a este punto, Mussolini pierde por completo la paciencia. Se saca del bolsillo un trozo de papel, escribe algo encima, estampa su firma, arranca el tubo de las contraídas manos del honorable Fracapane, mete el papel en su interior, introduce a continuación el tubo en el correspondiente agujero de la piedra, agarra la llana que le entrega un capataz (auténtico), con cuatro habilísimos trazos (recuerdo de cuando trabajaba como albañil en Suiza) cubre la piedra, y le indica por señas a la banda que empiece a tocar.

La ceremonia ha terminado: ahora la «ciudad forestal» de Mussolinia ya puede comenzar a crecer y desarrollarse.

Aproximadamente una hora después, Mussolini regresa a Catania.

Breve apéndice a la bajada

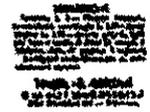
¿Y el bombín desaparecido? ¿Y el pergamino esfumado?

Unos cuantos días después de la bajada del *cavaleri*, empezó a circular por el pueblo una calumniosa historia que explicaba la misteriosa desaparición del bombín y el pergamino. Por lo visto, cuatro profesionales, uno de ellos obligado por los fascistas a beberse una botella de aceite de ricino y el otro golpeado con una porra, se habían confabulado, a cambio de una carretada de dinero, con un falso albañil y un camisa negra que tenía el vicio del juego y siempre andaba escaso de dinero, para robar el bombín y el pergamino. Una vez con ambas piezas en su poder, la misma tarde de la partida del *cavaleri* los cuatro profesionales se reunieron a escondidas en la casa de uno de ellos que vivía solo, y allí, colocado el bombín boca arriba en el centro de una habitación con las persianas cerradas, se habían dedicado uno a uno y a la luz de una vela a una especie de rito defecatorio en el interior del bombín, limpiándose al final con el pergamino. Lo cual debió de ser una cosa de muy difícil ejecución dado el grosor del papel.

Ni siquiera un mes después

Cuando no había transcurrido ni siquiera un mes de la bajada del *cavaleri*, exactamente el 14 de junio, en Caltagirone se armó la marimorena, el follón, la revolución. Nada más divulgarse la noticia del asesinato de Matteotti, el célebre diputado y secretario del Partido Socialista, todos los habitantes del pueblo salieron de sus casas y se lanzaron a las calles y plazas. Campesinos, obreros, artesanos, pequeños terratenientes, juntaron sus voces para gritar: viva la libertad, muera el fascismo. Y no se limitaron simplemente a gritar; tanto es así que la sede del Fascio fue totalmente destruida, el tío de Paulucci de Calboli etc. etc. tuvo que huir a campo traviesa, perseguido por gente que quería matarlo. Y hubo quien subió hasta la explanada del bosque de Santo Pietro y trató de echar abajo las torres de Mussolinia. Sin embargo, ni siquiera cuando el fascismo se recuperó de la paliza, nadie en Caltagirone volvió a pensar en la reanudación de las obras de la ciudad de Mussolinia. Como si la muerte de Matteotti la hubiera borrado del cerebro de todos.

OTROS PAPELES, OTRAS PALABRAS, OTROS HECHOS



UNA CARTA DEL BARÓN TALÈ DI SANTO STEFANO

Cuando, a raíz del mortal incidente sufrido por el diputado socialista Matteotti, unos obscenos agitadores empezaron a difundir rumores infamantes acerca de Benito Mussolini y el fascismo, una parte de la población, de buena o mala fe, les dio crédito y los siguió, con lo que una infundada protesta degeneró en actos vandálicos y persecuciones. Y aquí surgió, entre nosotros los fieles a la Idea, una dolorosa crisis: en efecto, algunos se tambalearon, otros (una exigua minoría, en realidad) no dudaron en devolver el carnet que los honraba. Yo estuve, y puedo proclamarlo bien alto, entre los que resistieron y combatieron contra el clamor bolchevique que había vuelto a levantar la cabeza: tal vez animado por la mirada imperiosa y magnética que Él, durante su visita a Caltagirone, dejó caer sobre mí.

Sin embargo, los consabidos e indignos sujetos de siempre no pararon, tampoco en esta ocasión, de divulgar mentiras acerca de mi conducta en aquellas jornadas, llegando incluso a afirmar que yo desaparecí de la ciudad precisamente en el momento más crítico, oculto no se sabe dónde.

Quienes me conocen saben muy bien que ésas no pueden ser más que necias vulgaridades, pero, por desgracia, hay muchas personas que, al no conocerme, podrían dar crédito a esas innobles mentiras. Por consiguiente, aquí estoy para aclarar de una vez por todas la verdad de los hechos en defensa de mi Honor, que forma un todo único con mi firme e inquebrantable Credo Fascista.

Cuando estallaron los disturbios, yo me encontraba en el pueblo, y todo el mundo pudo verme en la sede provincial del Partido Fascista, donde a lo largo de todo el día animé a mis camaradas a resistir. Al regresar a casa, hallé delante del portal el coche de mi prima, la exquisita marquesa de Portobello, joven viuda de guerra de un Medalla de Plata, la cual, por medio de su chófer, me enviaba una nota en la que me pedía que fuera a Taormina para ayudarla y aconsejarla en una necesidad que ella sola jamás habría podido resolver más que a medias. Me fui por tanto a Taormina, donde permanecí hasta bien entrada la mañana. Después, a primera hora de la tarde, subí al automóvil para regresar al pueblo y ocupar de nuevo mi puesto de combate, cuando el vehículo, nada más salir de Taormina, derrapó y fue a parar a un barranco. Inmediatamente socorrido, me trasladaron a la villa de mi prima, donde un médico me diagnosticó la fractura de unas cuantas costillas. Tuve que permanecer en cama sin poder moverme, maldiciendo mi mala estrella. Cuando pude volver a poner los pies en el pueblo, los disturbios ya habían sido casi enteramente aplastados; sólo quedaban unos cuantos focos en la provincia que yo mismo me apresuré a apagar, al frente de mis Camisas Negras. Le agradezco su atención.

Federico Talè di Santo Stefano

La visita

Desde hace tres días llueve a cántaros; ‘*u zù Gaspanu*, el tío Gaspanu, tal como lo llaman sus sobrinos, hijos de un hermano de su mujer Stella que de vez en cuando van a verlo, se levanta cuando todavía está oscuro y se pone a vigilar sentado en la banqueta que hay debajo de la marquesina que protege la entrada de la casa.

Espera desde hace tres días que el cielo decida cerrar los ojos y, de esa manera, él pueda volver a trabajar en su terruño: aquel diluvio constante podría anegar las semillas y, en tal caso, adiós muy buenas.

Hacia las diez de la mañana, Stella empieza a darle el coñazo:

—Gaspà, pero ¿qué haces aquí fuera? Sólo conseguirás quedarte empapado y nada más. Entra ya, total, si escampa, ya te darás cuenta.

Su mujer tiene toda la razón, desde dentro también puede ver si fuera ha dejado de llover, pero el motivo por el cual permanece sentado debajo de la marquesina empapándose de humedad es que le gusta percibir en las ventanas de la nariz el aroma de la tierra y las plantas mojadas. De vez en cuando lanza un profundo suspiro y se llena los pulmones y el alma de placer. Se enfrasca en un cálculo que de pronto se le ocurre. Bueno pues, él se jubiló el 20 de enero y hoy estamos a 18 de octubre: han bastado nueve meses de vida en Catenella para transformar por completo al comandante de carabineros que era en el cabal campesino en que ahora se ha convertido. ¿Convertido? ¿O acaso siempre fue un campesino y el error lo cometió al ingresar en el Cuerpo?

Ahora llega a sus oídos, que funcionan como cuando tenían veinte años, aparte del rumor de la lluvia, un ruido de otra clase que se va acercando.

Es un coche de caballos, no cabe duda. Para confirmarlo, se levanta a mirar. Es un coche, en efecto, que ha dejado la carretera provincial para enfilarse el sendero que conduce a la casa.

—Viene gente —le dice a su mujer, asomando la cabeza a la cocina a través de la ventanita.

—¡Virgen santísima! ¿Y quién puede ser con la que está cayendo? —exclama Stella, corriendo a arreglar el comedor, que es la única estancia donde se puede recibir a unos forasteros.

Tinebra también está un poco sorprendido; en los nueve meses que lleva en Catenella no ha recibido otras visitas que las de su familia más próxima.

El coche, muy elegante, propio de gente rica, se detiene. Baja a toda prisa un hombre que enseguida corre a refugiarse bajo la marquesina.

—Buenos días, ¿es usted el ex comandante Gaspare Tinebra?

—Sí.

El hombre no se sorprende de ver cómo viste el ex comandante: viejos zapatones de suela claveteada, pantalones de pana descosidos y agujereados, camisa sin cuello, grueso chaleco de pana cubierto de manchas.

—Soy el abogado Mario Pigna.

Es un cincuentón delgado y bien vestido, gafas de montura de oro, bigotito, perilla, ojos negros y brillantes.

Es el famoso abogado Pigna, célebre como uno de los mejores de Sicilia; se dice que si Caín lo hubiera tenido como defensor, seguro que habría salido bien librado.

—Pase, abogado. —Le muestra el camino y le ofrece una silla al lado de la mesa —. ¿Un vaso de vino?

—Sí, gracias, si no es molestia.

Mientras su marido le escancia el vino, Stella baja por la escalera que conduce al piso de arriba, adonde ha ido a cambiarse y pasarse un poco el peine. Pigna se levanta y la saluda con una inclinación.

—Mi mujer.

—Perdone, señora, que me presente en su casa de esta manera, pero la verdad es que no he podido...

—No se preocupe, póngase cómodo —dice Stella, regresando a la cocina.

Delante del vaso de vino, Pigna pregunta:

—¿Sabe usted que he aceptado la defensa de Lopardo?

—No. No lo sabía. Hace tiempo que no leo los periódicos.

—Así, a primera vista, la tarea es desesperada.

—¿Y quién le manda hacerlo?

Esa vez Pigna lo mira verdaderamente sorprendido.

—¿Usted ni siquiera sabe que yo soy comunista?

—No, ni siquiera eso sabía.

—Pero la verdadera razón no es ésta. He tenido ocasión de conocer bien a Lopardo, y si declaró que disparó al aire sin la menor intención de matar, dice la verdad. Sin embargo, cuando sus compañeros me dieron el encargo, pude comprender que había muchas cosas que no encajaban. Y esas cosas que no encajaban la policía no quiso tenerlas en cuenta. Mientras que ustedes los carabineros, sí. No obstante, cuando ustedes empezaron a moverse, al teniente Pellegriti le quitaron la investigación. Dígame sinceramente: ¿es así?

—Es así. ¿Habló usted con el teniente?

—Desde hace tres meses Pellegriti presta servicio en Cuneo. Le he escrito y me ha contestado.

Se saca un sobre del bolsillo y se lo entrega a Tinebra, que lo toma, saca la hoja de papel que hay dentro y la lee.

Distinguido abogado: En respuesta a la suya de hace cuatro días, es mi deber comunicarle que tendría muchas cosas que contarle. Pero las tareas del servicio, que no me dejan ni un respiro, me obligarían a tardar demasiado en escribirle lo que debería y querría. ¿Por qué no acude, presentándole estas líneas, al comandante Gaspare Tinebra? Me parece que él sabe más que yo

acerca del tema. Creo que Tinebra se ha retirado, pero no le será difícil localizarlo. ¡Buena suerte! Pellegriti.

Tinebra le devuelve la carta al abogado y se dirige en voz alta a su mujer:

—Stella, ¿cuánto falta para la comida?

—Ya está lista.

—Usted se queda a comer con nosotros porque después quiero enseñarle los papeles que tengo arriba en una maleta. Y a continuación le diré una cosa que el teniente no sabe.

—De acuerdo —acepta Pigna—. Pero tendrá que ofrecerle también un plato de pasta a Giulio, que lleva el coche.

Comen deprisa, pero cuando el abogado ve la maleta llena a rebosar de papeles, se desanima.

—Señor Tinebra, me parecen cosas importantes que yo debería estudiar. Comprenderá que aquí... Si pudiera llevarme la maleta y quedármela una semana, le prometo que después...

—De acuerdo —lo corta Tinebra. Y añade—: Hay otra cosa que quería decirle. —Y le cuenta lo que le reveló la viuda Callarè.

—Pero ¡esa señora jamás ha sido interrogada! —exclama el abogado.

—Justamente. Pero yo le hice escribir una declaración con vistas al futuro que está depositada en el despacho del notario Todaro, de Spagliara.

El abogado lo estudia, admirado.

—Bonita jugada, lo felicito.

—Si quiere, podemos ir ahora mismo a Spagliara; el notario sólo puede entregarme a mí la declaración.

—Déjeme que lo piense un momento. —Pigna apoya la cabeza entre las manos y reflexiona—. ¿Sabe si vive todavía la señora Callarè y, en caso afirmativo, si le rige la cabeza?

—Eso no lo sé.

—Porque, verá, si la señora pudiera acudir personalmente a declarar, el hecho tendría una gran trascendencia.

—Lo lamento, pero yo...

—Mire, vamos a hacer una cosa. Yo me informo cuanto antes acerca de la señora. Si está bien, la hago declarar. En caso contrario, mostraremos la declaración. Me pondré muy pronto en contacto con usted.



PRIMEROS DÍAS DEL JUICIO AL ASESINO DEL MÁRTIR LILLINO GRATTUSO

Anteayer, martes 14, en el Palacio Moncada, delante de una impresionante muchedumbre que hizo necesaria la intervención de los RR. CC., se abrió el juicio contra Michele Lopardo, el capataz comunista que la noche del 24 de abril de 1921 asesinó con un disparo de arma de fuego al estudiante de dieciocho años Lillino Grattuso, ardiente alma de fascista que no ha tardado en convertirse en el símbolo de una generación entregada al amor a la Patria y al Ideal Fascista.

El presidente del tribunal es Domenico Soldini; el ministerio público se ha encomendado a Vincenzo Maggio, fiscal general de la Corona.

En representación de la acusación, el abogado Nicola Giampizzo y el abogado Michele Potenza.

Numerosa la representación de la defensa: el abogado Mario Pigna, del foro de Montelusa, y los abogados locales Arturo Piras, Stefano Pizzino y Giulio Cesare Tomasino.

El primer día, una vez cumplidos los trámites de rigor, se estudió la oportunidad de la acusación de tenencia ilícita de arma de fuego por parte de Lopardo: se trata de un arma que él poseía con carácter ilícito y de la cual se sirvió para asesinar al Mártir.

Ayer el tribunal decretó que no había lugar para procesar a Lopardo por tenencia ilícita de arma de fuego a causa de la prescripción del delito.

Después Lopardo se reafirmó en lo dicho: declaró haber sido agredido en la via Arco Arena por tres personas a las que no pudo reconocer por estar la calle completamente a oscuras, y haber disparado dos veces al aire para llamar la atención de los RR. CC. que poco antes había visto detenerse en el corso Vittorio Emanuele. Terminó afirmando con rotundidad no haber tenido la menor intención homicida.

Inmediatamente después prestó declaración el ex comandante de los RR. CC. Gaspare Tinebra, que fue el primero en intentar interrogar al acusado, pero lo vio tan maltrecho que mandó llamar al doctor Ziotta para que le prestara los primeros auxilios. Ziotta redactó un parte médico que, sin embargo, no se había adjuntado a las actas. Lopardo se encontraba en un estado de confusión tan grande que el comandante impidió que el dottor Lanzillotta, el entonces jefe de la Brigada Política, lo interrogara. Por este motivo fue sustituido en la investigación por el teniente Pellegriti. El abogado Pigna le preguntó entonces si recordaba cuáles eran las heridas de Lopardo, y el ex comandante las describió con mucha precisión.

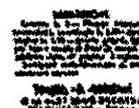
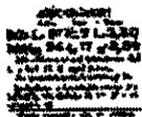
Declaró a continuación Antonio Impallomèni, que junto con Tito Tazio Sandri y Lillino Grattuso se vio implicado en la reyerta con Lopardo. Sostuvo que la pelea, causada por las fuertes provocaciones de Lopardo, empezó en la via Santa Pitronilla; que por lo menos cinco compañeros de Lopardo salieron de la cercana taberna a echarle una mano; que Lopardo, tras haber extraído el arma, persiguió a Grattuso por la via Arco Arena. En la subsiguiente refriega, Lopardo efectuó dos disparos de revólver, el segundo de los cuales alcanzó a Grattuso. Llegado a este punto, el abogado Pigna le preguntó si recordaba cuál era su posición exacta en el momento del fatal disparo. Impallomèni contestó que mantenía inmovilizado el brazo derecho de Lopardo con su mano izquierda y con el peso de su propio cuerpo.

El abogado le pregunta si es zurdo y el testigo contesta que no. Pigna le pregunta entonces si puede presentar el traje que llevaba aquella noche, e Impallomèni responde que como se lo rasgó en la refriega, lo regaló a un pobre. A la pregunta de si iba armado aquella noche, contesta que ni aquella noche ni nunca. Acosado por las preguntas del abogado, aclara que se trasladó a Francia con pasaporte en regla para alejarse de aquellos lugares que tanto le recordaban su fraternal amistad con el Mártir, y que al enterarse en París de la noticia de que había sido absuelto de la acusación de participación en una reyerta, no se había sentido obligado a regresar de inmediato a Italia.

A continuación le toca el turno a Tito Tazio Sandri, el cual confirma esencialmente el relato de Impallomèni. A instancias del abogado Pigna, declara que regresó enseguida a su Cremona natal porque la ciudad en la cual Lillino había tenido un final tan trágico se le había vuelto insoportable. Aclara que la noche fatídica llevaba consigo el cayado de pastor de ovejas del cual jamás se separaba, y que Lillino solía llevar un puño de hierro como defensa personal, pero que aquella noche no pudo utilizarlo porque lo perdió mientras corría desde la via Santa Pitronilla a Arco Arena.

Confirma que Impallomèni iba, como siempre, desarmado.

En resumen, nuestra impresión. El abogado Mario Pigna no nos pareció, sinceramente, a la altura de la fama que lo rodea. Dirigió a los testigos unas cuantas preguntas insidiosas, pero lo hizo con desgana, casi como por obligación. Tal vez se dio cuenta de la imposible tarea que, sin duda por común militancia política con Lopardo, ha tenido que asumir.



PROSIGUE EL INTERROGATORIO DE LOS TESTIGOS EN EL JUICIO LOPARDO

El 16 y el 17 de noviembre prosiguió en el juicio Lopardo el interrogatorio de los testigos, que, según el calendario establecido por el tribunal, finalizará en la sesión del sábado 18, es decir, el día de hoy para el lector.

Se puede afirmar con tranquilidad que la jornada del jueves 16 terminó esencialmente en tablas para el acusado, a pesar de que un repentino interrogatorio «a fondo» pusiera de forma momentánea en apuros al testigo Impallomèni, llamado de nuevo al estrado por la defensa. El abogado preguntó al testigo si obedecía a la verdad el hecho de que hubiera sido detenido por la policía fronteriza italiana durante su viaje con destino a París, pocos días después de la muerte de Grattuso, por tenencia ilícita de un revólver. Visiblemente sorprendido, Impallomèni admitió los hechos, señalando, sin embargo, que dicha arma la había adquirido pocas horas antes en Turín porque, obligado a enfrentarse con una ciudad como París, para él completamente desconocida, se sentía más tranquilo teniendo un revólver. Ante la pregunta de por qué, tras la detención, no se había producido la reglamentaria denuncia, el testigo contestó que en el asunto había intervenido con toda su autoridad el dottor Lanzillotta, jefe por aquel entonces de la Brigada Política. Tras la retirada del testigo, el abogado Pigna lamentó ante el tribunal la ausencia justificada del dottor Lanzillotta, ahora jefe superior de Policía de Rovigo, a quien habría tenido que formular muchas preguntas a propósito del desarrollo de la investigación.

Tal como ya se ha dicho, las declaraciones a favor y en contra de Michele Lopardo están esencialmente en un empate.

En la sesión del viernes 17 se produjo un hecho en modo alguno favorable al acusado. Un testigo de la defensa, un tal Bartolomeo Mandracchia, había declarado que la noche del 24 de abril de 1921 él se había apartado entre las ruinas de la via Arco Arena con una mujer de mala vida, una tal Anna, a la que no fue posible identificar. Durante el acto carnal, Mandracchia tuvo ocasión de oír a tres jóvenes conversando acerca de la preparación de una emboscada a Lopardo. Presa del temor, interrumpió el acto carnal y huyó. Pues bien, en la sala el testigo lo retiró todo y afirmó haber recibido cierta cantidad de manos de una persona no identificada con el fin de que diera un falso testimonio. El testigo ha sido denunciado.

Otro serio golpe a la defensa fue la dramática y dolorosa declaración del abogado Ernesto Impiduglia. Confirmó lo ya declarado en la fase de instrucción, a saber, que aquella noche del domingo, al regresar de su casa de campo en la localidad de Piccione, vio en la via Santa Pitronilla a unas diez personas enzarzadas en una refriega, y a una de ellas, concretamente Lopardo, empuñando un revólver. Para no verse involucrado de manera accidental, Impiduglia volvió atrás con su calesín. Al llegar a este punto, Maggio, fiscal de la Corona, preguntó si obedecía a la verdad el hecho de que en años anteriores él hubiera sido denunciado nada menos que dos veces por actos sediciosos en el transcurso de manifestaciones organizadas por el Partido Socialista. Impiduglia contestó que era cierto. Entonces el fiscal de la Corona le preguntó si por casualidad había cambiado de idea. El testigo contestó con orgullo que no. «Pues entonces, ¿por qué declara contra un compañero suyo de ideas?», le preguntó el dottor Maggio. E Impiduglia dio una respuesta de la máxima dignidad: «Amicus Plato, sed magis amica veritas». (Soy amigo de Platón, pero más lo soy de la verdad).

El abogado Impiduglia abandonó la sala entre los sonoros aplausos del numeroso público.

La mañana del sábado

La mañana del sábado, el abogado Pigna se retrasa, llega cuando la sala ya está llena a rebosar de gente; el pasillo que los carabineros mantienen abierto entre los cuerpos de las personas para permitir avanzar desde la puerta a los bancos y las primeras filas de asientos reservados es extremadamente estrecho. El abogado está delgado y se mueve haciendo eses como una anguila, mientras su ayudante, que está gordo y lleva dos bolsas muy grandes, se mueve con dificultad. En cuanto llega a su sitio, el abogado se disculpa ante el presidente y el tribunal y se justifica:

—He tenido que pasar por la oficina de Correos para recoger una carta certificada que acababa de recibir.

El ayudante se la pasa, Pigna la coge y la muestra a todo el mundo, describiendo una semicircunferencia con el brazo.

«¿Y a mí qué coño me importa tu correspondencia?», piensan simultáneamente el señor fiscal de la Corona y el abogado de la acusación.

—Celebro el venturoso acontecimiento —dice el presidente del tribunal, a quien de vez en cuando le da por hacerse el gracioso.

—Yo también lo celebro —replica de inmediato Pigna—. ¿Puedo abrirla?

—¡Señor presidente! —exclama la acusación, levantándose de un brinco—. ¿No podría el ilustre colega despachar su correspondencia particular fuera de esta sala?

—El caso es que no se trata de correspondencia particular. La lectura de esta carta... quiero señalar que ignoro el contenido, el sobre está todavía intacto... toca un tema que guarda estrecha relación con este juicio. Bueno pues, señor presidente, ¿qué hago?

—Pero ¡todo esto es irrelevante! —salta una vez más el fiscal de la Corona—. Es simplemente una locura que...

El fiscal no lo sabe, pero ha meado fuera del tiesto. Porque el presidente Soldini tiene como principal tabú la palabra «locura», con tabúes secundarios tales como loco, locuelo, locamente, mientras que desvarío o demencia le causan menos impresión. El señor presidente está obsesionado por el miedo de volverse loco de un momento a otro, a pesar de que nadie de su familia ha dado jamás la menor señal de desequilibrio. Ciertas noches despierta empapado de sudor: «¿Y si me vuelvo loco?». Y ya no consigue conciliar de nuevo el sueño. Cosa que le había ocurrido justo la víspera.

—¡Señor fiscal, con el debido respeto! —interrumpe con el rostro morado, dando un sonoro manotazo sobre la mesa. Y después, dirigiéndose a Pigna—: Abogado, lea, por favor.

—Esta carta certificada —dice Pigna— procede del mando del puesto de policía fronteriza ferroviaria de Tenda, en el confín entre Francia e Italia. Ahora la abro.

Sostiene el sobre en alto con la mano derecha, con la misma solemnidad con la cual los prestidigitadores te muestran un vaso vacío diciendo: «¡Sin trampa ni

cartón!». Después toma con la izquierda un abrecartas de plata que le entrega su ayudante, rasga el sobre, devuelve el abrecartas, despliega la hoja doblada por la mitad y lee:

—«Señor abogado Pigna, de acuerdo con su petición acerca de los datos del arma requisada al señor Nino Impallomèni por tenencia ilícita, le informo que se trata de un Smith & Wesson del calibre treinta y ocho con un tambor de cinco balas. El número de la matrícula del arma es: ZD tres cuatro siete seis dos nueve siete ocho. Firmado: El comandante Agostino Novelli». Pido que esta carta se incluya en las actas.

—¿Y eso por qué? —pregunta el fiscal levantando la voz—. ¿Qué nos dice que no sepamos ya?

—Nos dice el número de la matrícula —contesta muy tranquilo Pigna—. Y nos dice también que el arma es idéntica a la que empuñaba Lopardo la noche del veinticuatro de abril.

—¿Y qué insinúa con eso? ¡Revólveres de la marca Smith & Wesson los hay a centenares! ¿Qué importancia tiene el número de la matrícula? —pregunta enfurecido el fiscal.

—Si el señor presidente me permite...

—Permito, permito. Yo también siento curiosidad por saber por qué es importante el número de la matrícula.

—El día veintiocho de abril, es decir, cuatro días después de la trágica agresión que causó la muerte de Grattuso, el abogado Calogero Impallomèni, padre del testigo Antonio, se presentó en la Jefatura Superior de Policía para denunciar la desaparición de su revólver, que guardaba en un cajón que no abría desde tiempo inmemorial. Tengo copia de la denuncia. —Alarga la mano, el ayudante le entrega una hoja de papel, él lee—: «El infrascrito Calogero Impallomèni etc. etc. declaro que etc. etc. perdido en fecha no especificada etc. etc. un revólver de cinco balas de la marca Smith & Wesson calibre treinta y ocho, número de serie ZD tres cuatro siete seis dos nueve siete ocho. Declaro etc. etc.» Señor presidente, reitero mi petición de que la carta y la copia de la denuncia de pérdida se incluyan en las actas.

Un murmullo como una oleada de resaca se eleva desde el público. El presidente se enfada:

—¡Silencio o mando desalojar!

—¿Me concede el uso de la palabra? —pregunta el fiscal.

—Hable, por favor.

—Señor presidente, me opongo a la petición del defensor. Reconozco que el arma requisada en Tenda es la misma que se perdió aquí. Pero todo eso, a los fines procesales, ¿qué importancia tiene? Impallomèni ya ha declarado que se asustó ante la idea de tener que enfrentarse con una ciudad desconocida como París y que adquirió el arma en Turín. Pero es evidente que se la sustrajo a su padre. Eso es todo. Considero por tanto inútil la aportación de ambos documentos.

—¿Me permite, señor presidente? —dice Pigna, levantándose—. Cuando interrogué al testigo Impallomèni y le pregunté si la noche del veinticuatro iba armado, me contestó textualmente: «Ni aquella noche ni nunca». Ahora bien, si se apoderó del revólver de su padre antes de viajar a París, tal como afirma el fiscal de la Corona, está claro que mintió, pues durante unas cuantas noches llevó el arma en el bolsillo. Estoy de acuerdo con el fiscal de la Corona en que Impallomèni le robó el arma a su padre, absolutamente ajeno a todo, antes de viajar a París. Mas la pregunta es: ¿antes pero cuándo? ¿Dos días antes? ¿Tres? ¿Cuatro? La respuesta a dicha pregunta es el núcleo central de este juicio.

Vuelve a sentarse. El presidente lo mira enfurecido. Pero ¿cómo? Un juicio que era tan cómodo, tranquilo y facilito, ¿y ahora ese abogado tiene intención de convertirlo en un follón en que uno igual se juega la carrera?

—¡Que conste en acta! —dice de mala gana.

INESPERADA DECLARACIÓN EN EL JUICIO LOPARDO

Después de la pausa dominical, el juicio contra el capataz Michele Lopardo, el asesino del mártir fascista Lillino Grattuso, se reanudó ayer, lunes 20, con la llamada a declarar a la señora Assunta Bartolomeo, la viuda Callarè, testigo de la defensa, tenazmente deseada por el abogado Mario Pigna, el cual ha tenido que superar no pocos obstáculos de procedimiento, empezando por el hecho de que la señora jamás hubiera sido escuchada por el juez instructor. Pero ya en la ciudad corría desde dos días atrás la voz de que se trataba del único testigo presente en el momento del grave delito de sangre, inexplicablemente ignorado en las investigaciones del dottor Lanzillotta. Cabe señalar, además, que ninguna de las personas a quienes nos hemos dirigido para averiguar algo más al respecto ha podido (o querido) decirnos algo. Ayer, en la apertura de la sesión, el público atraído por el «misterio» de la testigo era tan considerable que no tardaron en estallar tumultos, rápidamente sofocados por los RR. CC. A la señora, en atención a su edad, ochenta y tres años cumplidos, la hicieron esperar en una estancia contigua al despacho del presidente del tribunal. Cuando éste la llamó a declarar, la viuda entró en la sala del brazo del abogado Giulio Cesare Tomasino, de la defensa. Con enorme estupor de todos los presentes, nos dimos cuenta enseguida de que la anciana señora tenía los ojos abiertos, pero estaba completamente ciega. En la sala se produjo un total y repentino silencio, rotó tan sólo por alguien del público que, desde las últimas filas, gritó: «¿Y ésta es la que podría llamarse testigo ocular?».

Nosotros apenas oímos la frase. No así la señora, que, a pesar de encontrarse a mayor distancia, replicó enseguida con una ingeniosa respuesta al desconocido: «¡Ocular no, señor, sino auricular!», dando con ello una prueba inmediata de estar en posesión de un oído muy fino. La testigo facilitó sus datos personales con voz firme y segura, y añadió que era una antigua maestra de primaria que había perdido la vista veintitrés años atrás a causa del glaucoma. Invitada por el presidente a realizar su declaración, quiso introducir una premisa y explicó su costumbre de sentarse todas las noches en el balcón cuando hace buen tiempo y escuchar las pisadas y las voces de los que pasan por la via Arco Arena.

Al llegar a este punto, el abogado Pigna pidió permiso para hacer una aclaración. Dijo que, para confirmar lo que estaba contando la señora, él poseía una lista de personas dispuestas a declarar, las cuales aseguraban que la anciana las saludaba habitualmente por sus nombres y apellidos antes de que ellas correspondieran a su saludo, por haberlas reconocido a través de su personal manera de caminar. El presidente consideró innecesarias más declaraciones al respecto, y la testigo pudo reanudar su exposición, seguida por los presentes con atención auténticamente espasmódica.

La señora declaró que hacia las 21 horas o pocos minutos después, no pudo establecer exactamente la hora, oyó las pisadas de tres personas que se acercaban corriendo desde la via Santa Pitronilla. Hablaron entre sí y después debieron de adentrarse entre las ruinas del arco, pues ya no las oyó. Poco después oyó las pisadas de un individuo procedente del corso Vittorio Emanuele. A la altura del arco dos hombres corrieron hacia él, e inmediatamente se desencadenó una pelea silenciosa, de la cual sólo le llegaban afanosas respiraciones, bastonazos y gemidos ahogados. De repente oyó gritar desde el interior del arco: «¡Ya estoy aquí, chicos!» y las apresuradas pisadas de un cuarto individuo que se acercaba para

intervenir en la reyerta. Después sonó el primer disparo de revólver. La señora dijo que, temiendo ser vista —no sabía que la calle estaba a oscuras, lo supo al día siguiente a través de su sobrina—, se levantó para entrar en su dormitorio, pero tropezó y cayó, con la cabeza y el tronco sobre las tablas del balcón y las piernas en el interior de la estancia. Después oyó el segundo disparo, pero aquél, a diferencia del primero, sonó mucho más fuerte, una auténtica explosión, y al mismo tiempo oyó debajo de donde ella estaba, a la altura del pecho, un ruido extraño, como si alguien hubiera llamado violentamente con los nudillos a una puerta. Y después oyó gritar: «¡Lo he freído a este recochino comunista!».

Esa frase pronunciada por la viuda Callarè desencadenó un verdadero tumulto en la sala; un griterío se elevó del público, el fiscal de la Corona y la acusación se levantaron y soltaron frases incomprensibles, mientras el abogado Pigna y sus compañeros de la defensa se reían sin rebozo. Furibundo, el presidente suspendió la sesión.

Ésta se reanudó al cabo de media hora. La testigo quedó a disposición del fiscal de la Corona.

El dottor Maggio preguntó a la señora si estaba auténticamente segura de haber oído la palabra «comunista» y no la palabra «fascista».

La viuda Callarè dijo haber oído con absoluta certeza la palabra «comunista» y añadió conocer lo bastante bien la diferencia que existe entre comunista y fascista para confundir ambos términos.

«¿Usted estaba asustada, señora?».

«Mucho».

«¿No sería posible que el miedo hubiera influido en sus extraordinarias —lo reconozco— capacidades auditivas?».

«Sí, pero no hasta el extremo de inducirme a confundir comunista con fascista».

Durante cosa de media hora más el fiscal de la Corona insistió con el fin de insinuar por lo menos una duda acerca de la pasmosa declaración de la señora, pero ésta se mostró inamovible.

Entonces la palabra pasó a la acusación.

El abogado Giampizzo afirmó no querer interrogar a la testigo, pero dijo que desearía que todos entraran en razón, incluido el tribunal. Porque los hechos son los hechos: quien disparó, según su propia confesión, fue el comunista Lopardo, y quien murió de resultas de aquel disparo fue el fascista Grattuso. ¿La viuda oyó otra cosa? Pues bien, en tal caso que se tuvieran en cuenta su estado emocional en aquel momento y su estado mental general, siendo que la señora, a quien él en modo alguno pretendía faltar al respeto, ya había superado con creces los ochenta años de edad. Solicitó por tanto que no se tomara en consideración la declaración o que, con carácter secundario, la anciana fuera sometida a un examen para establecer su capacidad de entendimiento.

Entonces se levantó el abogado Pigna, el cual mostró una hoja de papel que solicitó fuera incluida en las actas. Se trataba, explicó, de un certificado médico firmado por el ilustre profesor Pomicino de la Universidad de Palermo y por el profesor Lojacono, director del Manicomio Provincial de Palermo, los cuales, tras haber visitado conjuntamente a la señora Assunta Bartolomeo viuda Callarè, la declararon en pleno uso de sus facultades mentales. El presidente ordenó incluir el certificado en las actas.

A continuación, Pigna preguntó a la testigo si estaba en condiciones de explicar por qué el segundo disparo de revólver le pareció más fuerte que el primero. La testigo contestó que no estaba en condiciones de explicarlo, pero repitió que el segundo disparo sonó más fuerte.

«¿Cómo de fuerte? ¿El doble? ¿El triple?».

«No. El doble, diría».

«Y aquel ruido semejante al de unos nudillos golpeando violentamente contra la madera, ¿puede explicarlo?».

«Abogado, ya he dicho que no».

«Yo puedo explicarlo. El ruido que oyó la señora era el de una bala que fue a incrustarse entre las tablas de madera del balcón sobre el cual se encontraba».

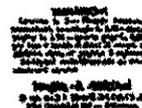
Se corrió el peligro de una segunda suspensión ante la inmediata y vociferante reacción del público. El propio fiscal de la Corona gritó:

«¡Eso no es más que una conjetura!».

«No es una conjetura —replicó serenamente el abogado Pigna—. Los señores Larussa, que viven en el piso inferior al de la señora Bartolomeo, me han permitido acceder a su balcón, que es más pequeño que el de arriba. Mediante una escalera de mano colocada en el piso de los señores Larussa, he llegado a la altura del balcón de la testigo. Provisto de una lupa, he observado en la madera un pequeño orificio perfectamente circular. Y no sólo eso, sino que el proyectil no tenía evidentemente mucha fuerza de penetración: se distingue todavía a la perfección su parte inferior en la superficie de la tabla. La bala está allí, señores. Cuando quiera el tribunal, se puede extraer y someter a un peritaje. No tengo nada

más que pedir».

Esa vez el tumulto es indomable. El presidente aplaza la sesión hasta el día siguiente.



LOS ALEGATOS DEL FISCAL GENERAL DE LA CORONA Y DE LA ACUSACIÓN EN EL JUICIO LOPARDO

Los días 22 y 23 nuestro periódico no pudo salir a la calle a causa de un doble incendio declarado en la redacción y en nuestra tipografía. Nuestro director Angelo Panepinto lo comenta ampliamente en su editorial. Por nuestra parte no queremos hacernos eco de las voces anónimas según las cuales la causa del doble incendio, evidentemente provocado, debe atribuirse a la más que clara simpatía que, dicen, nos inspira el abogado Mario Pigna, cuyas cualidades dialécticas y aptitudes inductivas destacamos en exceso. En otras palabras, parece que somos partidarios en exceso de la defensa. Tenemos especial empeño en declarar de una vez por todas que nosotros somos únicamente unos escrupulosos cronistas de lo que vemos y escuchamos en la sala. Y nada más. Puesto que nuestro periódico se ve obligado a salir con un número reducido de páginas, también nos vemos obligados a hacer un resumen de lo ocurrido durante los tres días de juicio acerca de los cuales no hemos podido informar a nuestros lectores.

Buena parte de la sesión del día 21 estuvo dedicada a la discusión acerca de la necesidad o no de proceder a la extracción de la bala que, según el letrado Pigna, quedó incrustada en el tablado del balcón de la viuda Callarè. Se opusieron a la extracción, con distintas y fundamentadas razones, tanto el fiscal de la Corona como la acusación. El abogado Pigna se limitó a declarar que por lo que a él respectaba, cualquier decisión que adoptara el tribunal le parecería bien. Después de una hora de deliberación, el tribunal descartó la necesidad de proceder a la recuperación de la presunta bala. El presidente cedió la palabra al letrado Giampizzo para las conclusiones de la acusación.

El abogado, joven y conocido no sólo por sus brillantes cualidades forenses sino también por haber publicado dos volúmenes de poemas, el último de ellos, *La lictoria victoria*, dedicado a S. E. Benito Mussolini, posee el don de una poderosa y a un tiempo lírica oratoria que conquista y arrastra. Defendió con ardor la tesis de la voluntad homicida de Lopardo, pues toda la ideología en la cual se reconoce Lopardo es una ideología de violencia y muerte. Estableció una distinción entre las declaraciones: todos los que declararon que la reyerta empezó en la via Santa Pitronilla eran personas que pudieron justificar ampliamente los motivos de su presencia en aquel lugar en aquel momento, empezando por el abogado Impiduglia, que dio un espléndido ejemplo de virtud cívica; en cambio, todos los que declararon haber estado en la via Arco Arena tergiversaron las razones de su presencia en aquel lugar, y, en efecto, merodeaban entre las oscuras ruinas del viejo almacén situado más allá del arco por razones cuando menos ambiguas. Reiteró que no había que tener en cuenta la declaración de la viuda Callarè. Y terminó con estas palabras:

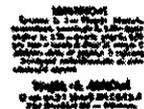
«Michele Lopardo, la sangre de Lillino Grattuso cae sobre vos, ninguna declaración desvergonzadamente mendaz, como ningún océano, podrá borrar la mancha de aquella sangre que, si es pureza sobre el blanco cuerpo de pálido jacinto del Héroe caído, ¡es mancha indeleble en vuestras manos y en vuestra alma!».

El día siguiente, 23, le correspondió al fiscal de la Corona dottor Maggio. El fiscal de la Corona, en

su vehemente alegato, pareció querer desmentir la fama de hombre sereno y tranquilo que hasta ahora lo había rodeado. Empezó discutiendo con el letrado Pigna por algunas afirmaciones suyas hechas en el transcurso de las sesiones anteriores. Admitió, pero sólo por absurdo, que Impallomèni iba armado aquella noche, si bien no utilizó el arma, tanto es así que los disparos efectuados fueron dos y ambos por obra de Lopardo, de la misma manera que Sandri también iba armado con un nudoso bastón: pues bien, todo ello no hacía sino subrayar la espantosa cobardía de Lopardo, que disparó contra el único de los jóvenes que en aquel momento no iba armado y estaba completamente indefenso: Lillino Grattuso. Quiso declarar que en todos los años de su honrada carrera jamás se había tropezado con un ejército tan cerrado de testigos tan claramente mendaces y con una defensa que —la misma palabra lo decía— en lugar de enrocarse en una razonable línea defensiva, contraatacaba abiertamente con argumentos sin ningún fundamento que sólo pretendían confundir los papeles. Hasta el extremo de jugar con el equívoco de una pobre anciana que había perdido el sentido y el significado de las palabras. A continuación, el fiscal de la Corona demostró, con gran capacidad analítica, que el único culpable era Lopardo. Y terminó con las siguientes palabras:

«La pena de muerte, que en Italia no está admitida ni siquiera para los parricidios, fue decidida por el acusado contra un joven culpable de amar a la Patria y de lucir en el ojal la cinta tricolor. Nada de persecuciones por parte de representantes del Orden Público, nada de amenazas, erróneos peritajes médicos y técnicos, nada de la existencia de otros revólveres: todo mentiras. ¡Fue Lopardo el que mató, y mató con gran ferocidad! ¡Todo está en contra suya, en contra de su insensato gesto, que merece un adecuado castigo!».

Hoy la palabra corresponde a la defensa.



UNA TESIS INÉDITA Y ESTREMECEDORA EXPUESTA POR EL ABOGADO PIGNA EN EL JUICIO LOPARDO

Ayer la ciudad despertó para encontrarse en una especie de estado de sitio. La policía y los carabinieri protegían los puntos neurálgicos, detenían a las personas sospechosas y pedían documentos de identidad. Los accesos a la plaza donde se ubica el edificio en el cual se está celebrando el juicio Lopardo habían sido acordonados con el fin de permitir la entrada de la gente después de la obligada pausa para la identificación. Esas excepcionales medidas de seguridad habían sido decretadas por S. E. el prefecto en previsión del alegato que aquella mañana iba a presentar el abogado Pigna en defensa de Michele Lopardo: en efecto, había corrido la voz de que las palabras de la defensa podrían provocar en cierto modo algunas reacciones un tanto desmesuradas. En primera fila entre el público vimos al secretario provincial del Partido Nacional Fascista, Federico Talè di Santo Stefano, con camisa negra y junto con otros escuadristas. El presidente, antes de conceder la palabra a la defensa, quiso hacer una advertencia preliminar al público: a la menor señal de asentimiento o disentimiento, mandaría desalojar la sala.

Señalemos de inmediato que la elocuencia del letrado Pigna es seca, brillante y racional: no apela a los sentimientos sino a los hechos. No utiliza bellas palabras sino las palabras que le son útiles. ¿Cuál es su tesis, que bien se puede calificar de revolucionaria?

Los disparos efectuados aquella noche en la via Arco Arena no fueron dos sino tres. Pues entonces, ¿cómo es posible que todo el mundo, empezando por el propio Lopardo, hablara de dos disparos y no de tres? Porque el tercer disparo, el que mató a Lillino Grattuso, se efectuó simultáneamente al segundo efectuado por Lopardo y se confundió con él. Tanto es así que la viuda Callarè declaró que el segundo disparo sonó mucho más fuerte que el primero. El peritaje balístico encargado por la defensa afirma que la bala que se encontró en el cráneo de la víctima presenta huellas de rayado, mientras que el interior del cañón del arma en posesión de Lopardo carecía de rayado, era liso y, por consiguiente, tenía escasa fuerza de penetración. El otro revólver, el requisado en la frontera a Antonio Impallomèni, presenta, por el contrario, un cañón rayado porque corresponde a un modelo más reciente. La noche del 24 de abril de 1921, los tres jóvenes —Grattuso armado con un puño de hierro; Sandri, con un nudoso bastón, e Impallomèni, con el revólver sustraído a su padre— tendieron una emboscada a Lopardo. Inicialmente eran dos: Grattuso, que había perdido el puño de hierro, y Sandri, que le cedió el bastón a su amigo. Mientras sólo se enfrentaba con la necesidad de tener que luchar contra dos adversarios, Lopardo creyó poder salir airoso del trance, pero cuando intervino también Impallomèni en la refriega, se dio cuenta de que estaba en grave peligro. Derrotado, cayó al suelo, y el temor lo indujo a extraer el revólver y efectuar un disparo al aire. De esa manera tenía la posibilidad de volver a levantarse, pero la feroz y encarnizada agresión de tres contra uno se reanudó. Grattuso le rodeó la garganta con las manos, dispuesto a estrangularlo, a su derecha Impallomèni le impedía moverse, y Sandri seguía atacándolo a puntapiés y puñetazos. Al llegar a ese punto, Impallomèni decidió acabar de una vez: sacó

su revólver y apretó el gatillo justo en el momento en que Lopardo estaba disparando por segunda vez al aire con gran dificultad. La bala de Lopardo fue a incrustarse superficialmente en una de las tablas de madera que forman el balcón de la viuda Callarè, y, en cambio, la de Impallomèni penetró con fuerza en la frente de Grattuso, le fracturó el hueso y se lo destrozó. Impallomèni estaba seguro de haber alcanzado a Lopardo y gritó, en efecto: «¡Lo he freído a este recochino comunista!». El que pronunció a gritos esa frase en dialecto no pudo ser sino Antonio Impallomèni, pues Grattuso estaba agonizando y Sandri, que es cremonés, no habla el dialecto siciliano. Cuando Impallomèni confesó a sus superiores del partido que había matado por error a su amigo y camarada Grattuso, se le aconsejó desaparecer. A Sandri también se le daría el mismo consejo. De tal manera que el culpable resultara Lopardo, que no había matado a nadie, por más que creyera haberlo hecho sin querer. A Grattuso no lo mató un comunista sino un fascista.

En la sala, a pesar de las advertencias del presidente del tribunal, estalla en ese momento un alboroto tremendo. El presidente manda desalojar y el alegato del letrado Pigna se reanuda a puerta cerrada.

En la ciudad reina una gran agitación, se forman constantemente corrillos, y las discusiones son muy acaloradas. La sentencia está prevista para mañana.

La sentencia

Ya estaba anocheciendo. El barón Federico Talè di Santo Stefano entró en la antesala de la Federación Provincial Fascista como una violenta ráfaga de viento, de esas que invierten el sentido de las velas de las embarcaciones. Propinó un fuerte puntapié a una silla y la hizo volar por el aire.

—¡Putade la muy puta de la grandísima puta de su madre!

¿Con quién la había tomado? El ujier camarada Pipino Gammacurta, a pesar de conocerlo desde hacía muchos años, esa vez se asustó de verlo con aquella cara tan pálida y con una piel tan tirante que le marcaba dos huecos en las mejillas y le tensaba los labios hasta dejarle la raíz de los dientes al descubierto. Se cuadró brazo en alto a la romana y dio comienzo a una especie de letanía mientras lo seguía de estancia en estancia:

—¿Qué fue, cilencia, qué fue?

—¡Putade la muy puta de la grandísima puta de su madre! —Antes de abrir y cerrar la puerta de su despacho, Talè decidió finalmente mirarlo—: ¡No vengas a tocarme los cojones, Pipì!

Cuando Gammacurta aún no había tenido tiempo de volver a sentarse detrás de su mesita de la antesala, se presentó el comisario de la Prefectura Addolorato Mancuso. Y esa vez Pipino también se asustó. Él a Mancuso lo veía día sí día no: ¿cómo se las había arreglado en una sola noche para que la piel del rostro y las manos se le hubiera puesto tan roja que parecía toda ella una quemadura? Era igualito que una langosta pelada. Sin responder siquiera al saludo romano, sin decir ni pío, Mancuso se dirigió al despacho de Talè.

—Espere que aviso al barón —dijo Pipino.

—Avisa una mierda —fue la respuesta de Mancuso mientras abría la puerta del despacho, y por poco le golpea la cara con ella al cerrarla.

«¡Ya van dos!», pensó Pipino, sorprendido, mientras se disponía a regresar a su sitio, al fondo del pasillo.

Pero a los dos pasos tuvo que detenerse debido a un problema. El problema consistía en que, por el otro extremo, se estaba acercando Arcangelo Lopane, presidente de la Asociación de Combatientes y Veteranos de Guerra, presidente de la Pía Obra Santos Cosme y Damián, presidente de la Asociación Pro Patria, en resumen, presidente de todo lo que fuera presidenciable, tal como decían en el pueblo las malas lenguas. A causa de una herida de guerra, cuando daba el paso izquierdo, Lopane, hombre iracundo y pendenciero, se inclinaba con todo el cuerpo a la izquierda, haciendo como una especie de reverencia; la inclinación de la reverencia revelaba su humor del momento: cuanto más pronunciada, tanto más convenía mantenerse apartado de Lopane. Con auténtico terror, Pipino observó que el hombre, a cada paso que daba, se golpeaba la cabeza contra la pared casi a ras del suelo: por consiguiente, debía de estar de un humor más negro que la tinta de un calamar.

—¡Quítateme de las pelotas que no puedo pasar! —le gritó Lopane.

Con la rapidez de un rayo, Pipino abrió la puerta del retrete y despejó el pasillo. Oyó que Lopane pasaba y entraba en el despacho del barón.

—Te saludo —dijo Lopane, dando un tremendo cabezazo contra la jamba de la puerta y localizando finalmente una silla donde sentarse—. ¡O sea que el señor presidente Soldini nos ha dado por culo!

Talè lo miró.

—Te informo que acabo de telefonar a Roma, a Giacomino Barone. Le he dicho que Lopardo ha sido absuelto y puesto en libertad porque, según el tribunal, actuó en legítima defensa. ¿Y sabes lo que ha dicho Giacomino?

—No.

—«Ya podéis preparar el culo».

—¿Y eso qué significa?

—Significa que, en cuanto se entere, Farinacci nos las hace pasar moradas.

—¡¿A nosotros?! —se sorprendió Lopane.

—Sí señor, a nosotros —terció Mancuso—, porque dirá que nos la hemos estado meneando durante el juicio en lugar de vigilar como unos buenos fascistas.

—Mañana me voy a Roma y le explico personalmente cuál es la situación. Barone no sabe que el presidente Soldini, siempre que se ha tratado de acusados comunistas y socialistas a los que había que condenar por el solo hecho de ser lo que eran, ha actuado con mucha consideración. Seguramente él también es comunista, pero lo bastante hábil para que no se le note.

—Pero esta vez se ha jodido —dijo Mancuso.

—¿Cómo? —preguntaron al unísono Talè y Lopane.

—Con sus propias palabras, las que ha utilizado en la sentencia. Ha dicho que Lopardo actuó para «alejar de sí una violencia efectiva e injusta». ¿Habéis reflexionado sobre esas palabras? ¿Qué significa una violencia efectiva e injusta? ¿La de los tres fascistas que en aquel momento representaban a todo el fascismo que combatía contra el comunismo? ¿Eso es una violencia injusta? Pero ¡si ésa es una violencia sacrosanta, bendecida por Dios Todopoderoso!

—Muy cierto —dijo Talè.

—Y, además, pensemos en la ofensa que nos hace a todos nosotros.

—¿Qué ofensa?

—Ordena la devolución del revólver requisado a Lopardo, incluidos los cartuchos que no se dispararon. ¿Os dais cuenta? Es una clarísima invitación a que mate a uno más de nosotros.

—Muy cierto —repitió Talè.

—Tú —añadió Mancuso—, pide que te den una copia de la sentencia y llévatela a Roma. Y no debes limitarte, cuando hables con Giacomino, a nuestro caso particular. Tienes que convencerlo del gran riesgo que representa una magistratura que no quiere alinearse. De un magistrado que no sea fascista no podemos fiarnos.

—¿Sabéis adónde ha ido Lopardo después de su excarcelación? —preguntó Lopane—. ¿Por qué no organizamos una expedición y...?

—Sus compañeros del alma se lo han llevado no se sabe adonde con toda la familia —contestó Talè.

—Nada de expediciones —dijo Mancuso—. Esta misma noche hablo con el comisario Gangitano, que ha ocupado el lugar de Lanzillotta y me parece que razona como Dios manda. Mañana Lopardo tiene que estar de nuevo en la cárcel.

—Pero ¿cómo? —inquirió Lopane.

—No es tolerable que ande suelto por ahí; haríamos un papel de mierda. Gangitano ya se buscará una excusa para detenerlo. Es más, la excusa ya la tiene. Lopardo está nuevamente en posesión del revólver.

—Pero ¡se lo ha devuelto el tribunal! —exclamó Talè.

—Eso no importa. Lopardo lo tenía de manera ilegal y seguramente aún no le ha dado tiempo a conseguir la licencia de armas. Que, por otra parte, no puede poseer. Tenencia ilícita de arma de fuego. Y lo bueno es que no se trata de una excusa.

—¿Y en cuanto al abogado Pigna? —señaló Lopane.

—He llamado a Montelusa y he hablado con Titino Minacapilli —respondió Talè.

—¿Y qué?

—Esta noche su despacho sufrirá un incendio.

—¿Nada más?

—Y a él le soltarán una tanda de leñazos tan tremenda que la recordará toda la vida. Lástima que me da en la nariz que el señor abogado Pigna no vivirá mucho tiempo.

—Ya me encuentro un poco mejor —dijo Lopane.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo —replicó Mancuso—. La época de la porra y el aceite de ricino ya ha terminado. Ahora estamos en el Gobierno, mandamos nosotros, ¿lo habéis olvidado? Hay que saber hacer bien las cosas. ¿Cómo se dice? Dame tiempo que te perforo. A Pigna le daremos por culo a su debido tiempo, pero con vaselina, lo dejaremos en condiciones de no poder seguir ejerciendo. Llama a Minacapilli y dile que se esté quieto.

—Bueno, chicos —terminó Talè di Santo Stefano—. Para mañana seréis vosotros los que organizaréis una gran manifestación, pues yo estaré de viaje hacia Roma. Tenéis que repetir el entierro de Lillino. Deberá participar todo el pueblo. Mandad levantar, aunque sea a patadas en los huevos, incluso a los enfermos. Ha de ser algo grandioso. Quiero decenas y decenas de coronas. Todos los fascistas con camisa negra y brazal de luto. Las mujeres de luto riguroso. Tú tienes razón, Mancuso, y por eso no quiero desórdenes, ruido ni bobadas; quiero comedimiento, dignidad, profundo dolor. Un solo grito: «Honor al Mártir doblemente inmolado».

¡Ciudadanos!

**Con esta octavilla necesariamente anónima queremos
plantearos una sencilla pregunta.**

**¿Un fascista asesinado por otro fascista puede ser
llamado «mártir»?**

**¿O bien es un simple muerto asesinado sin título y, por
consiguiente, inexistente como mártir?**

Pensadlo.

DESPUÉS

Ascenso de Mussolinia...

Una bonita mañana de febrero de 1930, Giacomo Barone Paulucci de Calboli, que a esas alturas ya va de un cargo importante a otro todavía más importante, consigue ser recibido por el Duce porque tiene que exponerle un par de cosas. Al término de sus palabras, Mussolini le dice:

—He tomado nota. Puede retirarse.

No es que esté enfadado con Giacomo Barone. Pero es que él, el Duce, habla así desde hace algún tiempo porque antiguamente los romanos, que eran guerreros, parece que hablaban de esa manera.

Giacomo Barone recula y, al llegar a la puerta, da un taconazo, saluda brazo en alto a la romana y se vuelve para asir el tirador. La voz del Duce lo paraliza:

—Barone, ¿en qué fase se encuentra Mussolinia?

Si Mussolini le hubiera pegado un tiro entre los omóplatos, seguro que le hace menos efecto. Giacomo Barone se tambalea y se agarra al tirador. ¿Mussolinia? Pero ¿qué coño es Mussolinia? De pronto le acude a la memoria el asunto y se queda repentinamente empapado de sudor.

—Me informaré y se lo haré saber, Duce.

Recorre a toda prisa el pasillo, baja los peldaños de la escalera de dos en dos y llega al patio sin aliento; el chófer, que lo ha visto aparecer como un cohete, le abre la portezuela del coche.

—¡Al despacho, rápido!

En su despacho, tras haber cerrado la puerta con llave, telefona a su tío de Caltagirone.

—Tito, soy yo, Giacomo. ¿En qué fase se encuentra Mussolinia?

—¿Mussolinia? Pero ¿estás de guasa? ¿Quién se acuerda ya de eso?

—No, Tito, la cosa va en serio. Él se ha acordado, ¿comprendes? ÉL. Y yo le he contestado que me informaría y se lo haría saber.

—¡Coño!

—Tito, esta misma noche tienes que darme una respuesta.

Tito reúne a sus fieles y les cuenta lo que está sucediendo.

La discusión corre peligro de acabar de mala manera, pues cada uno de los presentes descarga sobre el otro la culpa de haberse olvidado de Mussolinia. Pero ¿cómo ha sido posible?

—De nada sirve que nos la meneemos con discusiones —corta Tito en determinado momento.

—Llamemos al arquitecto.

El arquitecto Fragapane lleva cinco años en Roma y trabaja en el cine.

—Mañana por la mañana estoy ahí —es su respuesta.

Lo primero que hace el arquitecto nada más llegar al pueblo es tomar los viejos planos de la ciudad que habría tenido que levantar, y estudiarlos. Después les dice a

Tito y sus fieles que la cosa puede realizarse.

—Pero ¿cómo?

—Tal como en el cine. Se llama escenografía. Las torres y la columnata se hacen de madera y conglomerado. De las torres basta sólo la fachada. Después se fotografían de una determinada manera y os aseguro que parecen de verdad.

En cuestión de una semana de trabajo, desde primera hora de la madrugada hasta que cae la noche, la plaza de madera y conglomerado, vista solamente desde la parte anterior, es una preciosidad, algo impresionante. Y en fotografía sale todavía mejor. Una vez finalizado el trabajo en el claro del bosque de Santo Pietro, en cuestión de tres días se desmonta todo y de la ciudad de mentirijillas no queda ni siquiera un trocito de madera o un clavo.

El arquitecto fotografía también unas cuantas casas nuevas y auténticas del pueblo, una fuente reciente, un par de jardincitos, la nueva cooperativa agraria y el nuevo hospital. Todo se lo lleva a Roma, donde dice que conoce a un fotógrafo que es un maestro de lo mejorcito que hay. Llevará a cabo un fotomontaje entre casas auténticas y casas falsas. Y al cabo de quince días, llama al honorable Biniditto Fragapane:

—Sube.

El honorable, cuando en Roma se encuentra en las manos el álbum que le entrega el arquitecto y lo hojea, por poco le da un ataque de alegría y felicidad. Mussolinia, tal como aparece en las fotografías, es una moderna y bonita ciudad, grandes espacios, aire majestuoso e imponente.

Aquella misma noche el álbum se entrega a Giacomo Barone Paulucci de Calboli, el cual empieza a pegar saltos de contento. A la mañana siguiente el álbum ya se halla en la mesilla de noche de Mussolini. El cual, al ver las imágenes de la ciudad que lleva su nombre, casi casi se emociona. Después llama a su secretario:

—He sabido que el editor Sonzogno está a punto de publicar un libro, *Cien ciudades de Italia*. Dígale que inserte una fotografía de este álbum, la más bonita.

... y su caída

Unos días antes de la Navidad de 1930, los calatinos se enteraron con asombro, a través de un libro publicado por el editor Sonzogno, de que en el bosque de Santo Pietro había una ciudad de la cual ellos no sabían nada. ¿Sería posible? Los cazadores y los buscadores de setas que visitaban el bosque asiduamente juraron que aquella ciudad no existía. Sí, alguien había observado tiempo atrás cierto movimiento, pero le habían explicado que era cosa del cine, de una película. Y hubo quien se dirigió personalmente al bosque y no encontró nada de nada, pues hasta las piedras de las dos torres construidas seis años atrás habían desaparecido; quizá las habían utilizado para construir pequeños refugios.

El caso es que, sin saber cómo, una mañana de febrero del año siguiente, el secretario del Duce le colocó a éste delante un sobre que había rasgado con el abrecartas. Mussolini introdujo dos dedos, sacó una fotografía y la miró. Reconoció inmediatamente con gran complacencia las torres y la columnata de Mussolinia. Sólo que ahora, en lugar de la plaza, había un puerto de mar con unas barquitas y unas redes puestas a secar. Detrás figuraba escrito lo siguiente: «Caltagirone no sólo tiene su ciudad satélite, su ciudad-jardín, sino que ahora el mar también golpea contra sus murallas».

Un montaje fotográfico. Una solemne tomadura de pelo. Algo que podía cubrirlo de ridículo. Mussolini no le dijo nada a Giacomo Barone y llamó al secretario político de Catania. De la misión que iba a encomendarle nadie debería saber nada, bajo pena de cárcel y de muerte.

El federal emprendió el viaje solo en su coche; cuatro veces se equivocó de camino hasta que, al final, consiguió tomar un sendero que lo llevaba directamente al bosque sin tener que pasar por el pueblo, pero allí volvió a perderse. Se desanimó, hacía frío, todo estaba cubierto de niebla. Por fin vio a dos individuos que bajaban envueltos en prendas de abrigo y los obligó a detenerse. Los hombres se pegaron un susto de muerte al verlo todo vestido de negro y con correaes de oro.

—¿Ustedes podrían decirme dónde está Mussolinia?

Los otros se miraron entre sí y no contestaron.

—¿Dónde está Mussolinia? —preguntó el federal, levantando la voz.

—Mussolini está en Roma —respondió uno.

Y, echando a correr, se perdieron entre la niebla. Tal como Dios le dio a entender, el federal, tras haberse pasado una hora dando vueltas y más vueltas, descubrió el claro del bosque. Completamente desierto, cubierto de maleza, plantas silvestres y árboles caídos que se estaban secando. Mussolinia no existía.

Cuando el Duce se enteró, ordenó al secretario del partido que todos los jefes dentro de un radio de cincuenta kilómetros alrededor de Caltagirone se fueran a tomar por aquel sitio. Y dentro de aquel radio se incluyó también la ciudad en que se encontraba el Mártir Fascista Lillino Grattuso.

* * *

(Por el pueblo corrió el rumor de que quienes le habían enviado al Duce el fotomontaje de Mussolinia al borde del mar eran los cuatro misteriosos profesionales que seis años atrás gastaron la bromita del bombín, pero nadie consiguió demostrarlo).

Su Cilencia
BENITTO MUSSOLINI
Roma

3 de marzo de 1931

Cilencia:

Me llamo Filomena Boccadoro y soy la mujer de Michele Lopardo, el hombre que dicen que mató a Grattuso y que en cambio no lo mató.

Desde aquel día maldito mi marido Lopardo ha perdido la paz, cada año cuando se acerca el día de la muerte de Grattuso los carrabineros lo arrestan y lo tienen encarcelado por lo menos una semana. Cuando en el 28 hicieron el monumento al muerto, a mi marido lo tuvieron encerrado tres meses.

Este año que si cumplen diez años de la muerte vinieron y se lo llevaron a la carcel ayer. Un carrabinero me dijo que esta vez no lo soltarán de la carcel antes de Navidad.

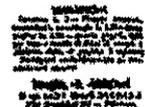
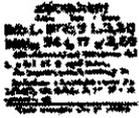
Cilencia, pero es que cuando mi marido sale de la carcel tampoco encuentra trabajo, nadie se lo quiere dar porque dicen que Usía, Cilencia, lo quiere así.

Mi decidí a escribirle a escondidas esta carta a Usía porque tingo tres hijos y no tingo para darles de comer. Estamos pidiendo limosna y desesperados.

Diga una palabrita por nosotros, Cilencia, por caridad.

Filomena Boccadoro

*que lo encien
al destietro*
Mumlin



EN EL DÉCIMO ANIVERSARIO DEL MARTIRIO DE LILLINO GRATTUSO

(de nuestro corresponsal)

Anoche se celebró en la ciudad la solemne conmemoración de Lillino Grattuso en el décimo aniversario de su Martirio. Como todos los lectores recordarán, Lillino cayó herido de muerte por una mano bolchevique mientras defendía sus ideales de joven educado en el amor a la Patria. Ya desde primera hora de la mañana empezaron a llegar desde todas partes de la isla autocares especialmente alquilados con colegios enteros y trenes especiales llenos a rebosar de camisas negras. A las 10.30 de la mañana, desde una plataforma levantada al lado del monumento dedicado al sacrificio del Mártir, tomó la palabra Addolorato Mancuso, secretario político y presidente de la Obra Nacional de Combatientes, quien, tras haber ofrecido el «¡Saludo al Duce!» al cual contestó el oceánico «¡A nosotros!» de la muchedumbre, presentó a los oradores. Habló en primer lugar Arcangelo Lopane, mutilado de guerra nombrado nuevo secretario general después del recentísimo «cambio de guardia» decidido personalmente por el Duce. El federal, tras haber recordado con palabras de firme, viril y fascista emoción la excelsa figura de Lillino Grattuso, informó que hasta ahora son nada menos que treinta y cinco las escuelas de todo tipo y condición que han alcanzado el honor de recibir el nombre del Mártir. Innumerables las lápidas colocadas en atrios, aulas magnas y lugares oficiales. A continuación habló el nuevo podestà, es decir, el alcalde, barón Federico Talè di Santo Stefano, el cual recordó con sublimes acentos la larga militancia del Mártir en las filas de la Liga Antibolchevique que se integró más adelante en los Fascios de Combate. Añadió que la ciudadanía había aplaudido la imposición del destierro para el siniestro asesino cuyo nombre ni siquiera quiso pronunciar: verlo pasear libre por las calles de la ciudad era una ofensa diaria a la memoria del Mártir. Finalmente, anunció que el ayuntamiento había convocado un premio anual entre todas las escuelas sicilianas para la mejor redacción en la que se exponga la breve existencia y los ideales de Lillino Grattuso.

Por último se cedió la palabra a S. E. el obispo Rapisarda, el cual señaló que ahora los valores cristianos ya se identifican plenamente con los tres valores fascistas: Dios, Patria y Familia. Y en este sentido Lillino Grattuso no era sólo un mártir fascista: era también un mártir cristiano semejante a los mártires que en el Coliseo de Roma se enfrentaban a las fieras. «¿Y qué otra cosa son los comunistas sino fieras?», se preguntó S. E. monseñor Rapisarda. Finalmente, al canto de Giovinezza el cortejo se dirigió al cementerio, donde un grupo de jóvenes estudiantes depositó una corona sobre la tumba del Mártir.

CASI UNA CONCLUSIÓN

Creo que la concentración de 1941, aquélla en la cual yo también participé, fue la última manifestación en recuerdo (por lo menos en público) de Gigino Gattuso. Es más, tengo motivo para creer que en 1943 no se hizo nada: a finales de abril las escuelas estaban cerrando a toda prisa, los Aliados se estaban preparando para el desembarco, cada día había uno o dos bombardeos, ametrallamientos, lanzamientos de bombas de fragmentación. No tenías tiempo de salir de casa cuando te veías perseguido por un avión que te obligaba a esconderte en el refugio más cercano. Los americanos desembarcaron durante la noche del 9 al 10 de julio: es cierto que encontraron una mínima resistencia, pero también que se lo tomaron con bastante calma. Y cuando desembarcaron, descubrieron que en Sicilia se conservaba casi todo lo perteneciente al ventenio fascista: de los *podestà* a los bustos del Duce en las plazas; de las Casas del Fascio a las pintadas que reproducían las frases más célebres de Mussolini en las paredes. En resumen, cuando llegaron los «miricanos», Mussolini era todavía el jefe del Gobierno y del fascismo, y hubo algún *podestà* que los recibió con la camisa negra y el saludo a la romana. Y que terminó muerto o en un campo de concentración. Los del continente, en cambio, con el 25 de Julio y el gobierno de Badoglio, tuvieron todo el tiempo que quisieron para remozarse la fachada antes de la llegada de los miricanos, retirando las fasces de lictor y los monumentos al Duce, y cubriendo las pintadas de las paredes con una mano de albayalde.

Sea como fuere, por nuestras tierras, los que retiraron los símbolos y las enseñas del régimen fueron los alcaldes nombrados por la llamada AMGOT, sigla que significaba «Administración Militar Aliada de los Territorios Ocupados» (y no «Liberados», como habría sido mucho mejor). Por consiguiente, fue en aquel período cuando desaparecieron las gigantescas fasces de lictor con que el escultor Meschino había querido expresar en 1928 el significado de la muerte de Gigino Gattuso. Pero después me contaron que no se habían atrevido a eliminar la *damnatio memoriae*, la condena del recuerdo, hasta el extremo de arrancar de la pared la lápida que daba nombre a una calle (o una plaza, no lo recuerdo muy bien). Se limitaron a borrar el adjetivo fascista. Y de esa manera, la calle o lo que fuera acabó dedicada a «Gigino Gattuso-Mártir». Un Mártir genérico. Después ignoro cómo terminó la cosa. Pero puesto que al escribir este libro no se me pasó por la cabeza la más mínima intención denigratoria hacia aquel pobre chico asesinado a los dieciocho años, creo obligado decir que la verdad acerca de Gigino Gattuso emergió en su totalidad cuando borraron de la lápida el adjetivo «fascista» y dejaron escrita tan sólo la palabra «mártir». Gigino fue el protomártir (veríamos muchos otros en los años sucesivos) de una realidad radical y violentamente transformada por la voluntad política, por la prensa alineada con aquella voluntad política, por la llamada «opinión pública» dirigida por el poder. Sobre la muerte de Gigino Gattuso, y precisamente sin el menor respeto por su muerte, se construyó una solemne mistificación que sustituyó la realidad por una realidad virtual inexistente. Justo lo mismo que ocurrió con la ciudad de Mussolinia. Sólo que a Gigino Gattuso le fue la vida en ello de verdad. Y el

comunista Michele Ferrara, ése es su nombre, que pasó por asesino, sufrió siendo inocente un vía crucis, un auténtico martirio de detenciones y destierro, hambre y humillación, durante años y años. Cuando yo lo vi en el 41, momentáneamente libre, llorando desesperado todo vestido de negro en un portal, no comprendí, no habría podido, que aquel hombre llevaba luto por él mismo, lloraba por su existencia triturada por el engranaje de una realidad virtual deseada por el régimen.

Nota del autor

Este libro está construido sobre dos hechos de la crónica de sucesos. Por eso he cambiado todos los nombres y apellidos de los verdaderos protagonistas: en el fondo, ya no correspondían, por distintas razones, a mis personajes. En efecto, a medida que escribía, dos o tres personas que existieron realmente se juntaban en un solo personaje, ciertas situaciones se desplazaban en el tiempo y el espacio, ciertos puntos que me habían parecido esenciales en las crónicas de la época ya no lo eran a mis ojos, y así sucesivamente. He dejado el verdadero nombre de Gigino Gattuso sólo en el primero y en el último capítulo: en efecto, no hay en ellos la menor ficción.

Debo decir que este libro jamás habría sido escrito si hace unos años el periodista niseño Walter Guttadauria no me hubiera enviado un libro suyo precioso, *Fattacci di gente di provincia* (Edizioni Lussografica, Caltanissetta, 1993). De un capítulo de dicho libro ya me serví en el relato «Mejor la oscuridad» incluido en la obra *El miedo de Montalbano* (Ediciones Salamandra). Para este *Privado de título*, en cambio, he saqueado otro capítulo de Guttadauria, el titulado «El caso Gigino Gattuso. Un homicidio con dos mártires políticos». Jamás dejaré de agradecerérselo.

Por lo que respecta a la historia de Mussolinia, mis fuentes han sido: F. Chilanti, *Ma chi è questo Milazzo?* (Parenti, 1959); L. Sciascia, «Fondazione di una città», en *La corda pazza* (Einaudi, 1970), y el artículo de Maria Attanasio «Il mare a Caltagirone», en *La Sicilia* del 4 de enero de 2000.

Cuando acababa de escribir la novela, el *dottor* Salvatore Venezia, calatino de nacimiento pero residente en Turín, tras haber descubierto no sé cómo mi trabajo, se tomó amablemente la molestia de enviarme un ensayo suyo, *Mussolinia: il fantasma di una città giardino*, publicado en el boletín (1993, n.º 2) de la Società Calatina di Storia Patria e Cultura.

El ensayo es tan valioso, está tan lleno de noticias y datos, que me obligó a no utilizarlo: habría desequilibrado mi relato hacia la vertiente de la ciudad fantasma. Lástima. El mismo *dottor* Venezia me remitió el ensayo de Maria Luisa Madonna, «Dalla città-giardino Mussolinia alla colonizzazione del latifondo siciliano», publicado en un volumen de Studi in onore di Giulio Carlo Argan (Florencia, 1994): interesantísimo, pero tampoco quise utilizarlo porque yo soy un novelista que trabaja con la fantasía más que basándose en planimetrías, plantas, diseños arquitectónicos. Finalmente, el *dottor* Venezia me dio a conocer el artículo de Toto Rocuzzo «Nel bosco di Mussolinia, la città invisibile», publicado en *Diario*, 1998, n.º 28.

A. C.



ANDREA CAMILLERI nació en 1925 en Porto Empedocle, provincia de Agrigento, Sicilia, y actualmente vive en Roma, donde imparte clases en la Academia de Arte Dramático. Durante cuarenta años fue guionista y director de teatro y televisión. En 1994 crea el personaje de Salvo Montalbano, el entrañable comisario siciliano protagonista de una serie que en la actualidad consta de ocho novelas. Todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri es hoy el escritor más popular de Italia y uno de los autores más leídos de Europa.